

Juan Gargurevich

Mario Vargas Llosa
Reportero a los
quince años



Pontificia Universidad Católica del Perú
FONDO EDITORIAL 2005



Susana Pastor

Juan Gargurevich Regal (Mollendo, 1934). Periodista e historiador.

Es profesor principal de la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación de la Pontificia Universidad Católica del Perú y de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Como especialista en la historia de los medios de comunicación ha publicado numerosos textos acerca de este tema, entre los que encontramos: *Historia de la prensa peruana* (La Voz, 1991); *La prensa sensacionalista en el Perú* (PUCP, 2000); *Los periodistas, historia del gremio en el Perú* (ANP, 2003); y, el recientemente publicado, *Última Hora, fundación de un diario popular* (La Voz, 2005).

Mario Vargas Llosa
Reportero a los
quince años

Juan Gargurevich

Mario Vargas Llosa
Reportero a los
quince años



Pontificia Universidad Católica del Perú

FONDO EDITORIAL 2005

Mario Vargas Llosa. Reportero a los quince años

Primera edición: noviembre de 2005

Tiraje, 1000 ejemplares

© Juan Gargurevich, 2005

Derechos exclusivos en el Perú

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005

Plaza Francia 1164, Lima 1- Perú

Teléfonos: (51 1) 330-7410, 330-7411

Fax: (51 1) 330-7405

Correo electrónico: feditor@pucp.edu.pe

Dirección URL: www.pucp.edu.pe/publicaciones/fondo_ed/

Diseño de interiores: Juan Carlos García M.

Diseño de cubierta: Iván Larco

Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN 9972-42-748-X

Hecho el depósito legal 2005-8338 en la Biblioteca Nacional del Perú

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Índice

Introducción

9

Capítulo Uno

Vargas Llosa en *La Crónica*

13

Capítulo Dos

La *Conversación...* en Lima

73

Capítulo Tres

Los reales protagonistas

101

Epílogo

153

Bibliografía

155

Introducción

PARA MARIO VARGAS LLOSA primero fue el periodismo. Así comenzó su incursión en el reino de las letras, apartándose a veces de las redacciones y los géneros periodísticos para escribir novelas de gran éxito que lo han elevado a la fama mundial.

No ha sido el primero; tampoco será el último que pase de las crónicas estrictamente apegadas a la realidad a la ficción que plantea la novela realista, que se inspira en las historias de la vida misma. Y nada ni nadie más cercano al drama vital que el periodismo y los periodistas, aquellos que llegan al lugar de la noticia con el encargo de transmitir luego a lectores, oyentes o televidentes lo que pasó en aquel lugar.

Grandes escritores contemporáneos han seguido la misma ruta inicial, pero no son muchos los que han persistido en el periodismo, como lo hace el incansable Vargas Llosa que se da tiempo para la crónica narrativa, el nuevo periodismo que cuenta y explica.

No se aprende un oficio así en poco tiempo. Hacen falta años de experiencia y mucha sala de redacción y exposición a los hechos que se convierten en noticia para adquirir la destreza que luce cuando emprende lo que podríamos llamar un gran reportaje.

Mario Vargas Llosa inició su aprendizaje periodístico cuando solo tenía 15 años y fue llevado por su padre a *La Crónica* para que practicara en sus vacaciones escolares, en el verano de 1952. Y por poco no se queda allí para siempre, pues fue fascinado por el mundo del periodismo, esta mezcla de bohemia y amor por las causas que consideran justas los que abrazan el oficio para toda la vida.

Este libro trata de contar esa historia, un breve episodio de la vida del gran escritor que descubrió tempranamente el periodismo para no abandonarlo nunca.

Debemos muchos agradecimientos a generosos amigos que nos han ayudado. Al personal de la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional; del Archivo del diario *El Peruano*, en el que reposan la colección completa del diario *La Crónica* y muchas fotografías de la época; y del Archivo General de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), que dirige César Gutiérrez. Debemos agradecer también los consejos atinados de Pepi Patrón y la corrección acuciosa de Agustín Cortegana. Asimismo, al novelista y dramaturgo Carlos Meneses, quien me envió desde Mallorca información sobre Norwin Sánchez, el reportero nicaragüense. Susy La Serna de von Hesse me dio valiosos datos sobre su desaparecido esposo Milton, uno de los compañeros de Vargas Llosa.

Luis Peirano y Rómulo Franco, entusiastas compañeros de la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación de la PUCP, me alentaron a persistir en el proyecto de investigación y en su publicación.

Dejo para el final los agradecimientos a Carlos Ney Barrionuevo y Juan Marcoz, personajes entrañables de la vieja *La Crónica* que dejaron huella en el novel reportero Vargas Llosa: el primero porque lo inculcó con el amor por la poesía; el segundo, cronista policial, porque junto con el legendario «Becerrita» lo condujo por los vericuetos de los dramas que debía pintar en la página policial. Ambos me concedieron largas entrevistas y recordaron

Introducción

con cariño a aquel flaquito, casi un niño, que llegó un día a la redacción para aprender a ser periodista.

En gesto generoso, Mario Vargas Llosa accedió a que se publicaran los viejos textos juveniles que evidencian su precocidad y que, junto con esta crónica, permitirán a los estudiosos de su obra añadir un eslabón más a su biografía.

Juan Gargurevich

Lima, noviembre de 2005

Capítulo Uno

Vargas Llosa en *La Crónica*

Corrían los primeros días de enero de 1952 cuando padre e hijo esperaron con calma que el enorme y ruidoso tranvía saliera despacio del paradero inicial traqueteando rumbo a Chorrillos, luego cruzaron el pasaje Cueva hacia la vieja casona de Pando, en el jirón Carabaya a pocos metros de la plaza San Martín. Saludaron en la entrada al portero La Rosa, que leía repantigado en la silla de la pequeña caseta y les contestó con un gruñido de antiguo conocido, y penetraron en el pasillo oscuro, casi tenebroso, que conducía a un patio central y la escalera.

Antes de los escalones de mármol, a la derecha, una ventanilla anunciaba «Publicidad»; más allá, en el medio, un cuartucho y artículos de limpieza; al fondo, por otro pasadizo, se distinguía cierto trajín de obreros pero sobre todo se percibía aquel entrañable olor a plomo que los periodistas sabían reconocer.

Pese al sol que bañaba Lima, la casa no podía librarse del olor a viejo y guardado que surgía de sus rincones. Cuando llegaron al final de la escalera, Mario no pudo evitar echar una mirada rápida a la puerta del fondo, de vidrios con cortinas que impedían ver el interior. Era la parte prohibida de la casona, donde vivía el director con su esposa y dos hijas guapas, distantes, inalcanzables, invisibles para los curtidos redactores.

—Vamos, don Santiago nos está esperando en su oficina —urgió Ernesto Vargas a su hijo Mario, un jovencito alto y delgado, de rostro enjuto en el que destacaban unos dientes de conejo que se hacían más grandes cuando sonreía. Tenía motivo para estar contento, iba a convertirse en periodista luego del par de duros años en el Colegio Militar Leoncio Prado al que ya no volvería jamás.

* *

El diario vespertino *La Crónica* fue fundado por Manuel Moral, carismático fotógrafo portugués que decidió afincarse en Lima. Alegre, amigüero, elegante y buen profesional, descubrió en el mundo social limeño un renglón de ganancias para las buenas fotos. Luego de pocos años de trabajo duro se instaló con local propio en el jirón de La Unión, en la calle Mercaderes, casi haciendo altanera competencia a la venerable Casa Courret que estaba enfrente, un poco más allá.

Las imágenes fotográficas de las guapas limeñas habían sido hasta entonces privilegio de Courret, Manoury y del distinguido Garreaud, pero ahora Moral era ya una fuerte competencia. Le pareció que no era suficiente con tomar fotografías; había que promover a los personajes del arte y la literatura, de preferencia a las damas, aunque sin descuidar a los políticos importantes.

Moral hizo lo que no pudo Courret al convertir su estudio en centro de reunión social e intelectual de los más prestigiados artistas, escritores y periodistas. Quizá fueron estos quienes lo animaron a fundar la hermosa revista *Prisma*, que circuló a partir del 15 de noviembre de 1905, primero como quincenario y luego como semanario, hasta junio de 1907.

En *Prisma*, el fotógrafo promocionaba su estudio publicando grandes fotos de personajes y, en particular, de bellas señoritas limeñas, de tal manera que los mejores clientes podían contar con que su imagen llegaría al fotograbado y al público. Sin embargo,

lentamente Moral fue ganado por el periodismo de información, alentado por profesionales amigos. Incluso su hija se casó con el periodista Julio Hernández.

Decidió entonces fundar *Varietades-Revista Semanal Ilustrada*, que reemplazó a *Prisma* a partir de marzo de 1908. Eligió como director a Clemente Palma, el hijo mayor del célebre tradicionista, a quien lo unían lazos de amistad y seguramente intereses políticos.

Moral aportó su equipo de fotógrafos a la publicación, incluyendo a un hermano suyo, Enrique, que se convertiría en el primer mártir del fotoperiodismo peruano. Se recordará que el 29 de mayo de 1909 un grupo de opositores al primer gobierno del presidente Augusto B. Leguía pretendió derrocarlo con un audaz golpe de Estado. Un puñado de partidarios de Piérola («Demócratas») asaltaron Palacio de Gobierno, capturaron al Presidente y lo llevaron por el jirón de La Unión pasando justamente por debajo de la Casa Moral. Desde sus balcones uno de los fotógrafos de turno logró la dramática imagen del grupo que rodeaba a Leguía amenazándolo de muerte con revólveres. Los facciosos retrocedieron luego hacia la plaza de Armas y después lo llevaron a empujones hacia la plaza del Congreso.

El hermano de Moral persiguió a la muchedumbre con sus equipos fotográficos e instaló su trípode en la plaza citada, siendo testigo del esfuerzo inútil de los facciosos por lograr que Leguía firmara su renuncia. Pero, por suerte para el mandatario, apareció una patrulla de soldados leales que al abrir fuego indiscriminado contra la muchedumbre hirieron a unos y mataron a otros; entre estos últimos, el fotógrafo Enrique Moral.

También fundó Manuel Moral la revista para niños *Figuritas*, en 1912. Su gran logro, empero, fue la fundación de *La Crónica*, junto con su amigo Clemente Palma, el 7 de abril de 1912. Este fue el primer diario popular del siglo, tabloide inspirado en los periódicos de su estilo de las capitales del Norte. Eligió como jefe de redacción al joven literato José Gálvez.

Las oficinas de la redacción fueron instaladas provisionalmente en el estudio del jirón de La Unión, mientras buscaban un local adecuado.

El diario fue afortunado, si así se puede decir, porque a la semana de circular llegó a las oficinas del cable la noticia del hundimiento del gran navío *Titanic*, con la muerte de más de un millar de pasajeros. Ocasión para que *La Crónica* desplegara todas sus posibilidades de relato e ilustración con grandes grabados y alcanzara éxitos iniciales de ventas.

No pudo el gran fotógrafo Moral ver los frutos de su nueva publicación, pues murió prematura y trágicamente al año siguiente, con escasos 43 años, cuando se hacían refacciones en la casona de la calle Pando, que había comprado. Sus herederos y Clemente Palma asumieron el negocio periodístico y se instalaron en la casa que tenía como vecino ilustre nada menos que al presidente Augusto B. Leguía.

* *

—Ajá, así que este es nuestro amigo que quiere ser periodista —dijo sonriendo el siempre amable director del diario, Santiago Vallejo, extendiendo la mano al muchacho que acababa de entrar en su despacho acompañado de su padre.

—Bueno, yo... —tartamudeó Mario Vargas Llosa.

—No, no quiere ser periodista —interrumpió el padre—, pero será una buena experiencia y sobre todo no estará ocioso en estas vacaciones. ¿Cuándo puede comenzar?

—Mañana mismo, a partir de las cinco de la tarde, que busque a Gastón Aguirre Morales; yo hablaré con él.

El padre de Mario representaba en el Perú a la Corporación Hearst, fundadora y propietaria de la agencia de noticias International News Services (INS), creada por el magnate William Randolph Hearst para nutrir de información a sus numerosos diarios y no

dependen de los ingleses de Reuter, por ejemplo, y mucho menos de la competencia norteamericana de la Associated Press y la United Press.

La Crónica había contratado sus servicios pero con carácter de exclusividad, tal como lo hacía *El Comercio* con la agencia Associated Press o *La Prensa* con United Press. Don Ernesto era por tanto un celoso vigilante de que se publicaran los textos de la INS, pero seguramente conocía de las dificultades de la agencia que muy pocos años después se fusionaría con la United Press para fundar UPI, es decir, United Press International, cuyas oficinas en Lima asumieron la administración.

La Corporación Hearst era también propietaria del King Features Syndicate (fundado en 1915), que vendía, a cientos de diarios de todo el mundo, las tiras cómicas más populares, como *El Fantasma*, *Rip Kirby*, *El Agente Secreto X-9*, *Las Aventuras del Gato Félix* y otras que *La Crónica* publicaba a página completa. Probablemente, lo mejor de sus servicios eran las crónicas especiales (*features*, en la terminología norteamericana). Además, ofrecía hasta novelas cortas seriadas en seis capítulos, que a veces se publicaban en el diario de Pando.

Al joven Vargas Llosa la redacción y el local le resultaban ya conocidos porque en las vacaciones del año anterior había trabajado en la agencia noticiosa del otro lado de la calle. Se había familiarizado también con el ambiente nocturno de las fondas del barrio, donde concurrían periodistas de los diarios cercanos como *La Prensa* y *La Noche*, los tranviarios (el paradero inicial del interurbano Chorrillos estaba allí, en la calle Cueva, justo enfrente del diario) y taxistas nocturnos, los llamados «lechuceros».

Al igual que las otras agencias, la INS no tenía todavía los modernos teletipos (que no tardarían en llegar a la Associated Press y *El Comercio*). Como *La Crónica* era su único cliente, resultaba fácil hacer copias de los despachos con el sencillo sistema duplicador «ditto» o con el mimeógrafo, para luego cruzar la calle y entregar las

hojas al encargado de la sección Internacionales, por esos días Alfonso *Pocho* Delboy, un buen profesional que decidía lo que se publicaría, hacía los titulares, diagramaba las páginas asignadas y enviaba al taller textos, títulos y pautas.

* *

La Crónica que recibía al precoz adolescente era un tabloide mediocre pese a tener algunos periodistas de primer nivel que podrían haberle asegurado cierta brillantez. Pero la posición política de sujeción al régimen dictatorial del general Odría lo había reducido a una chatura sin precedentes, a la que no había llegado ni siquiera durante el sometimiento al dictador Leguía.

Cuando Clemente Palma tomó las riendas del diario a la muerte del fundador Moral, lo convirtió inmediatamente en partidario, casi vocero oficioso, de Augusto B. Leguía. Con el semanario *Varietades*, que también dirigía, hizo lo mismo. Tuvo pues, el dictador del Oncenio, estos dos órganos periodísticos a su servicio al final de su primer gobierno, en el lapso en que partió a Europa, en el proceso eleccionario de 1919 y posterior golpe y derrocamiento de José Pardo.

Pero hicieron buen periodismo noticioso —exceptuando lo político palaciego—, especialmente fotográfico, y lograron ganarse un espacio estable, aunque de tono menor, al lado del veterano *El Comercio* y el renovado *La Prensa*.

En 1930, el gobierno de Leguía fue derrocado, el dictador arrojado a la cárcel y sus partidarios perseguidos. *La Crónica* y *Varietades* también pagaron el precio de la adhesión excesiva y entraron en crisis. Solo se salvó el diario porque le interesó al millonario azucarero norteño Rafael Larco Herrera, dueño de la gran hacienda Chiclin, quien compró la totalidad de acciones en junio de 1931.

Fueron años duros y oscuros para sus periodistas porque Larco no invirtió un centavo en mejorar las instalaciones ni las

máquinas. Luego puso el periódico al servicio de la candidatura de Manuel Prado Ugarteche a la Presidencia de la República, gracias a lo cual obtuvo la Vicepresidencia cuando aquel ganó las elecciones.

Larco Herrera se hizo socio de los Prado, que ya se afianzaban como banqueros poderosos. A través del Banco Popular, ellos le concedieron los préstamos que necesitaba para sus negocios, en particular para el diario, pues la familia tenía también una importadora de papel y una fábrica, la Papelera Peruana, que se convirtieron en proveedoras del insumo indispensable.

El magnate tenía ambiciones personales muy marcadas, incluso presidenciales, y no estaba dispuesto a servir de adorno. Su afán de figuración, realzado por sus diarios (había comprado *La Nación* en Trujillo, también en 1931), lo distanció de Manuel Prado hasta el extremo de que cuando los Estados Unidos invitaron al Presidente a reunirse con su homólogo en Washington, en abril de 1942, no le entregó el cargo provisional como exigía la Constitución, sino que dejó el encargo al consejo de ministros.

Indignado, Larco lanzó el editorial del periódico contra la decisión. Fue una amarga experiencia para el acaudalado norteño porque cayó víctima de una maniobra en la que participaron sus propios periodistas con cartas públicas de acusaciones. Larco los despidió y fueron repuestos por las autoridades como parte de un ataque masivo del gobierno que incluyó una cobranza coactiva de la Caja de Depósitos, un juicio de los despedidos y otras exigencias del Banco Popular, por lo que se decidió a vender la empresa y deshacerse de aquel verdadero dolor de cabeza (tenía otro frente de batalla más difícil: su hermano Carlos, con quien litigaba sin descanso).

La Crónica quedó así en manos de la familia Prado en agosto de 1942, convertido en su vocero político. Los nuevos dueños heredaron, entre otras cosas, una numerosa plana de redactores encabezada por Santiago Vallejo, director; César Guillermo Corzo,

jefe de redacción; Óscar Paz, jefe de deportes; Juan Marcoz Sarrín, jefe de policiales, y otros más.

Cuando Manuel Prado traspasó la banda presidencial a José Luis Bustamante y Rivero, la decisión familiar en cuanto a la línea del diario fue clara y sencilla: alejarse de la política; poner énfasis en policiales, deportes y campañas populares; y esperar. Por supuesto, saludaron el golpe militar de 1948 y aprobaron con entusiasmo las elecciones de 1950, porque en 1956 habría cambios y pensaron que sería la ocasión ideal para que Manuel Prado retornara al poder.

En ese período de espera decidieron también la modernización de *La Crónica*, encargando la construcción de un edificio en la avenida Tacna, en un gran terreno que poseía el Banco Popular. Allí se trasladarían, calculaban, a comienzos de 1953.

Nunca se había construido un edificio semejante para un diario en el Perú, pero después de todo correspondía a lo esperado del llamado Imperio Prado, que tenía como eje financiero el Banco Popular del Perú.

* *

La política, los partidos políticos y la lucha de la oposición contra la dictadura —primero militar y luego cívico-militar— del general Manuel A. Odría eran temas distantes al diario, casi como si aquellas cosas pasaran en otro país. Una lectura contemporánea de *La Crónica* no permite conocer lo que pasaba en el Perú, más allá de la información internacional acaparada por la Guerra Fría y su consecuencia más inmediata, la guerra de Corea. Era más fácil saber de la vida social, los espectáculos, los deportes y, por supuesto, los casos policiales, que de las novedades de la política.

Los dueños, el clan Prado, ignoraban olímpicamente que el país se debatía en una profunda crisis institucional y que la democracia

había sido interrumpida y reemplazada por una dictadura que perseguía con ferocidad a la oposición, aunque en 1950 Manuel Odría había sido ungido como presidente constitucional en una de las elecciones más groseramente amañadas de la historia republicana. No informó, por ejemplo, que cientos de policías rodeaban regularmente la embajada de Colombia para impedir la fuga del asilado más famoso de la época, el líder aprista Víctor Raúl Haya de la Torre.

La familia Prado tenía una relación ambigua con el Apra. Se afirmaba, por ejemplo, que gracias a sus votos militantes Manuel Prado Ugarteche había llegado a la Presidencia en 1939 y que les había prometido la legalidad. El hecho es que, en la elección siguiente, el Apra estuvo en el Frente Democrático que eligió a José Luis Bustamante y Rivero en 1945, logró mayoría en el Parlamento y entró, por fin, en la formalidad política.

Pronto los intentos reformistas del Apra colisionaron con los intereses de las derechas locales y, en particular, con la poderosa oligarquía terrateniente del norte, los propietarios de las grandes haciendas azucareras. La banca los apoyaba y los Prado no podía quedar al margen. Junto con *El Comercio* y *La Prensa*, el diario de la calle Pando saludó con entusiasmo el golpe militar de octubre de 1948 y la ilegalidad del Apra.

Tampoco se hizo problemas *La Crónica* cuando al año siguiente el general golpista promulgó la Ley de Seguridad Interior, que otorgaba poderes amplísimos de represión con el pretexto de luchar contra la «amenaza comunista», dirigida realmente al silenciamiento de cualquier voz divergente. Fueron los tiempos del temido Esparza Zañartu, director de Gobierno, los más difíciles para comunistas y apristas.



Es verdad que Santiago Vallejo figuraba como director y César Guillermo Corzo continuaba como jefe de redacción, pero eran ya rémoras para la empresa y casi no tomaban decisiones ni administrativas ni periodísticas. El tema noticioso, la jefatura real de la redacción, estaba a cargo del periodista arequipeño Gastón Aguirre Morales, hijo del novelista Augusto Aguirre Morales. La información local la manejaba Antonio Olivas, uno de los pocos formados como periodista profesional, pues había seguido cursos en los Estados Unidos.

Había otros personajes en la sombra: los políticos. Manuel Cisneros Sánchez era ya presidente del Directorio y líder visible del pradismo, el Movimiento Democrático Pradista (que luego cambiaría a «Peruano»). Todo se encaminaba hacia un nuevo período presidencial para el «tío Manuel», que aguardaba con calma las noticias de Lima en su departamento de la avenida Foch, en París.

Cuando Mario Vargas Llosa hizo su ingreso a *La Crónica* también se publicaba una «Edición de la Tarde» y la redacción estaba nítidamente dividida. Cada editor había formado su grupo y tomado espacios propios. El vespertino estaba dirigido por un recién llegado, el trujillano Pedro Morales Blondet, sobrino del presidente del Directorio Manuel Cisneros Sánchez, quien incorporó a su equipo a Alfonso *Pocho* Rospigliosi.

El entusiasta muchacho que llegó aquella tarde al diario no estaba al tanto de todas estas historias y maniobras por el control periodístico. Su interés estaba en las noticias, en el reporterismo y en los nuevos compañeros de trabajo que le fueron presentando poco a poco.

El primero con que entabló conversación fue Milton von Hesse, bajito, afable, distinguido por su pulcritud, quien tenía su escritorio al lado del señalado para él por Aguirre Morales. El mueble lucía encima una veteranísima Underwood que Vargas seguramente

acarició como a un nuevo amor. Había otro escritorio vacío: «Es de Carlitos Ney Barrionuevo, está en la clínica, lo acaban de operar de apendicitis», aclaró Milton.

Con el transcurrir de los días identificaría al gerente, Gustavo Prado Heudebert, distante de los periodistas e interesado solamente en los especialistas en hípica; tenía gestos de desdén tales que los obreros pronto lo motejaron como *huelecaca*. Cercanos, en la redacción, estaban el menudo Víctor Dorner, que viajaría en esos días a España; Fernando Palao, discreto y elegante como su hermano materno, Aguirre Morales; los judiciales Amadeo y Bernardino Julián; Óscar Paz, un bancario que llegaba solo por las noches para dirigir la sección deportes; y los editorialistas Antenor Escudero Villar, Raúl de Mugaburu y José Flórez Aráoz. Había varios dibujantes, como el ya veterano José Alcántara La Torre, del viejo *Varietades*; Víctor *Don Eche* Echeagaray, que ilustraba crímenes y escenas costumbristas; y el juvenil Raúl Grande, asignado a la página editorial para hacer viñetas.

* *

—Mire Vargas, mañana en la noche llega a Lima el nuevo embajador del Brasil. Vaya al aeropuerto con un fotógrafo —le indicó Antonio Olivas, encargado de redactar el cuadro de comisiones, murmurando instrucciones mientras mordisqueaba el cigarrillo que nunca abandonaba: lo prendía con el pucho del anterior, que arrojaba a una lata ya repleta de colillas y ceniza. Probablemente, Fernando Palao, especialista en el tema «aeropuerto», no podía ir.

Fue la primera comisión del novato reportero, que siguió al pie de la letra las indicaciones de veteranos como Milton: «Todo, apunta todo, los nombres, cargos, horas, todo...».

Efectivamente, Vargas Llosa tomó nota de todos los detalles y obtuvo material suficiente para redactar la información que

apareció en la edición de la mañana del 13 de enero de aquel extraordinario 1952, en la página 3, arriba, a la izquierda, con una foto de Félix *Pollo* Dávila que muestra a un grupo de diplomáticos posando para el reportero gráfico.

Desde el día de ayer se encuentra en esta capital, el doctor Caio de Mello Franco, nuevo Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de la República de Brasil en el Perú. El distinguido diplomático y su esposa, señora Yolanda de Mello Franco, llegaron a las 7 de la noche, en un avión internacional de la Braniff Airways que cumplió la travesía desde Río de Janeiro.

La venida del doctor Mello Franco, publicada con varios días de anticipación, congregó en los salones de nuestro primer aeródromo, desde tempranas horas de la tarde, a una numerosa y distinguida concurrencia formada por representantes de nuestras esferas oficiales, diplomáticas y sociales.

A partir de entonces su nombre aparecería todos los días en el cuadro de comisiones. Como cuando, poco después, el embajador presentó credenciales en Palacio de Gobierno y le encargaron la cobertura.¹

* *

«¡Paren todo! ¡Edición choque!», debió gritar el enérgico jefe de la sección policiales, Luis Becerra, al recibir la información de que habían encontrado muerto a un anciano sacerdote en Yauyos, una lejana provincia de Lima.

Bajo, grueso, mestizo de cara ancha con un bigotito que parecía dibujado, Becerra había sido el campeón indiscutido del periodismo policial limeño... hasta la aparición del tabloide *Última Hora* en enero de 1950. Hacía veinticinco años que dominaba las fuentes policiales y señoreaba en los burdeles —que podía

¹ *La Crónica*, Lima, 22 de enero de 1952, p. 3.

hacer cerrar a voluntad con sus influencias—, pero los jóvenes aquellos del nuevo vespertino del jirón de la Unión habían venido a quitarle algo de su reino criollo. Además, en su propio diario, surgían adversarios en la Edición de la Tarde —Nelson Zambrano y Augusto Chávez Costa—, que concedía más espacios a los crímenes en la primera página, con fotos más grandes, más sangrientas. Y con más fantasía en los relatos.

Becerra perseguía sucesos con posibilidades de convertirlos en «casos» (historias seriadas). Si no había alguno que considerara apropiado para «un buen caso», exageraba y hasta inventaba si era necesario, aun cuando después el diario se viera obligado a rectificarse y pedir disculpas.

Becerra fue quien redactó la nota principal de este, su primer gran caso de 1952:

Un bárbaro asesinato ha producido general sentimiento de indignación entre los habitantes del tranquilo pueblo de Omas, provincia de Yauyos. Allí, la noche del 31 de diciembre, el anciano Párroco Presbítero D. Gregorio A. Noguera, con más de treinta años de abnegada labor en su sagrado ministerio entre los modestos habitantes del citado pueblo, fue brutalmente muerto a golpes por unos malhechores que inducidos por el bastardo móvil del robo, no respetaron ni la edad de la víctima, ochenticinco años que habían encanecido un rostro bondadoso y querido por todos, ni las sagradas vestiduras que llevaba al momento del ultraje [...].

Efectivamente, lo habían encontrado muerto en la puerta de su casa con una pequeña herida en la sien producto de la caída provocada por un infarto.

Pero Becerra no se fijaba en detalles como estos. Dedicó al caso una página de la edición del 3 de enero y se extendió en los presuntos detalles, no olvidando citar la lista completa de las autoridades policiales que se hacían cargo del asunto. Por supuesto envió a un redactor y un fotógrafo al poblado de Omas, con el encargo de remitir muchos detalles y sobre todo imágenes.

Al día siguiente, Becerra volvió a la carga:

Todavía se desconocen los resultados del análisis que el Laboratorio del Gabinete de Técnica Policial ha practicado de la sangre hallada en el mango de una lampa, con la cual se presume que el victimario o victimarios del sacerdote Gregorio Noguera, golpeará a éste hasta dejarlo exánime. Mientras tanto, en la sección Delitos contra la Vida, de la Sub-dirección de Investigaciones, están siendo objeto de continuos interrogatorios Juan Oré Ponce y Juan Medina (a) «Capirote», quienes fueron detenidos por el investigador Juan Arana de las Casas por haberseles encontrado algunos indicios delatores encontrados así como también por haber incurrido en contradicciones.

El caso desapareció de *La Crónica* porque la autopsia reveló el infarto, pero no se molestaron en rectificar las versiones anteriores. Solo en enero de 1953, al hacer el recuento del año policial, escribirían con absoluto desparpajo: «Al cabo de un tiempo y después de intensa labor, en la que también intervinieron detectives de Lima, quedó esclarecido el caso del párroco de Omas, comprobándose que la muerte había sido natural».

Pronto surgió otro que parecía mejor, el Suicidio de los Aman-tes del Rímac. Becerra escribió:

Unidos en un abrazo póstumo fueron hallados en la noche del viernes en una construcción de la Urbanización La Florida, dos novios, quienes en días anteriores habían desaparecido de sus hogares. Junto a los cadáveres fue hallado un revólver, arma que sirvió a Carlos Peña Malpartida para quitar la vida a su prometida Inés Rodríguez Bao y luego suicidarse él.

Sobre el motivo que impulsó al homicida y suicida a llevar tan fatal determinación, se debe a que sospechaba de que su novia le era infiel.

No fue un gran caso, como los que prefería Becerra, porque había una carta del homicida que aclaraba todo. Consiguieron unas fotos y el tema se apagó solo. Había que esperar por otro mejor.

Becerra causó gran impresión en el novicio Vargas Llosa, que nunca había siquiera sospechado de la existencia de un escenario de verdadera bohemia con tragos, burdeles, policías, amores con prostitutas y algo de cocaína. Y el monarca era el jefe de la sección policiales, que inmediatamente unió al recién llegado al grupo que los fines de semana o de pago de la quincena cerraban la edición temprana y enrumbaban a la cantina más cercana o directamente al burdel. El trago lo pagaba Becerra, sencillamente porque no se atrevían a cobrarle, pero en los amores cortesanos decía: «Que cada uno baile con su pañuelo».

Siempre portaba una pistola medio metida en la pretina, de modo que se viera cuando deseaba intimidar a alguien, y no dudaba en empuñarla si hacía falta. Lástima que tenía mala cabeza y molestaba a sus colegas cuando llegaba a la redacción pasado de copas, como aquel día en que persiguió a Milton von Hesse entre los escritorios jurando que lo mataba allí mismo. O cuando puso en fila a todos esgrimiendo su arma hasta que uno de los operarios corrió a desarmarlo.

Pero luego se dormía apaciblemente y cuando despertaba era un caballero pacífico y alegre, siempre bien dispuesto a hacer favores y ayudar a sus redactores, en particular a los más jóvenes como Carlos Ney Barrionuevo, el citado Milton; Gonzalo Armaza; Santiago Tong; y Vargas Llosa, el más joven, casi un niño.

* *

La sección editorial estaba a cargo de los veteranos, los viejos, Raúl de Mugaburu que hacía comentarios internacionales, crítica de toros y notas editoriales; Antonio Garland; Carlos Paz Soldán, y unos pocos más que hacían que aquella página 2 fuera ignorada por los lectores.

De los propios periodistas, y en especial del animoso Aguirre Morales, surgió la idea de pedir que ellos mismos escribieran

—«con tema libre», dijeron— e invitaron a todos a redactar un artículo por lo menos una vez por semana. Repartieron turnos a los que se estimaba que escribían mejor y comenzaron entonces a aparecer bajo el epígrafe *De Nuestros Redactores* una serie de artículos de calidad desigual que tenían la virtud de estar ligados a la actualidad y servir de expresión y entrenamiento, en el caso de la nueva hornada.

Fue en el segundo semestre de 1951 cuando, en el espacio destinado antes a «Nuestros Colaboradores», se inició esta breve e interesante etapa que permitió que el precoz Vargas Llosa incursionara en el mundo de la crítica y el comentario.

El martes primero de enero rompió fuegos en el nuevo año Milton von Hesse con «El diario de un carterista», una nota de humor, de ficción, ilustrada por Raúl Grande. Veamos un párrafo del artículo que no tenía por lo demás ninguna relevancia:

JUEVES

Esta mañana he tenido buenos triunfos. Cada uno es toda una «firmeza». Cinco billeteras y tres monederos. Resumiendo, más de mil en «mentol». Quiero dejar estampado en este diario cómo le saqué su «bulto» a un pituco. Hacíamos «cola» en el paradero del trole a la Magdalena. El estaba bien «apoquinado». Empujaba a los otros para subir rápido. Y yo tras él hacía lo mismo. De pronto, a subir, otro empujoncito y... izás! Su billetera cambió de dueño. Como estábamos en el mismo carro y no me podía bajar así de repente no más, me quedé atrás [...].

En días sucesivos de aquel mes de enero escribieron Fernando Palao («Enseñar al que no sabe», sobre la visita de un educador norteamericano), Antenor Escudero Villar («Toledo, padrino de un noble mestizo arequipeño», una nota histórica), Román Hernández («La Estrella de Belén», comentando la fecha), Víctor Orzero («El gigante del arrabal», un personaje de barrio), Teobaldo Oré («De esta tierra ni el polvo», crónica de su retorno a Chíncha), Gastón Aguirre Morales («El hombre que perdió su sombra», un

cuento breve), Víctor Dorner («Elogio de la pachamanca»), Enrique Gonzales («Aquel 12 de Octubre en España», crónica de un viaje reciente), nuevamente Gastón Aguirre Morales («Y Carlsen perdió su barco», sobre la saga que conmovió al mundo), Milton von Hesse («Las 40 velitas de Pancho y Ramona», sobre la tira cómica), Antenor Escudero («Oro y plata dimos al mundo», artículo de historia), Román Hernández («Entre el datero y la cábala», sobre las carreras de caballos), Antonio Olivas («Las misteriosas islas del Perú», un comentario bibliográfico), Fernando Palao («Henry Mejis, un tipo cuasi folklórico», nota costumbrista arequipeña), Teobaldo Oré («Lima y sus problemas»), Gastón Aguirre Morales («Lima cumple hoy 417 años», nota histórica), Víctor Dorner («El primer submarino peruano», nota histórica), Alfonso Delboy («Tienes cinco hasta fin de año», recuerdos de infancia), Milton von Hesse («Y las estatuas también lloran», artículo de crítica al municipio), Antonio Olivas («Las fuerzas morales», nota bibliográfica), Antenor Escudero («La búsqueda eterna de abrevadero», artículo de historia), Román Hernández («En cada kilómetro acecha la muerte», sobre accidentes en las carreteras), Milton von Hesse («Mentirijillas y chismorreos», de costumbres), Antonio Olivas («Las tradiciones del perpetuo antañón», nota bibliográfica) y, finalmente, de nuevo Fernando Palao («Querquejes de mi tierra», sobre tinterillos arequipeños).

En los meses siguientes, febrero y marzo, siguieron escribiendo los mismos, pero hubo una variante, pues se incorporaron al grupo Carlos Ney Barrionuevo, que había estado de permiso por su operación de apendicitis, y el nuevo redactor, Mario Vargas Llosa.

Los textos más interesantes de esta primera serie de 1952 son los ligados a acontecimientos y a la actualidad. Probablemente, el mejor sea el que escribió Gastón Aguirre Morales, líder indiscutido del grupo, quien manejaba la redacción con seriedad y extrema cortesía, pero con la autoridad de ser por entonces el

mejor periodista del diario (cuando pedía algo a los jóvenes redactores les decía siempre «Mi señor... ¿podría usted...?», en contraste con el trato poco amable de otros jefes).

En los primeros días de enero, un acontecimiento sensacional saltó a las primeras páginas de todos los diarios del mundo, ávidos siempre de contar con noticias seriadadas (los llamados «casos» o noticias que tuvieran lo que los periodistas norteamericanos llamaban *follow up*). En el Atlántico norte, un pequeño barco de carga se estaba hundiendo a causa de una terrible tormenta. Pasajeros y tripulantes fueron rescatados, pero el capitán danés decidió quedarse en la embarcación protagonizando una dramática aventura seguida día a día por lectores ansiosos por conocer la suerte de Carlsen y su navío. La expectativa se acrecentó cuando Kenneth Dancy, un oficial del remolcador *Turmoil* que trataba de tirar del barco, se unió a la heroica decisión del capitán.

La Crónica se adhirió a los diarios que seguían el caso en primera página. Prefirió los despachos de la agencia INS, cuyos corresponsales escribían extensas crónicas sobre el drama y hasta aseguraron declaraciones exclusivas del porfiado marino.

Luego del desenlace de la historia —Carlsen y Dancy saltaron del barco poco antes de su hundimiento—, Aguirre Morales escribió la ya mencionada «Y Carlsen perdió su barco», una animada crónica:

El nombre de un barco «Flying Enterprise» y el de su capitán, Kurt Carlsen, surgieron de pronto con luz destellante en los diarios y acaparó la atención mundial. La noticia, breve al comienzo, hecho vulgar en el océano cuya furia obliga a refugiarse a los navíos en los puertos cercanos, comenzó a crecer hasta adquirir carácter de epopeya.

Olas gigantes levántanse frente a Inglaterra y cogen a bandazos a un humilde mercante, en cuya panza yacían mercaderías por valor de un millón de dólares. Se entabla la lucha entre el cascarón flotante y las aguas desencadenadas a las que trata de vencer el capitán Carlsen. Sus hombres cumplen fielmente las órdenes

del capitán que, sereno, trata de capear el temporal. Los SOS cruzan por el éter desesperadamente monótonos. Hay vidas en peligro y corazones oprimidos por la angustia.

La batalla comienza a perderse en el «Flying Enterprise», que es batido por las aguas y escora peligrosamente. Carlsen ordena a sus marineros abandonar el navío. Y la orden se cumple ordenadamente. De pronto, la voz corre: ¡el capitán se queda!

[...]

Carlsen hace adiós a los tripulantes que son recogidos por un destroyer. Entretanto, desde puerto zarpa un remolcador que va tragando millas y millas para salvar al mercante en peligro. Las horas trascurren perezosas. El buque amagado cruje con quejidos de acero que se rompe, acero material que no iguala en dureza al del valiente Carlsen bajo cuyos pies el agua chicotea con violencia. Noches en vela, hambre, esperanza y el remolcador que se acerca y llega [...].

Aguirre Morales recordó en esta crónica varios casos seguidos por los diarios de la época, la agonía de un famoso médico brasileño a quien aplicaron la droga Krebiozen como última esperanza, las conversaciones en Pam Mun Jom en Corea, el pleito petrolero en Irán y el premier iraní Mossadegh, etcétera.

El barco, decíamos, se hundió finalmente y Carlsen fue aclamado como héroe hasta el punto de que, algunas semanas después, Nueva York lo recibió con el clásico desfile de fanfarria y confeti en la Quinta Avenida. Se dice que alguna vez lo tentó Hollywood para que reprodujera su historia en el cine, pero no aceptó y regresó a su vida de marino anónima y distante.

Casi al final del mes, el día 28, Milton trabajó el chisme limeño con su artículo «Mentirijillas y chismorreos», tema intrascendente del que recogemos un breve ejemplo:

«Ay hija, lo que es yo no quiero que crean que soy una chismosa, pero figúrate lo que va a decir la gente cuando sepa que la Pachuca está en amores con un pelagatos. Y eso que además andan paseándose durante la noche y el día por todo sitio». Esto

lo hemos oído de boca de muchas personas a la salida de Misa, en el Mercado, en la «cola» de los tranvías u ómnibus, etc.

* *

Vargas Llosa se hizo inseparable de Carlos Ney Barrionuevo, fascinado por su cultura limeña criolla y bohemia que le parecía envidiable, su actitud despreocupada frente a la vida, sus ambiciones intelectuales, los rasgos de talento con brillantez que solo se hacían evidentes en medio de una borrachera. Carlos ya había publicado poemas y estaba siempre esbozando versos que leía a sus contertulios habituales, Milton y Mario. Y en alguna cantina, invariablemente.

El 6 de enero, Barrionuevo publicó en la sección De Nuestros Redactores «Palomillas y palomilladas», un colorido retrato del clásico personaje limeño que él conocía bien pues era de anti-gua familia capitalina:

—¡No seas palomilla!

—¡No te juntes con palomillas!

He aquí una clásica letanía peruana que sirve a las madres para reprender a sus hijos que hacen travesuras o se juntan con muchachos callejeros. Los pueblos siempre tienen una denominación especial que califica a los chicos callejeros y pilletes; en el Perú se les llama palomillas...

[...]

Los suburbios son emporio de palomillas y el escenario de su ciencia. Con los bolsillos llenos de piedrecitas y la honda que cuelga en sus cuellos los muchachos juegan bruscamente. Saltan unos sobre otros, es el lingo, juego pícaro, y el que salta mal, pobre. Para los palomillas el lingo es juego de hombres... así oímos: ¡Una patada más fuerte que el prima!

Una banda de músicos de un circo, en un camión viejo, pasea por un barrio populoso. Las calles aparentemente desiertas, comienzan a llenarse de chiquillos, y siguen el rumbo del camión, en una algarabía ensordecedora... ¡el circo!... ¡el circo!... y los muchachos

saltan y se cuelgan en el camión. Algún payaso sin gracia trata desesperadamente de arrojarlos pero los palomillas se burlan de él, ¡el circo! ¡el circo!... y los muchachos se pierden tras el camión en que los cachimbos tocan música odiosa y cargante.

[...]

Cuando Lima no tenía ni remotamente un millón de habitantes y no había patrulleros que cumplieran con la higiene social de la ciudad, el Martinete era uno de los más mentados escenarios de la timba en el que se juntaban toda clase de crápulas y palomillas. Aquí el palomilla entraba a la delincuencia por el camino más entretenido y angustioso: el juego.

Los grandes jugaban a la pinta, y los palomillas a la «chapa». El juego de la «chapa» consiste en arrojar al aire dos monedas iguales, lasa que al caer, según las reglas del juego, se gana con «cara» y se pierde con «sello».

Y así las cabezas de los jugadores es un constante mirar arriba y abajo. Con este juego los contrincantes con enfermiza atención siguen el curso de las monedas... «cara y sello»... «cara y cara», gano... «cara y sello»... «sello y cara»... «sello y sello», ¡pierdes!... ¡barajo ese tiro!... no hagas trampa... ¡cuidado!

Serían, finalmente, Milton y Ney quienes animarían a Vargas Llosa a escribir su primer artículo para *La Crónica* de la mañana.

* *

El 19 de enero, Paco Denegri, un datero de la sección policial, entró como una tromba en la redacción y gritó:

—¡Un crimen pasional en el centro!

Becerra miró a su alrededor y no encontró a ninguno de sus sabuesos, a sus curtidos especialistas. Solo vio en un rincón al flaquito Vargas Llosa, que tecleaba con entusiasmo alguna nota cultural.

—¡Gastón, préstame al muchacho nuevo... No tengo redactores, y hay un crimen sensacional!

Vargas Llosa no perdió tiempo en ajustarse la corbata y ponerse la chaqueta, pues el fotógrafo Alfonso Ego Aguirre lo aguardaba con impaciencia. Era muy cerca, en el jirón Azángaro, y llegaron casi corriendo. Los policías que custodiaban la puerta reconocieron al reportero gráfico («el muchacho es nuevo, viene conmigo») y los dejaron pasar.

Era una pequeña habitación; en el único camastro yacía el cadáver de Hilda Verena Chávez cubierto con una sábana por los policías. Ego Aguirre destapó el cuerpo. Dejó al descubierto sus pequeños senos ensangrentados para que la foto, dijo, tuviera más impacto.

Vargas Llosa estaba paralizado de susto y náusea. Era la primera vez que tenía tan cerca un cadáver y, además, en medio de un charco de sangre. Pero se sobrepuso, tomó muchas notas y ayudó a buscar papeles, cartas, fotos, todo lo que sirviera para armar un caso. Lástima que no había problemas con el asesino, pues ya se había entregado y confesado con detalles la decisión de matarla. Pero así y todo, hubo material para dos o tres días. Los titulares de la sección policial de la edición matinal del 19 de enero fueron:

Un puñal clavado en el corazón de su amante convirtió en asesino a un hombre enamorado y celoso que luego se entregó a la policía.

El crimen pasional ocurrió ayer en un coqueto cuarto del jirón Azángaro.

Antes de hundir un puñal en el pecho de Hilda Chávez, esta, entre estertores pidió a Guillermo Luis Arroyo que la ultimara.- Una toalla culminó la furia homicida.- Declaraciones del criminal.-

Una madre que clama por su hija.

Esta es la introducción de la nota que probablemente redactó Vargas Llosa, muy corregida por Becerra, que añadía siempre los detalles truculentos:

Mientras la sangre que manaba de su herida en el pecho iba tiñendo su cuerpo moreno y su vida se extinguía lentamente, Hilda Verena, de 21 años de edad, suplicaba a su amante que momentos antes la había apuñalado, que terminara con ella, porque no podía seguir sufriendo. Así lo hizo el victimario y con una toalla anaranjada acabó con su vida.

Aún con las manos ensangrentadas, el homicida se entregaba a los miembros de la Sección Delitos contra la Vida, dándoles la llave de la habitación donde se encontraba el cadáver de su amante.

La fotografía de la joven semidesnuda ocupó tres columnas. Le redactaron la siguiente leyenda o pie de foto:

La fotografía es sencillamente macabra. En la cara de la infeliz Hilda se refleja todo el dolor de sus últimos momentos. Dijo el asesino que la hirió con el puñal y que tuvo que ultimarla ahorcándola con una toalla, a ruego de la propia víctima que prefería la muerte antes de tan horrible sufrimiento. En diversos lugares del país se ha desatado una ola de crímenes que hacen pensar seriamente en la necesidad de aplicar las más drásticas sanciones. El nuevo año se inicia con mucha sangre y con la comisión de los más abominables delitos que pueda imaginarse.

Los policías encontraron entre los papeles de la infortunada joven una carta de amor que no tardaron en pasar a los redactores de su diario favorito:

No puedes imaginarte lo que estoy sufriendo. Hace cuatro noches que no puedo dormir, me desvelo y no tengo ganas de comer, tengo que dirigirme al Mercado Mayorista, con el fin de pasar las horas, entre el bullicio de las gentes para que sean más cortas, mi mamá me pregunta por el motivo y tengo que salir inmediatamente para no hacerla sufrir. Tú sabes que te quiero mucho y que por ti haría lo que no he hecho por otra mujer. A las 8 de la noche estoy donde Juanito, sales aunque sea 15 minutos para conversar detenidamente y ver cuál es mi situación [...].

O esta otra carta, que revela un Guillermo muy enamorado:

Verena Hilda: otra vez me has engañado, no he hecho nada malo para que me llames idiota, sinvergüenza, cínico; pueda ser que no supe comprenderte o es que te quise demasiado y tú necesitarás trato fuerte, si eso quieres lo tendrás. Tú no sabes de lo que es capaz un hombre loco de amor. Deja dicho cuando regresas. Tu engañado. Guillermo Luis.

PD. Regreso dentro de una hora. Aquí estaré esperando toda la vida.

Y también una respuesta:

Mi querido Guille:

Un día más son las 8 y 30. Salgo a comer, regresa tan pronto como puedas. He venido a verte a las 8.30 y me voy rápido. He venido ya sabes a las 8.30 y no has venido, porque a las 7 p.m. te he llamado por teléfono lo mismo que a las 7 y media y así sucesivamente y no has estado. Ni vayas a buscarme mañana. Vengo a la noche. Verne.

Correo del Corazón.- Azángaro 622 interior 15.- «El amor hace pasar penas negras».- El engañado.

Y también algunos malos versos:

Por enamorarme
de una mujer
mi felicidad perdí
por querer sin merecer
cruel martirio yo viví. Mientras yo la amaba
ella sólo me engañaba
Mientras yo la amaba
ella de mí se burlaba
La quise mucho y la quiero
aunque me engañe cómo olvidarla
si ella es lo que más quiero
y nunca dejaré de amarla.

Guillermo Arroyo era un hombre de más de 30 años, empleado tranquilo y cumplido de la Municipalidad, que enfrentó con tranquilidad al redactor de *La Crónica* y le contó su versión, a la que el periodista añadió un dramatismo profesional que, como es de imaginar, a nadie convenció:

[...]

—Pero si la querías, ¿por qué la mataste? —le preguntamos.

—No sé, debe ser por el calor que hacía, creía volverme loco y cogiendo el puñal que hace dos meses había comprado para matar gallinas, se lo puse jugando en su pecho. Ella creo que se levantó de la cama y la hoja del arma se introdujo en su pecho. La sangre comenzó a salir de su pecho y mis manos, con las que quise contener la hemorragia, se volvieron encarnadas.

—¿Después qué hiciste?

—No me acuerdo, creo que me desmayé, después ella con voz suplicante, me pedía que acabara de ahogarla, porque no podía seguir sufriendo. Le coloqué alrededor del cuello una toalla anaranjada y comencé a ajustarla. Pero no tenía fuerzas para hacerlo. Entonces pensé en suicidarme, pero no encontraba el puñal que se había escurrido dentro de las ropas de cama [...].

Al día siguiente, los redactores de Becerra —Vargas incluido— buscaron información en el Colegio Vespertino Nacional de Mujeres San Marcos, donde ella había terminado su secundaria con malas notas, y en la Municipalidad, donde ambos trabajaban.

Alguno descubrió el origen de los celos del asesino, que publicaron inmediatamente a toda página: «Apareció el tercer hombre de la mujer apuñalada»:

Apareció el tercer hombre de Hilda Verena. Es un joven de nacionalidad europea y que al igual que los otros pretendientes, se enamoró perdidamente de la agraciada «zambita», a quien conoció en una fiesta que se realizó en una casa particular en Miraflores.

Muy aficionada a la música tropical, Hilda, en esa reunión bailó la mayoría de las veces con Iván Popovic, de 19 años de edad, de nacionalidad croata, el nuevo conquistador de su corazón. Así alegremente pasaron toda la noche causando envidia a los demás invitados.

Al término de la fiesta, Iván le pidió una cita, pero Hilda, con su habitual coquetería la negó, diciendo que pocas veces salía de su casa y que haría lo posible por verlo [...].

Encontraron una foto de los jóvenes en la playa, que sirvió para inventar un paseo a San Bartolo, luego al cine a la vermouthe y, finalmente, una cita que haría que Hilda decidiera compartir su amor con los dos: su novio oficial, Guillermo Arroyo, y el alegre extranjero, que fue localizado rápidamente y entrevistado para obtener detalles, más detalles, fotos, textos, poemas, todo. La razón del asesinato era simple: Hilda, que ya había aceptado casarse con Guillermo y hasta planificaba una ceremonia de cambio de aros, lo engañaba con el croata, quien no sospechaba la doble vida de la joven. «El eterno triángulo», sentenció *La Crónica* en su edición.

Las menciones al personal de la policía eran obligatorias:

A las 4 de la tarde de ayer, el personal del Gabinete Central de Identificación dirigido por el Comisario del DIC señor José Reyes Alva, el Capitán Comisario de la Quinta Jurisdicción don Casimiro Horna Aliaga, el Jefe de la Sección Investigaciones Oficial Primero don Oscar Valderrama, detectives de la Sección Delitos Contra la Vida, estuvieron en el cuarto número 15 de la casa de pensión signada con el 822 del jirón Azángaro para llevar a cabo la inspección ocular [...].

Pero un nuevo crimen, ahora sí sensacional, interrumpió bruscamente la historia de Hilda, cuyas desventuras dejaron de ser tratadas por *La Crónica* de la mañana. El 21 de enero el diario tituló a todo lo ancho:

AHORCADA POR SU ÚLTIMO AMANTE FUE ASESINADA UNA MERETRIZ EN EL CUARTO DE UN HOTEL DE LA AV. BOLÍVAR.

El victimario utilizó un fustán de la víctima para ejecutar sus designios.

Desnuda sobre una mísera cama y con un fustán alrededor del cuello y que había servido para estrangularla, fue hallada una meretriz en el cuarto de un hotel de tercera categoría de la avenida Bolívar.

El crimen que habría sido cometido en horas de la madrugada del lunes y cuyo autor ha fugado, fue descubierto al mediodía de ayer por el cuartelero.

Este nuevo caso de estrangulamiento a una mujer de vida airada nos hace recordar al que hace un año y dos meses fuera perpetrado en una casa de diversión del jirón Manuel Gómez, en Jesús María. Con la diferencia de que en aquella oportunidad la víctima llevaba una vida de lujo y en esta vez la estrangulada era una mujerzuela de muy humilde condición que desde muy niña —13 años de edad— ofrecía su cuerpo por unos míseros centavos.

Becerra cambió inmediatamente de objetivo. Ahora que tenía como refuerzo a Vargas Llosa, enfiló sus mejores armas periodísticas hacia la desgraciada meretriz, a la que bautizó como «La Chica del 17». Porque los casos debían tener un nombre para que la gente siguiera la historia con facilidad.

Era además otra buena oportunidad para que aparecieran en los diarios los nombres de los policías, como leemos aquel día:

El Director General de Investigaciones señor Clodomiro Marín del Aguila, dispuso que el Sub-Director del Ramo señor Augusto Rodríguez Martínez impartiera las órdenes pertinentes al Jefe del Departamento de Investigación Criminal, para que el personal de la Sección Delitos Contra la Vida, el Cuerpo y la Salud, realizara las pesquisas que el caso requería.

En la Inspección Ocular practicada en el Hotel «San Pablo» por el Comisario señor José Haro y Haro, con la colaboración del Oficial Segundo y demás personal, no pudieron ingresar al cuarto número 17, que es el escenario del escalofriante asesinato, por hallarse éste cerrado y tener las llaves la policía de la jurisdicción.

El redactor intentó ser minucioso:

Sobre el lecho fue encontrado el cadáver de «La Polilla», completamente desnudo con el fuste de ella anudado en el cuello, el nudo había quedado en el lado derecho. La lengua estaba salida de la boca y el dedo índice de la mano derecha descansaba en la punta de la lengua que estaba amoratada. Bajo el fuste con el que fue estrangulada la «polilla» se advertía un collar de perlas de fantasía y del pallar de las orejas pendían los aretes al parecer enchapados. Eso es todo lo que dejó el criminal, antes de huir.

Nuevamente los Ego Aguirre —Alfonso y Abel— se encargaron de las fotos de la joven Fermina Casas Pariona, que fue desnudada hasta la cintura para ellos. La leyenda decía «Cadáver de la meretriz, tal como fuera descubierta por el administrador del hotel. En la mano derecha se notan manchas de sangre».

El caso fue manejado por *La Crónica* con enorme irresponsabilidad, en su afán de apoyar y publicitar a sus amigos de la Policía de Investigaciones del Perú (la PIP) en desmedro de la Guardia Civil, a la que trataba siempre de desacreditar.

Se supo que Fermina, que usaba como nombre de trabajo «María Rivera», y un sujeto alquilaron un cuarto en el hotel. Era usual en el barrio. Fue él quien se registró como «Santos Carvajal Quispe» de 26 años, mostrando su brevete como identificación.

Al conocerse el crimen, la policía detuvo al conviviente y «macró», Juan Miranda Narváez (a) *Cara de Gallo*, y luego se lanzó a la persecución de un antiguo amante, Roger Calderón Retamozo, que vivía en Ayacucho. En la línea de irresponsabilidad de todos, los empleados del hotel aseguraron reconocer al criminal, y la policía y *La Crónica* anunciaron que tenían al asesino.

Pero Calderón logró probar que el día del asesinato estaba trabajando como operador de maquinaria en las lejanas minas ayacuchanas San Luis y que era imposible que hubiese estado en Lima en la noche del asesinato, pues al día siguiente se presentó a laborar como de costumbre. Una vez más, Becerra y sus redactores, la policía y *La Crónica* se olvidaron del caso y solo quedó detenido el último conviviente, quien, según el diario, «[...] se negó a confesar haber estrangulado a la cortesana aunque la policía dice tener pruebas para probar su culpabilidad».

«Esperaremos otro caso», dijo Becerra a sus huéspedes.



Fue en febrero cuando llegó la oportunidad para el joven reportero de mostrar sus habilidades como articulista. El entusiasta actor y promotor de teatro Guillermo Ugarte Chamorro había sido nombrado director de la Escuela Nacional de Arte Escénico, y tenía, entre otras virtudes —o quizá defectos, según como se vea—, el afán de la publicidad. Cualquier evento que planificaba, un estreno, todo lo convertía en suceso periodístico. A poco de ser nombrado se convirtió en personaje habitual de las redacciones de los diarios, aburriendo un poco con sus demandas a los redactores especializados. Pero lograba su objetivo. Esta vez pudo interesar al joven Vargas Llosa, el nuevo, para que lo escuchara y escribiera un artículo sobre sus actividades.

Para Gastón Aguirre Morales solo fue necesaria una somera revisión y correcciones mínimas. El nombre de Mario apareció por primera vez en el diarismo nacional; fue el 16 de febrero de 1952, en la página 2:

Esfuerzo a favor del teatro en el Perú

Mario Vargas Llosa

El teatro, que con toda justificación fuera llamado una vez «la conjunción de las artes», atraviesa en nuestro medio una franca etapa de recuperación, merced a la magnífica labor cumplida por la Escuela Nacional de Arte Escénico, instituto que desde unos meses viene siguiendo un estudiado plan de actuaciones para atraer al público peruano hacia el arte teatral, cuando parecía que este había fallecido definitivamente como diversión popular. Digna de elogio es pues la labor que la ENAE viene cumpliendo desde unos meses y que actualmente parece estar dando buenos resultados.

Cuando, a mediados de 1950, la Escuela Nacional de Arte Escénico inició una serie de actuaciones gratuitas en colegios y centros culturales de la capital, no tenía en mente, por supuesto, entablar esta decidida campaña en pro del teatro, sino más

bien, ejercitar a sus alumnos en presentaciones públicas, ya que se tenía muchas dificultades para temporadas en teatros y la Escuela no contaba con un local apropiado. Pero este ciclo de actuaciones en centros de estudio, tuvo un resultado no esperado. Los estudiantes que vieron trabajar a los jóvenes alumnos sobre las tablas de sus escenarios —muchos no habían asistido a presentaciones teatrales— comenzaron a interesarse por el arte teatral y de este modo, lo que en un principio solo fuera simple práctica para los alumnos de la ENAE se convirtió en una enseñanza para muchas personas, que desde que vieran actuar a estos jóvenes, convirtiéronse en decididos aficionados a esta clase de actuaciones.

El Dr. Guillermo Ugarte Chamorro, director de la ENAE, viendo los benéficos resultados de esa pequeña temporada, ideó la manera de agrandar esta campaña en pro del teatro. Con mayor entusiasmo se presentó a los alumnos en diversos lugares de Lima; se montó obras de autores clásicos en provincias donde muy rara vez se presenta una temporada de teatro. Actualmente los alumnos de la ENAE presentan actuaciones en el Campo de Marte y el público que acude a aplaudirlos es cada vez más numeroso. Los resultados de esta campaña son excelentes. Se ha dicho que dentro de poco, la ENAE dará presentaciones en fábricas, talleres y prisiones, y efectuará otra jira [sic] al interior de la República. Una obra que está dando tan benéficos resultados no puede menos de ser alabada con toda justicia. La ENAE, en una jira que hiciera a Bolivia, fue muy elogiada por la crítica de ese país y un éxito rotundo coronó cada una de sus representaciones en La Paz.

La Escuela Nacional de Arte Escénico es el único instituto que hay en el país destinado a educar técnica y artísticamente a la juventud peruana, atraída por el llamado de la vocación teatral. Tiene muy pocos años de existencia, pues fue creada en 1946 por el Ministerio de Educación. Y en pocos años sus frutos han sido bastante buenos. Como ejemplo podríamos poner el caso de Luis Álvarez, egresado de la Escuela el año pasado y que este año fuera discutido como el mejor actor peruano actual. También se podría hablar de Marcela Giuffra, que últimamente viajara con la Compañía de Mercedes Prendes y que ha sido en el año pasado una de las mejores figuras femeninas de la escena peruana.

Algo muy importante que hay que decir de la ENAE es que tiene el privilegio de poseer la primera biblioteca de teatro de Sudamérica con 4000 piezas teatrales. Se nota lo importante de esta biblioteca, al saber que la segunda de Sudamérica es la de Chile, con apenas 1500 piezas.

El número de alumnos de la Escuela es actualmente regular. Son cerca de 50, cifra bastante pequeña si se tiene en cuenta que en su primer año tuvo más de 120, pero de ellos no hay ninguno mayormente notable. En cambio los que hay ahora, forman un regular conjunto, con bastante vocación y buena enseñanza, que dará, seguramente, buenos actores.

Ha disminuido la cantidad de alumnos por una razón, que salvó a la Escuela Nacional de Arte Escénico del fracaso. Recién fundada la Escuela, acudieron a ella todas las personas aficionadas al teatro, o aquellas que por simple afán de cultura querían conocer a fondo este arte, o quienes habían visto una obra y querían ser grandes artistas, y así muchos más. Muy justa, claro, podría ser la decisión de todas estas personas, pero, desgraciadamente casi ninguna de ellas tenía cualidades, y la mayor parte no iban a la Escuela para ser actores sino para «estudiar» arte teatral. Tenemos pues, que la primera promoción egresada de la Escuela resultó un fracaso. Felizmente logró, muy a tiempo, subsanarse esta dificultad. Para el ingreso, el primer año, había bastado presentarse a las oficinas de la Escuela e inscribirse como alumno. Hoy no. Se obliga a los aspirantes a rendir un examen de ingreso y se exige una serie de requisitos a fin de seleccionar a los que verdaderamente tiene condiciones, o «pasta teatral». Los resultados son los siguientes: la ENAE disminuyó en cantidad pero mejoró notablemente en calidad y actualmente la Escuela cuenta con un pequeño pero selecto grupo artístico. Será importante que aclare que todo lo que digo anteriormente se refiere a la sección de arte dramático de la ENAE, ya que cuenta también con una sección de Declamación, para la cual no son necesarias todas estas explicaciones.

Hace poco la ENAE presentó una corta temporada en uno de los principales teatros de Lima y el público pudo ver de cerca los progresos que en el transcurso del año han conseguido sus alumnos. Ojalá pues que los magníficos resultados alcanzados por la ENAE en los últimos meses continúen en los tiempos venideros, y que

la campaña en pro del teatro, iniciada con tanto entusiasmo, no decaiga, sino, más bien prosiga hasta haber alcanzado su objetivo de modo que pronto se pueda decir, que aquello de que «el cine fue una traicionera puñalada que mató al teatro» no es exacto.

No pudo Vargas Llosa en esos días dedicar tiempo a nuevos artículos porque Becerra lo seguía convocando para que ayudara con los nuevos sucesos policiales que conmovían a los limeños.

Llegó un nuevo caso en menos de una semana. La noche del 20 de febrero la joven artista francesa Jacqueline André (o Marcel), que vivía en Lima, rodó por los acantilados de la avenida Costanera, en lo que años más tarde se llamaría pomposamente la Costa Verde, y fue encontrada muerta en la madrugada, al pie del mar. Un tema ideal para las plumas de *La Crónica*, pues era joven, rubia, bella y con una historia insólita, porque a las ocho de la noche del día fatal se había bautizado, abrazando la fe católica.

La edición de la tarde tuvo tiempo de colocar en primera página y con grandes títulos la noticia de la muerte de la francesa, adelantándose al equipo de equipo de Becerra —con Vargas Llosa buscando datos—, esta vez más conservador pues se limitó a colocar una gran foto en la portada bajo el título «¿Crimen o suicidio?» con el siguiente pie de foto:

Esta es la bella Jacqueline Marcel —cantante francesa de 29 años— que en la madrugada de ayer fuera hallada muerta en un barranco de la Avenida Costanera, a pocos metros del mar. ¿Crimen o suicidio? Aún no se puede afirmar nada. Por extraña paradoja, horas antes se había bautizado adoptando la religión católica. Un nuevo misterio por esclarecerse.

Fue un verdadero festín para los cronistas policiales de *La Crónica* y *Última Hora*, que inventaron historias de un suceso que resultó al final ser un simple y trágico accidente. Jacqueline hizo detener el auto en que iba con Óscar Valiente porque le urgía orinar y como la zona era desolada no habría problema. Mareada

por tantos brindis, no se percató de la cercanía del abismo, tropezó y rodó por el barranco sin que nadie oyera sus gritos, o quizá ni siquiera pidió auxilio. Los acompañantes la llamaron y buscaron, pero la oscuridad les impidió encontrarla y debieron entonces esperar a que amaneciera para comprobar que allá abajo yacía el cuerpo inanimado de Jacqueline. Fueron entonces a la comisaría a informar de la desventura.

LA POLICÍA TRATA DE DESPEJAR LA DUDA QUE RODEA LA MUERTE DE JACQUELINE.

En un barranco de la Costanera fue encontrado el cadáver de la «Rubia Fatal», que horas antes había sido bautizada.

En el fondo de un barranco de la primera cuadra de la avenida Costanera cerca del mar fue a morir en la mañana de ayer, la artista francesa Jacqueline Marcelina Vafforlle Vernet —más conocida en el mundo artístico como Jacqueline Marcel—. Estaba vestida con un traje azul de soiré, confeccionado para su debut del día sábado en el Restaurante de La Laguna.

Al registrarse la tragedia, la bella artista se hallaba acompañada de dos de sus amigos, con quienes horas antes había estado divirtiéndose en La Cabaña, celebrando su bautizo.

Incógnita

¿Crimen o suicidio? De nuevo se plantea a la policía esta incógnita, que sólo quedará aclarada al hacerse la autopsia y las nuevas investigaciones que vienen realizándose. Hay, sin embargo, posibilidades de que Jacqueline se haya suicidado porque hace dos años o sea cuando recién llegada del Ecuador, quiso terminar con su vida arrojándose a uno de los barrancos de Miraflores, siendo frustrados sus deseos por los patrulleros. Pero las personas que intimaban con ella, aseguran que la artista francesa no tenía motivo para suicidarse, pues estaba contenta y había echado tierra al pasado.

Era una larga y mediocre información policial, redactada con frases hechas y lugares comunes. Pero en la misma página aparecía otra crónica que Carlos Ney y Marcoz dicen que pudo ser

redactada por el joven Vargas Llosa, por lo imaginativa, construida sobre la base de los pocos datos que pudieron conseguir:

CRUEL E INJUSTO, EL DESTINO SEÑALADO POR SU PROPIO MARIDO, EXIGÍA A JACQUELINE A ESCOGER ENTRE EL PECADO O EL SUICIDIO.

En la provincia de Marne, en Francia, hace 29 años nacía Jacqueline Marcelina Vaffoille Vernet, que andando el tiempo cambiaría este nombre por el apocopado de Jacqueline Marcel, simplemente. Como se advertía la vida de Jacqueline fue una cadena de desgracias. Hace un año estuvo a punto de terminar cuando, en un momento de desesperación, intentó suicidarse arrojándose al mar desde uno de los barrancos de la costa de Miraflores.

Los primeros años de Jacqueline son un misterio. Nunca se refirió a ellos y si lo hizo alguna vez respondiendo a la pregunta de un amigo íntimo, lo hacía con un gesto de horror en su rostro, como si un recuerdo desgraciado estuviese ligado íntimamente a su historia. A los 20 años era una mediocre cantante que semanalmente cambiaba de cabaret en París y parecía estar destinada a la vida nocturna. Sin embargo, de pronto Jacqueline abandonó este ambiente. Contrajo matrimonio con un humilde empleado que trabajaba para el ejército francés en el menester de amaestrar perros. Estos años en compañía de Gerard Balbrous —nombre de su esposo. Fueron los más felices de su vida. Siempre se refería a ellos de una manera especial. El nacimiento de un niño vino a unir más a esta pareja. Le pusieron por nombre Michael y lo entregaron a la madre de Gerard para que se encargara de criarlo. Parecía que nada empañaría esta vida tranquila que llevaban Jacqueline y Gerard.

Adiós a París

Pero un buen día —nadie sabe el porqué— la pareja abandona París bruscamente, dejando a su hijo como si algo muy grave los impeliese a huir de esa manera. Jacqueline nunca habló de esto. Hace dos años Jacqueline Marcel y Gerard entraban al Perú por la frontera de Tumbes.

Anteriormente habían estado en Colombia y países de Centroamérica, donde vivieron del trabajo de ella, que nuevamente había tomado la profesión de artista. Gerard, el joven que para casarse con Jacqueline obligase a ésta a abandonar su carrera, parecía

haber olvidado sus preocupaciones, ya que desde que salieron de París bastaba el dinero ganado por ella.

En Lima

En Lima, Jacqueline consigue un contrato en «La Laguna», donde trabaja 5 meses. Gerard se preocupó de conseguirle amigos de dinero a quienes la artista pueda explotar y él recibe todos los beneficios. Gerard se ha convertido en un vulgar «maquereaux» de su esposa. Jacqueline, que ha conseguido algunas amigas, cuenta a éstas que su marido le da un trato injusto. «Me obliga a salir con unos amigos —les dice— y cuando llego tarde, si no le traigo dinero, me pega y tengo que salir corriendo porque es capaz de matarme».

La crónica, larga y con muchos detalles evidentemente inventados, cuenta el drama de Jacqueline, de su esposo explotador y su expulsión del país por provocar su intento de suicidio.

Al día siguiente los cronistas dan cuenta del entierro de la francesa y parecen resignados a aceptar la hipótesis del accidente simple. Pero recrean nuevamente la historia:

Como se ha visto en nuestras ediciones de ayer, la vida de Jacqueline Marcel fue una cadena de sucesivos sufrimientos y desgracias. Ella fue manivela engarzada en la maquinaria de la fatalidad y ella misma lo contaba.

Veamos ahora las circunstancias en que conoció a Oscar Valiente: Hace un mes y medio, más o menos, se encontraban en «Lima de Antaño» Oscar Valiente y Aurelio Collantes, conversando animadamente a eso de las dos de la mañana. Ingresaron de pronto a ese «jardín» Jacqueline Marcel y Miguel de los Reyes y otra pareja. Al pasar junto a la mesa Valiente-Collantes, la rubia y atractiva francesa dirigió un afectuoso saludo a Collantes con quien —se dice— alternaba «muy bien». Luego Jacqueline y Reyes se sentaron a una mesa y comenzaron a libar en abundancia. A las dos horas, más o menos, Reyes en voz alta, de modo que casi todas las personas que se hallaban en «Lima de Antaño» pudiesen oír, aconsejó a Jacqueline:

—Ya no tomes más. Vámonos a comer a alguna parte.

Y Jacqueline, en voz alta, también, se negó a abandonar el local. Parece que esto exasperó a Reyes quien, por la fuerza, trató de obligar a Jacqueline a que se levantara. Como ésta siguiese negándose a ello, Reyes, bajo los efectos del alcohol, parece que trató de abofetearla. Ante este gesto, Collantes y Valiente se acercaron a la mesa e increparon a Reyes su proceder con la dama. Luego, obligaron a Reyes a que se marchara y los dos se quedaron con Jacqueline. Collantes se encargó de presentar a Valiente a la cantante, quien, seguramente entusiasmada por el «heroico» proceder de Valiente, se dedicó a brindarle todas sus gracias, desde aquella noche.

A Becerra le gustaban los recuadros con datos complementarios. Como este, que describe las últimas horas de la infortunada Jacqueline:

11 de la mañana.- Se levantó, desayunó en su departamento de la Avda. Venezuela y salió de él en un taxi.

12 de la mañana.- Llega a «La Laguna». Ensayea alegremente y almuerza con su profesor y con el director de la orquesta de esa «boite».

6 de la tarde.- La vieron en el «Patio» con un moreno bailarín de una orquesta cubana.

7 de la noche.- Oscar Valiente y Julio Romero la recogen de su casa.

8 de la noche.- Se bautiza en la Iglesia Santa Rosa.

8.30 a 11 de la noche.- Recorre en carro la ciudad con Valiente, Romero y su amiga Aguilar.

12 de la noche.- Llegan a «La Cabaña». Bailan. Piden a la orquesta que toquen «Mambo en España». Toman vino francés.

3.30 de la madrugada.- Se retira Romero.

4.10 de la mañana.- Pasan a la cantina de «La Cabaña».

5 de la mañana.- Salen ebrios y se van al Negro-Negro.

5.30 de la mañana.- Beben en el «N.N.» y Jacqueline canta «Les fleurs mortes». Pagan y salen. Están muy contentos.

6 de la mañana.- Se la encuentra muerta en uno de los barrancos de la Avda. Costanera. Está pálida, despeinada, sin zapatos y con los «nylons» rasgados.

«Jacqueline» ya no daba para más como caso policial. Habían publicado lo imaginable pero era claro que, como dicen los periodistas, «todo parece indicar que fue un trágico accidente». Becerra decidió cerrar el caso con la foto de la lápida y una leyenda: «Con el molde diseñado por la mano de un pintor de brocha gorda, Julio Ramiro de Torres el padrino de la «rubia fatal» ha dictado la inscripción de la lápida provisional que identifican los restos de la inolvidable Jacqueline en el Cementerio General. Cuartel San Andrés B-33: Jacquelinina Marcelina. Q. E. P. D. Febrero 21-1952».

* *

Eran los tiempos de la pasión por las carreras de caballos y la última creación, La Polla. El primer hipódromo había sido fundado en las afueras de Lima, en el alejado fundo de Santa Beatriz, y la pista de carreras estaba ubicada en lo que más tarde conoceríamos como el Campo de Marte.

El hipódromo de Santa Beatriz quedó ya pequeño, la zona fue urbanizada con pretensiones residenciales de alto nivel y el nuevo local para las carreras se llamó San Felipe, entre las avenidas Salaverry y San Felipe, donde hoy se levanta el conjunto residencial del mismo nombre.

La mudanza renovó el entusiasmo por las apuestas. Y a las categorías de ganador, placé y la popular dupleta se añadió más tarde La Polla, que consistía en acertar la mayor cantidad de los ganadores de toda la jornada. Después vendrían los premios mayores con el título de El Pollón.

Hasta entonces las expectativas de enriquecerse gracias a un golpe de suerte estaban reducidas a la lotería, que administraba desde tiempos coloniales la Beneficencia Pública. Obtener el «gordo» de Fiestas Patrias o Navidad significaba la fortuna. La Polla era

más rápida, pues se jugaba cada semana con los resultados de los domingos, y precisamente su auge se había iniciado en 1951 y reafirmado en 1952 cuando los premios mayores sobrepasaron la enorme suma de un millón de soles. También había carreras de perros organizadas por el Kennel Club, en la avenida Arica, que no pudieron soportar la competencia del nuevo hipódromo.

La familia Prado estaba ligada a las apuestas y Gustavo Prado, el gerente de *La Crónica*, era propietario de caballos. Fue una pasión que traspasó a sus hijos, que pasaban prácticamente el día entero en el hipódromo. Por supuesto, los dueños animaron a los periodistas a incentivar el juego, ampliaron la sección hípica y pronto *La Crónica* se convirtió en el diario por excelencia de los apostadores de carreras.

La empresa hizo de la cacería de los ganadores una especie de cuestión de Estado. En enero, por ejemplo, informaron que «más de cuatrocientos mil soles recibieron hoy dos turroneiros de una de las 3 cartillas con veintisiete puntos». La nota se iniciaba así:

Los tres primeros premios gordos de La Polla fueron cobrados esta mañana por dos humildes turroneiros y el Banco Internacional. Una gran cantidad de público se aglomeró para ver a los agraciados y especialmente a dos serranitos sencillamente vestidos que temblorosos esperaban que los atendiera el señor Santiago Cano.

Dos turroneiros, agraciados con uno de los primeros premios de La Polla, con la humildad del indio y el miedo a la publicidad, se acercaron esta mañana a cobrar la bonita suma que «la providencia les ha enviado».

Cada cobranza de La Polla era un suceso periodístico. Los periodistas de *La Crónica* se esforzaban en convertirla en notas de interés humano llamadas a conmover al público y renovar su esperanza de que ellos, cualquiera de nosotros, podría ser rico de la noche a la mañana.

El martes 26 de febrero en la noche llegó a la redacción la noticia de que La Polla había salido en Trujillo y que eran tres los ganadores. La orden fue automática:

—¡Milton a Trujillo con la camioneta, llévate al Pollo Dávila!

Debían partir al amanecer y ahí estuvieron el chofer (a quien le decían «María Dolores» porque se quejaba de todo) y el fotógrafo Félix *Pollo* Dávila esperando a Milton von Hesse. También era de la partida el redactor Nelson Zambrano, de la edición de la tarde. Pero Milton había estado en una fiesta de carnaval y olvidó pedir en su casa que lo despertaran.

Esa mañana el único que llegó temprano fue el nuevo, el flaquito Vargas Llosa. Entonces el jefe de informaciones no dudó en ordenar:

—Vargas, Zambrano, a Trujillo a entrevistar a los ganadores de La Polla.

El flaquito no se hizo de rogar. Treparon a la vieja camioneta y partieron raudos hacia el norte, pero cuando estaban a medio viaje en el paraje llamado Los Baños de Doña María, una amenaza de choque y la correspondiente maniobra evasiva los llevaron fuera de la carretera, sin control, hasta colisionar con piedras que tumbaron el vehículo. Todo un accidente.

Dávila, Zambrano y Vargas Llosa salieron de la camioneta contusos, con algo de sangre, y junto con el chofer que resultó ileso esperaron al borde la carretera a que alguien los auxiliara. Pronto se vieron en un ómnibus interprovincial y finalmente en Lima, en la conocida clínica Maison de Santé, donde quedaron internados los cuatro compartiendo habitaciones dobles. El chofer con Zambrano y Mario Vargas con Dávila. Nada grave, solo magulladuras pero que había que observar, dijeron los médicos y ordenaron un par de días de reposo. Los amigos y parientes iban y venían, y fue allí donde visitó a Mario la joven prostituta que se había prendado de él y que por poco no se encuentra con el severo padre.

Estaba sentada en la cama, a mi lado, cuando divisé a mi padre, por la ventanilla, acercándose, y mi cara debió mostrar tal espanto que ella, al instante comprendió que algo grave podía sobrevenir y salió del cuarto, cruzándose con mi progenitor en el umbral. Este debió pensar que la maquillada damita era una visita del fotógrafo, porque no me preguntó nada sobre ella. A pesar del trabajo y las canas al aire de aquel verano de hombre grande, frente a la figura paterna seguía siendo un niño.

Menciono a Magda —no sé si era su nombre— por esta anécdota, y porque creo que me enamoré de ella, aunque entonces, sin duda, no se lo habría contado a ninguno de mis amigos de bohemia, pues ¿qué hombre en sus cabales se enamoraba de una puta?²

El corresponsal en Trujillo se encargó de confirmar que, efectivamente, Pablo Vivanco, Arturo García La Hoz y Néstor Ruiz eran los dueños de la cartilla que hacía 31 puntos y ganaba por tanto un millón trescientos mil soles.

* *

Todavía trabajó Vargas Llosa en otro suceso policial de cierta envergadura cuando el 5 de marzo un despedido empleado del Resguardo del Callao, Eduardo García, mató a balazos a Miguel Palma, (a) *Chanchó Miguel*. Un clásico crimen pasional al que no le hicieron mucho caso en comparación con otros, porque no tenía, repetimos, posibilidades de seguimiento, de convertirse en «un caso».

Sin embargo, debió participar en la redacción de la amplia crónica publicada el 6 de marzo. El estilo, se verá, es desmañado y cursi, y no corresponde al manejo del idioma que ya tenía nuestro joven redactor, tal como se puede apreciarse en sus artículos editoriales. El evidente apresuramiento ante la proximidad de

² VARGAS LLOSA, MARIO. *El pez en el agua. Memorias*. Lima: Peisa, 2002, p. 172. En adelante, *El pez en...*

la hora de cierre puede haber sido la causa de la mala redacción. En 1972 se publicó la versión de que había sido el propio Becerra quien solicitó a Vargas Llosa que trabajara en el caso:³

CRIMEN PASIONAL EN EL CALLAO

A BALAZOS FUE VICTIMADO UN HAMPÓN QUE ROBÓ EL AMOR DE UNA MUJER A EXEMPLEADO DEL RESGUARDO.

MIGUEL PALMA (A) CHANCHO MIGUEL CAYÓ ABATIDO POR DOS CERteros DISPAROS.

EN LA PLAZA GARIBALDI SE PRODUJO EL SANGRIENTO HECHO.- HA SIDO DETENIDO EL VICTIMARIO E. GARCÍA.

De dos balazos, uno en el tórax y otro en el abdomen, exmpleado del Resguardo Marítimo del Callao acabó con la vida del hombre que desde hace 6 meses había destruido la felicidad de su hogar. Este nuevo drama pasional originado por los celos tuvo como escenario la Plaza Garibaldi del Callao y se registró en horas de la tarde. Mientras que la víctima fue un individuo de pésimos antecedentes policiales y que todo lo quería hacer a la prepotencia, el victimario es un hombre que a base de su trabajo había formado su hogar donde todo era dicha, hasta que apareció Miguel Palma Hidalgo.

Destruído un hogar joven

Hasta hace 6 meses la felicidad reinaba en el hogar de los esposos Eduardo García Robles, de 35 años de edad y Leonor Torres de García. Dicha que era completada por 4 criaturas que alegraban la humilde casa del matrimonio, en el departamento número 31 del Barrio Fiscal número 3. Mientras que él, que había sido empleado del Resguardo Marítimo del Callao y ahora trabajaba por su cuenta. Ella, una agraciada trigueñita, se dedicaba a sus quehaceres domésticos.

Pero estaba escrito que tanta felicidad y dicha no podía durar por toda la vida. Un día, en el camino de los esposos García-

³ Hemos tomado la referencia de una copia de la página de una revista desconocida que guarda en su archivo personal Carlos Ney Barrionuevo. Es una nota que se titula «Becerrita murió hace 20 años - Amo y Señor de "La Crónica" Roja», en la que se comenta que «[...] en un libro publicado hace dos años "Conversación en La Catedral" [Vargas Llosa] toma como modelo la figura de Becerrita» .

Torres se cruzó un hombre: Miguel Palma Giraldo, de 45 años de edad —de oficio estibador— quien más tarde se convertiría en la pesadilla del hogar. Palma, más conocido en el vecino puerto con el apodo de «Chancho Miguel» desde el primer momento en que conoció a Leonor, se quedó prendado de ella y se hizo la promesa de enamorarla hasta que consiguiera su corazón.

No tardó mucho «Chancho Miguel» en ver realizados sus deseos. Leonor accedió a sus pretensiones y más que una enamorada fue su amante, jurándole amor eterno.

[...]

Un día, de manera casual, cuando los amantes se paseaban abrazados por el Parque de la Guardia Chalaca fueron sorprendidos por Eduardo García, quien increpó a su esposa la conducta que observaba y después de pedirle a Chancho Miguel que no molestará más a Leonor, se llevó a ésta a su casa, donde volvió a amonestarla. La mujer, llorando, prometió que no volvería a serle infiel y que en lo sucesivo se dedicaría al cuidado de sus cuatro hijos.

Reinciden en sus amores clandestinos

Parece que Miguel y su amante no hicieron caso a Eduardo y echaron al olvido las promesas que le hicieron a éste, siguiendo con sus entrevistas clandestinas. Así continuaron viéndose con mayor frecuencia que antes de ser sorprendidos y hasta tuvieron la audacia de concurrir a lugares públicos, donde eran vistos por sus amistades...

[...]

El crimen

Llevando el arma consigo, Eduardo García esperó el día en que habría de arreglar cuentas con el hombre que había destruido su hogar. Y la ocasión que buscaba se presentó a las 4 y 50 de la tarde de ayer, cuando al transitar por la esquina de la avenida Garibaldi y de la calle América vio que en la Plaza Garibaldi estaba parado su rival en amores. Sin vacilar un minuto, se fue acercando paso a paso hacia el lugar donde se hallaba «Chancho Miguel» y al llegar donde éste, desenfundó su revólver y rastriéndolo hizo dos disparos, uno de los cuales ingresó por el lado izquierdo del cuerpo y el otro por el abdomen.

Muy pronto la camisa de «Chanco Miguel» —quien dando gritos de dolor había caído al suelo— se iba tiñendo de rojo y en el piso de la plazuela se formaba un charco de la sangre que manaba de las heridas. Al lado de la víctima y teniendo el revólver aún humeante, estaba Eduardo García, quien contemplaba como iba extinguiéndose la vida de su rival en amores [...].

El ambiente era sin duda estimulante para la creatividad y los amigos siguieron escribiendo. Carlos Ney contó experiencias de carnaval en «Quemaron a Ño Carnavalón», Milton reafirmó su vena limeña con «Cómo nace la música criolla». Mientras tanto las sesiones de bohemia eran más intensas que nunca, como aquella de la noche del 6 de marzo en que fueron todos a recibir el cumpleaños de Norwin Sánchez, primero al Rinconcito Cajamarquino y luego al burdel, a seguirla... y terminarla...

Llegó el turno de escribir para Vargas Llosa en la página De Nuestros Redactores. Este fue el artículo que entregó para la sección editorial que apareció el 8 de marzo de 1952 en la segunda página:

Algunas consideraciones sobre el chiste

Mario Vargas Llosa

- Hermanón, ¿sabías el último chiste?
- No, no,... cuéntamelo, cuéntamelo...
- Todavía no se ha inventado.

O en cambio:

- ¿Tienes un fósforo viejito?
- No, pero te puedo regalar a mi suegra.

También:

Un individuo bajito, mitad indio, conversa con un criollo de pantalón «huatatiro»:

- ¿Sabías lo que están diciendo?
- No, ¿de qué se trata?
- Caruso va a venir en Mayo.
- Eso no es nada. En la próxima temporada torearé Manolete.

Y así como estas tonterías, cientos de cientos más, causan risa, alegran momentáneamente o enojan a la gente. El «chiste» es algo tan corriente y tan antiguo que bien vale la pena ocuparse de él unos momentos aunque sobre este tema se pueden escribir libros enteros.

Al oír un «chiste» algunas personas ríen franca, alegre y espontáneamente. La carcajada brota natural, sin veladuras. Es una carcajada que invita a la alegría. Entonces el «chiste» ha conseguido su objetivo. Claro que esto depende de la clase de chiste y de la persona a quien se lo cuente. El «chiste» es popular, es indispensable en reuniones sociales, fiestas, (también en los velorios se oyen algunos buenos). El «chiste» o la «broma» está latente en todas partes.

El chiste es de diversas clases y cada clase da una reacción diferente en las personas. En muchos casos un «chiste» enoja a una persona, como cuando al violinista le dijeron que la Orquesta Sinfónica de Viena iba a ejecutar «Mambo en España» en una actuación a beneficio de las bataclanas del «Café Lerroux». El melenudo —el violinista tenía una hermosa melena— se sintió profundamente ofendido con esta «broma» y sólo se dignó lanzar una mirada despreciativa al autor. En otros casos la «broma» brota espontáneamente, sin preparación alguna. Es un «chiste» casual y generalmente el que produce los mejores efectos, como el del lector descuidado que entró en un restaurant a preguntar si allí vendían minas para lapicero «Parker» o aquel otro que en lugar de salchichas compró tallarines.

Pero de todas variedades del «chiste», «broma» o «gracia», o como quiera el lector llamarle, el más arraigado en nuestro medio es aquél que la mente popular cataloga como «chiste colorado». Y lo difícil, claro está, por lo mismo que es «chiste de subido color», es dar ejemplos de él, a no ser que se contara el cuento del chinito que fue «por lana y salió trasquilado» o el del loro que lo metieron a una refrigeradora y salió gritando «pingüino... pingüino»... pero de todos modos mejor no contemos más.

Existe también aquél «chiste de chaqué», broma elegante, floreada, bien adornada que impera en los salones de aristocráticos muebles Luis XV. Algunas personas para darles mayor «interés» los relatan como anécdotas. Tenemos el que contaba hace pocos días un caballero de corbata «michi». Estaba en París y se afeitaba en la

barbería «Le Figaro». Allí debía 2,000 francos y que una vez que estaba cortándose el cabello el barbero André se acercó a preguntarle ¿Me podría decir Monsieur cuándo podría pagarme lo que me debe? A lo que contestó: «Cree usted que soy adivino?». Anécdota graciosa que sólo tiene el defecto de no serla.

El arte de contar «chistes» es digno de mencionarse.

Individuos hay, técnicos o peritos del chiste, que con inmenso repertorio hacen las delicias de una reunión. Estas personas son buscadas. Y se les invita a fiestas. Tienen un «chiste» nuevo y muchas veces creación de ellos mismos. Se les suele llamar «alma de la fiesta» y verdaderamente el día que faltan su presencia es extrañada. Pero hay también aquel individuo pesado, cuya presencia es más antipática que la peste. Es aquél que cree ser gracioso, que a fuerza de «querer» serlo se convierte en un «pesado» cuya conversación aburre. Es el extremo contrario al anterior. A éste se le «hace vacío», se huye de él, se procura alejarlo de las fiestas.

Una variedad del «chiste» podría ser las tiras cómicas, aunque hablando de ellas quizá me aparte del tema principal de esta nota. Pero es que estas tiras cómicas —muchas de ellas se han hecho famosas— captan escenas cómicas corrientes y de ellas fabrican situaciones divertidas, causando hilaridad en los lectores. Así hay revistas cómicas que son muy solicitadas por los personajes ficticios que ellas han popularizado que en complicaciones divertidas entretienen, alegrando a la gente.

Hay también gran variedad de libros cómicos y escritores que se han hecho famosos como humoristas, tal el español Jardiel Poncela, maestro de maestros, recientemente fallecido en su tierra y cuyos libros han dado la vuelta al mundo.

El «chiste» es pues, como dijo alguien por ahí «el condimento de la conversación». Mediante él se hace agradable una tertulia. Una broma acertada suscita resultados agradables; puede tranquilizar y hacer olvidar, aunque sea momentáneamente, las preocupaciones. Mediante una broma entablamos amistad con muchas personas.

El chiste está esparcido por todo el mundo como algo indispensable para el hombre. Y aunque parezca tonto, el hombre pasa

momentos en que necesita del «chiste». Toma el café con Fulano que tiene un vasto repertorio, o se pone a hojear una revista de chistes para distraerse.

El «chiste» ha irrumpido en el cine, en el teatro y en otros espectáculos. Hay actores que se han hecho famosos por su originalidad «bromística» o por humoradas o gestos particulares.

Y aunque todavía sería posible escribir mucho más acerca del «chiste», nos parece que con lo anterior es suficiente.



«Habríase descubierto en el Perú una droga milagrosa contra la terrible tuberculosis» fue el titular de *La Crónica*, edición de la tarde, del 3 de enero de 1952.

La razón de los editores de colocar en primera página esta noticia era simple: la tuberculosis es, como dicen los periodistas, un antiguo flagelo de los peruanos; y cualquier información que ofrezca esperanzas de curación era —y lo es hasta hoy— una noticia de primera página.

Esta era exótica, porque se trataba de un hallazgo criollo. El texto decía:

Pese a la reserva que se guarda sobre el descubrimiento de una droga para el tratamiento del terrible mal de la tuberculosis, hemos podido averiguar en la mañana de hoy, algunos datos interesantes sobre la llamada Perucina.

El químico farmacéutico peruano, señor Gómez, diplomado en la Universidad de San Marcos, en el año de 1906, habría descubierto una maravillosa droga para el tratamiento de la tuberculosis.

Se agregaban datos sobre enfermos que habían probado la Perucina y el antes y después, y se preguntaba el cronista: «¿Se ha encontrado efectivamente una droga contra la Tuberculosis? La ciencia debe aclarar este asunto que puede tornarse sensacional».

El tema se había vuelto común en el periodismo local, así como también los fiascos en que culminaban los presuntos remedios para la tuberculosis (como este de la Perucina, de la que nunca más volvió a publicarse algo). Pese a ello se insistía, tal como lo hizo *La Prensa*, en lugar preferente de su primera página, el miércoles 27 de febrero de aquel verano:

LOGRA EXITOS / NUEVA DROGA / CONTRA T.B.C.

Las dos compañías farmacéuticas descubridoras de las nuevas drogas anti-tuberculosas consideradas como lo mejor en existencia para combatir este mal, se han comprometido a producir los medicamentos en gran escala antes de junio. Se espera que para entonces el tratamiento por paciente cueste alrededor de 35 centavos de dólar, precio de una pastilla que contiene 1/100 de onza de «Rimifon» y cuyo tamaño es menor que una aspirina.

Al día siguiente, jueves 28, el diario competidor volvió a la carga ampliando la información a un extenso título:

LA NUEVA DROGA ANTI-TUBERCULOSA QUE ESTÁN EXPERIMENTANDO EN NEW YORK HA HECHO QUE VUELVA LA ESPERANZA A MILES DE PACIENTES MORIBUNDOS.

Nueva York, 27 (NYT).- Los pacientes del hospital Sea View han calificado a la nueva droga antituberculosa de «milagrosa». Sin importarles un comino las expresiones de los doctores respecto a que la droga se encuentra aún en estado experimental, todos los enfermos se constituyeron en voluntarios y a poco del tratamiento declararon que el nuevo medicamento es no solo otro remedio, sino una verdadera cura.

La Prensa insistió el viernes 29, siempre en primera plana pero esta vez con cautela:

DROGA CONTRA LA TUBERCULOSIS CONSIDERADA DE MÁGICO PODER ESTÁ AÚN EN VÍA EXPERIMENTAL.

Nueva York, 28 (NYT).- A pesar de los extraordinarios resultados iniciales logrados con la aplicación de la nueva droga antituberculosa (descubierta y preparada simultáneamente por los laboratorios

Hoffman Laroche de Nueva Jersey y E. R. Squibb e Hijos de Nueva York), una comisión de seis médicos ha declarado que el valor del «Rimifon» o «Nydrazid» está todavía en tela de juicio.

Los reporteros de *La Crónica* se habían retrasado, dejándose ganar el tema por el periódico de la calle Baquijano. Sin embargo, cuando lo retomaron lo hicieron de forma sobresaliente, pues consiguieron la participación de un popular futbolista que había colgado los botines por culpa de la tuberculosis.

El viernes 7 de marzo lanzaron en primera página de la edición de la mañana un recuadro, a la derecha, arriba:

EL FUTBOLISTA FÉLIX ARROYO ESTRENARÁ EN EL PERÚ LAS NUEVAS DROGAS CONTRA LA TBC.

Nueva York, 6 (U.P.).- Dos compañías fabricantes de las nuevas drogas contra la tuberculosis ofrecieron enviar dosis por avión al futbolista peruano Félix Arroyo.

Aunque las nuevas drogas aún no hayan sido aprobadas por el Gobierno para la venta general, las compañías que las elaboran pueden suplirlas con fines de experimentación. Arroyo, que pertenecía al equipo de primera división «Ciclista Lima», había expresado su esperanza de conseguir la droga después de ser autorizada para venta general por el Gobierno, cosa que se espera dentro de un mes.

Al día siguiente anunciaron: «Mañana a las 8 llegará la droga para curar la TBC a Félix Arroyo» y como novedad informaban que

[...] el Departamento de Comercio dio permiso especial para el embarque al Perú de la nueva droga contra la tuberculosis destinada al jugador de fútbol Félix Arroyo y la dosis ya se encuentra en camino a Lima, en avión.

El paquete con la nueva droga «Pyricidin» fue puesta en un avión de la National Airlines para Miami, donde será trasladado a un aparato de la Panagra. No alcanzará al avión que sale esta noche de Miami pero debe salir en el del sábado a las 8 p.m. llegando a Lima el domingo a las 8 a.m.

El lunes 10, *La Crónica* llevó el caso a su titular principal y a todo lo ancho de la primera página:

DETUVIERON EN LA ADUANA LA DROGA QUE LLEGÓ DESTINADA PARA FÉLIX ARROYO.

El paquete de la esperanza tiene etiqueta que reza: «Vida o Muerte».- Le sería aplicada bajo el control de salubridad - Reclaman dirigentes del Ciclista Lima.

Dos grandes fotos ilustraban el drama. Una en la que el jefe de la Aduana negaba la entrega al encargado por Félix Arroyo de recogerla. La otra lucía a una *fly hostess* de Panagra mostrando la gran caja que en grandes letras negras decía: «Pyricidin. Isonicotinic acid».

No quisieron tampoco los aduaneros dar el paquete a los dirigentes del club que reclamaron y denunciaron el caso a la prensa. Entonces accedieron a entregarlo al médico de Arroyo, García Frías, que llevó los frascos a un banco.

El diario entrevistó largamente al médico mientras las autoridades sanitarias, alarmadas por el sesgo que tomaba el asunto en relación con las expectativas crecientes de miles de enfermos, nombraron en el día una comisión especial para investigar los efectos de las nuevas drogas con las muestras recibidas.

La sección editorial quería estar, como hemos visto, lo más cerca posible de la actualidad y por eso aceptaron el siguiente artículo del debutante, el 12 de marzo de 1952, en la segunda página:

Veinte mil tuberculosos y una droga

Mario Vargas Llosa

Hasta hace unos quince días los 20,000 tuberculosos que hay en Lima gozaban de relativa tranquilidad de espíritu, más o menos conformes con el mal que los aquejaba. Cuando, he aquí de pronto, de la noche a la mañana, les dicen: «La T.B.C. ya no quiere decir nada. Se han creado unas drogas que en pocos días terminan con los bacilos del mal que tienen todos ustedes. No teman. Es cuestión de esperar unos días. Pronto estas "drogas milagrosas"

estarán en Lima. Los dirigentes de una institución deportiva han encargado esta droga para la "curación inmediata" de un jugador aquejado de este mal. Pronto estará curado y luego os tocará el turno a vosotros».

Veinte mil almas enfermas reaccionan inmediatamente con estas palabras. Vislumbran, cerca de ellos, al alcance de sus manos, el «remedio eficaz» que los libraré de su mal para siempre. Veinte mil almas creen tener un camino seguro de liberación. Su estado de ánimo se agita, se inquieta; piensan en lo «maravilloso que es EE.UU., que ha encontrado el "milagro" que los salvará»; que en poco tiempo les devolverá la salud que tanto añoran y que creían si no irrecuperable, algo lejana. Pero ahora ya nada es imposible: «Las drogas son únicas, maravillosas» —les dicen— y ellos creen, por que creer en lo que se desea es lo más hermoso y sencillo. Y creen en todo lo que se dice respecto a esos remedios de efectos maravillosos.

Ansiosamente piden más y más datos sobre las «drogas maravillosas». Hacen averiguaciones. Algún médico les dice que no deben hacerse ilusiones; pero eso es mentira; no puede saber más de lo que «dice todo el mundo». El médico es un egoísta, piensan. Y entonces pierden su confianza en el médico que «se ha atrevido a negar ese poder único, eficaz y maravilloso de las drogas». Todas estas veinte mil almas están impacientes por que se les aplique estos nuevos remedios, que en poco tiempo les devolverán la salud y el vigor perdidos. Pronto volverán a ser personas normales. Ya no serán seres enfermos y que —en su mayoría— deben seguir un proceso bastante largo para una curación, sino definitiva más o menos, relativa. Y el médico o la persona que se atreva a negarles ese derecho, seguramente es un egoísta.

Es sencillo comprender el estado de ánimo de estas veinte mil personas, que no desean otra cosa que creer todo lo que se les dice. Y los médicos serios, que ven el peligro de la propagación de esas ideas que de ser infundadas pueden tener un efecto pernicioso, nada pueden contra veinte mil almas esperanzadas, nada pueden hacer tampoco para responder a ese clamor, a ese ruego de veinte mil almas, que con los brazos abiertos, imploran «se le aplique los nuevos remedios que los curarán».

Y de pronto... de la «noche a la mañana», de un momento a otro de la misma manera como se propagó la noticia entre esas veinte

mil almas... viene la decepción. La decepción con todos sus amargos desengaños. Y todas las esperanzas, todos los planes forjados tan minuciosamente para el día que «estemos sanos», todo ese mundo de sueños e ilusiones, se desploma como un castillo construido sobre arena. «Las drogas maravillosas», no son superiores a otros remedios que se conocen hace tiempo. No se sabe, tampoco, si pueden tener resultados tóxicos de mayores efectos que los otros. Entonces veinte mil ánimos decaen ante esta tremenda decepción. «Nos han engañado. Han jugado con nosotros» —pueden decir y con toda razón.

Una propaganda comercial, fundada en simples teorías sin ninguna afirmación seria que provenga de un instituto científico que respalde estos «poderes sensoriales», ha traído como única consecuencia desengañar y burlar a veinte mil seres dolientes. Los efectos, aunque parezca difícil, pueden ser gravísimos. Entre esas personas, que por cuatro días, transformaron su sistema nervioso ante ese «algo» portentoso, hay algunas que estaban en franca vía de mejoría y su estado físico prometía un restablecimiento más o menos positivo; pero, ante un hecho insólito que bien puede ser calificado de inhumano, ha cambiado en poquísimos tiempo su constitución psíquica, y pueden volver a un estado de empeoramiento. Ahora, la Comisión que el Ministro de Salud Pública nombró, con el objeto de que investigara los efectos clínicos y terapéuticos de esas «drogas de poderes formidables contra el mal de la T.B.C.» ha recibido una respuesta seria, proveniente de un instituto científico de reconocida calidad, y que niega todos esos atributos «milagrosos» atribuidos con fines comerciales a las drogas. Sus efectos —dicen—, por experimentos hechos a tuberculosos humanos, no son superiores al otras drogas empleadas desde hace algún tiempo. La Puricidina y el Rimifón —que son una misma cosa— dan una ligera mejoría al enfermo y disminuyen las expectoraciones. O sea, que hacen exactamente lo mismo que la estreptomycin. Ahora, eso no sería malo, pero, el informe dice también que sus efectos tóxicos, es decir, el daño que su aplicación pueda efectuar en el cuerpo humano, se desconoce. En buena cuenta, las «nuevas drogas», no dan mayores resultados nuevos y toda la propaganda sensacional que las ha precedido, es excesiva. Ni siquiera se sabe si se trata de antibióticos o de reconstituyentes.

No es la primera vez que ocurre cosa semejante. Hace unos seis años más o menos, la creación de la «vacuna PUEYO» que según decía la propaganda «era el remedio más completo para la curación de la T.B.C.» produjo idéntico revuelo en otro país. Se hicieron experimentos en el laboratorio sobre cuerpos de animales y se logró resultados favorables. Entonces, más de cien enfermos tuberculosos, solicitaron se les aplicara la vacuna. Se les aceptó la petición y en medio de intensa propaganda que relataba, día a día los resultados del tratamiento y resultó que... nada. La vacuna Pueyo no servía para nada. No tenía ningún efecto terapéutico, y toda la propaganda fue inútil. Actualmente el Dr. Pueyo, creador de esa vacuna, se halla desprestigiado. Todo por una publicidad dañina.

El caso de la vacuna Pueyo se ha repetido varias veces más. Ojalá que esto no vuelva a ocurrir.

El siguiente artículo del joven Mario estuvo también ligado a la salud y sin duda respondió a un estímulo social, a una información que había hecho mella en su sensibilidad de joven que se enfrentaba por primera vez a las miserias de la vida real, tan distinta de la comodidad relativa en que vivía. Fue publicado el 22 de marzo de 1952.

Cuidado con las boticas...

Mario Vargas Llosa

Una niña de nueve años entrando a una botica. Pidió un paquetito de sulfato de magnesia. Después de hacerla esperar varios minutos —a una niña de nueve años no se le presta mucha atención en las boticas— se le entregó lo que pedía en un paquetito verde, sin ninguna etiqueta. La niña, con el paquetito fuertemente agarrado, camino de su casa, pensaba, contenta, que con este «remedio», su hermanito de siete años, dejaría de llorar y se le quitaría el dolor de cabeza que lo aquejaba hacía horas. Ya en su casa, la madre disolvió cuidadosamente el sulfato de magnesia en un vaso de agua, y sonriente, como queriendo hacer partícipe de la confianza que tenía en el remedio, a su hijito menor, le dijo a la vez que le entregaba el vaso:

—«Toma esto, hijo mío. Te hará bien».

El niño obediente cogió el vaso. Después de examinarlo unos instantes se lo llevó a la boca y, de un trago largo ingirió más de las tres cuartas partes del líquido. El efecto fue instantáneo. El niño abrió los ojos desmesuradamente. Le temblaron las manos, y por poco el vaso se le cae al suelo. Durante un segundo miró a su madre fijamente y con un acento que quería ser reproche, exclamó tartamudeando:

—«Madrecita... ¿qué me has dado?».

Luego, incorporándose trató de acercarse a ella, pero, cuando apenas había dado un paso, cayó al suelo. La madre, inmóvil hasta ese momento por lo que veían sus ojos, corrió hacia el niño y lo tomó en sus brazos, gritándole:

—«Hijo, hijo mío... ¿qué tienes... qué tienes?».

El niño ya no contestó. Estaba quieto. Con los ojos abiertos. En su mano derecha fuertemente agarrado, estaba el vaso, en cuyo fondo brillaban unas gotas de líquido. Desesperada, arrancó el vaso de las manos del niño y tomó de un trago lo que restaba del contenido.

Lo que explicó después bien claro:

—«Sentí como si hubiesen dado una puñalada en la garganta. Se me nubló la vista y tuve que agarrarme de una silla para no caer al suelo.

Luego vinieron los vecinos y me llevaron a mí y a mi hijito a la Asistencia, pero no sirvió de nada. Mi hijo estaba muerto».

La autopsia dictaminó brevemente: muerte por envenenamiento.

Envenenado por tomar un «sulfato de magnesia», expedido por una persona que no entiende de farmacia ni de remedios, ni de drogas, y que había sido puesta en un lugar de inmensa responsabilidad, y para el que se requiere eficiente preparación. Que le manden a la cárcel veinte años no devolverá la vida que cegó con imprudencia. Ni tampoco una cuantiosa multa, borrará a la madre el recuerdo de su hijo.

Negligencia, escasez de conocimientos, descuido, lo que sea, culminaron con el fin de una vida que recién comenzaba.

Muchísimos casos parecidos podrían mencionarse. Pero este no es el hecho. Lo que importa es que en una farmacia trabaje personal

entendido y capaz. Que no se coloquen en ellas personas sin preparación alguna y completamente ineptas para estos servicios. Lamentablemente, las numerosas desgracias ocurridas por este motivo no han servido de escarmiento a las farmacias en Lima. La reacción popular contra las boticas puede llegar de un momento a otro, si no se pone remedio inmediato a este problema que reviste gravísimos contornos. La gente, ante casos insólitos, como puede ser el que en lugar de sulfato de magnesia le expidan a uno un veneno, no solo va a perder su confianza en las boticas, sino va a temer. Una botica en el sentimiento popular está definida más o menos como «una casa donde venden remedios para las enfermedades» —aunque sea poco científica esta definición, es lo que piensa casi la mayor parte de la gente—. Y si por culpa de estas casas, no sólo empeoran los enfermos, sino hasta mueren, entonces llegará el tiempo en que, pese al adelanto de la ciencia, el pueblo recurrirá a las hierbas para curarse.

Una botica o farmacia debe tener personal eficiente y capaz. No quiere decir esto que debe emplearse solo a hombres de ciencia, sino que los empleados de boticas deben conocer (aunque sea someramente) la importancia de su función. Para que en su cumplimiento pongan todo empeño.

Veamos un aspecto de este problema. Si en Lima, capital del Perú, y por consiguiente donde las farmacias deben ser las mejores, ocurren casos desgraciados como el citado, ¿qué se podría decir de las de los pueblos y provincias? La consecuencia lógica en este caso sería que si en Lima le dan a uno veneno por sulfato de magnesia, en una farmacia de provincias, darán cianuro en vez de aspirina. Sin embargo, la mayor parte de sucesos desgraciados ocurridos por negligencia o falta de preparación de los empleados de una farmacia, no han ocurrido en provincias sino en Lima, lo que quiere decir que en lugares donde se cuenta con gente de menor eficacia farmacéutica se presta más importancia a la preparación y venta de los remedios.

Es preferible que una farmacia, que anuncia sensacionalmente: «Excelente atención por un selecto grupo de empleados», tenga un solo empleado capaz y entendido a que tenga veinte que no entienden absolutamente nada. De este modo, nunca tendríamos que lamentar incidentes desgraciados como el ocurrido, hace

apenas siete días en que por un descuido imperdonable, se dio la muerte a un niño de siete años.

Esto no quiere señalar que todas las farmacias de Lima sean de esta clase. No. Hoy muchas, felizmente, cuyos propietarios conscientes de la importancia de su trabajo, han colocado al frente de ellas un personal entendido. En muchas de las principales farmacias de Lima se emplea de preferencia a jóvenes estudiantes de farmacia que, a la vez que practican su profesión, dan al público una garantía desde su punto de vista.

Es pues muy necesario que lo ocurrido sirva de experiencia y que los propietarios pongan empeño en remediar a la brevedad este problema de carácter angustioso.



Los espectáculos de lucha libre, al igual que el box, fueron organizados en el Perú desde finales del siglo XIX. Sin embargo recién al final de los años cuarenta se conoció la variante norteamericana que los empresarios del país del norte llamaron *catch as can* ('agarra como puedas') y que aquí pasó a llamarse sencillamente cachascán.

El antiguo boxeador Max Aguirre, moreno alto y corpulento, carismático y creativo, se convirtió en poco tiempo en el principal promotor de box y cachascán, e imitando a los argentinos fundó su propio Luna Park, cerca de la plaza Dos de Mayo.

No era el único lugar donde se pactaban combates. También había carpas en la avenida Grau, donde se combinaba la lucha libre con danzas y cantos andinos, lo que no gustaba a mucha gente. Por eso, Max Aguirre, al apartar de la carpa folklórica a sus luchadores, consiguió un gran éxito.

Con frecuencia llegaban a Lima grupos de luchadores que recorrían América Latina brindando su espectáculo simulador de violencia extrema; venían, por lo general, de Buenos Aires. Los argentinos habían inventado la «lucha de relevos» de dos contra dos y hasta cuatro contra cuatro con el «vale todo». Allá

había surgido un gran luchador y promotor llamado Martín Karadaján, de quien Max Aguirre aprendió las variantes que hacían falta para enriquecer el entretenimiento.

Karadaján era de origen armenio y gozaba de amplia popularidad. Llegó a ser muy pronto el líder indiscutido del negocio que regentaba junto con el Hombre Montaña.

Imitándolo, Aguirre buscó jóvenes fuertes para entrenarlos en los trucos de la lucha libre y logró armar un grupo de atléticos cachascanistas para oponerlos a los extranjeros. Fue así como treparon al ring personajes como *el Ciclón*, *el Yanqui*, *Rey Namur*, *el Chiclayano*, *el Barón* y *el Atómico*, en número suficiente para enfrentar a estrellas internacionales como Renato *el Hermoso*, el citado *Hombre Montaña*, *la Hiena Chaqueña*, *el Toro*, etcétera.

Los mexicanos también cultivaban la lucha libre como espectáculo masivo y habían introducido la variable de los «encapuchados» (como el famoso *Santo*, que llegó a ser estrella de cine representándose a sí mismo como guardián de la ley y el orden).

Max Aguirre armaba carteles que convocaban multitudes a su local de la plaza Dos de Mayo y fue probablemente en uno de aquellos vibrantes fines de semana cuando Vargas Llosa asistió al espectáculo con sus colegas reporteros.

De aquella visita surgió el último artículo que escribió para *La Crónica* de 1952, siempre en la página 2, el 27 de marzo, en el que se burló de las peleas que sostenían luchadores con nombres que inventó:

Un espectáculo sensacional

Mario Vargas Llosa

El Toro Rompecráneos halaba ferozmente la oreja del Tigre Triturador, y éste, con la boca abierta y los ojos saltados profería atronadores bufidos. Pero Rompecráneos seguía impassible en su tarea de halar la oreja de su rival. De pronto Triturador lanza un gruñido feroz, da media vuelta, se zafa de las manos del Rompecráneos, al mismo tiempo que lo agarra del pantalón

—ambos luchadores sólo tenían pantalones de baño— lo levanta, y luego de mantenerlo unos segundos en el aire —el público con la boca abierta hizo muecas de placer—, lo lanzó fuera del ring.

«Bravo, bravííííísimo» rugió la multitud» —y luego vinieron exclamaciones aisladas como éstas: «Qué planchada», «Imbécil, si ha sido una clavada perfecta», «qué buenos machetes», «si es un trompe en el zafe», «¿viste como aprovecha la doble torsión?», «lástima que no llegó a morderle la oreja; es su llave favorita ¿sabes?»...

Yo estaba completamente mareado. Era la primera vez que asistía a un espectáculo de «catchascán» y no me atrevía a aplaudir o a opinar por temor a que, al igual q' [sic] el primer número (al ver que «Saltaojos de Casma» echaba fuera del ring a «Búfalo Asesino», se me escapase un «bárbaro» y toda la gente que me rodeaba me mirase despreciativamente como a un niño que emitiese una opinión sobre filosofía). Desde entonces no volví a decir ni hacer nada. Sin moverme de mi asiento veía como a tres metros de distancia —estaba en preferencia— dos hombres se tiraban de los pelos, se mordían la cara, se pateaban, se tiraban contra la lona, bufaban, gemían, insultaban y se escupían; y lo más sensacional residía en que siempre, al terminar el número, los luchadores no presentaban ni una sola señal, ni un solo moretón, pese a haber estado durante más de diez minutos «destrozándose» en el ring.

Todo el mundo se divertía enormemente. Al final de cada match, por los altoparlantes, una voz entendida decía cosas más o menos parecidas como éstas: «Y, mis queridos como han podido apreciar la magnífica "toma de espaldas", del campeón israelita "Pelos en la Cara", ha logrado derrotar al hasta ahora invicto "Apuñaleador de Menores", quien, aunque en los primeros minutos del match, logró "conectar" en el rostro del barbón numerosos "tajos", tuvo que rendirse, cuando éste trenzándole los brazos, y jalándolo, con toda la elegancia de su estilo, los rojizos pelos de la cara, los hizo "abandonar"».

Desgraciadamente no entendía ni siquiera quién había ganado, pero no dejaba de reconocer que todos los luchadores que hasta ese momento habían subido al ring eran verdaderos titanes, ya

que, a pesar de haber «volado» muchos de ellos fuera del ring varias veces, y de haber recibido no pocas patadas en el estómago y la cara, salían sonrientes y plenos de salud. Como para desconcertar a cualquiera.

Pero no parecía creerlo así la gente. Todos eran verdaderos científicos del «catchacán». Aplaudían en conjunto y pifiaban también al mismo tiempo.

Quisiera relatarles —a pesar de mi inexperiencia en estas lides— el penúltimo match del programa. Fue algo fantástico. Inconcebible. Increíble. Fueron diez minutos semejantes a los que pasaban los romanos en sus Circos; pero esta es una comparación muy pequeña, sino fíjense ustedes.

Todo el público, más de 15,000 almas, guardaba silencio. A veces, a media voz, como quien habla sobre cosas prohibidas, se escuchaba algo así como «llegó el momento», «ahora», o «por fin».

Todo estaba a oscuras, salvo el pequeño cuadrilátero, vacío, allá en el centro. De pronto, la voz de los altoparlantes se dejó oír:

«Llegó el momento ansiosamente esperado tanto y tantos días, va a aparecer ante ustedes, el famoso, el magnífico, el único en su género, el campeón de los campeones, me refiero a "La Melena Humana", quien va a enfrentarse al brutal, criminal y despanzurrador, luchador que tiene en su haber cientos de cientos de muertes; el campeón de los esquimales "Anteojitos, el Razgado"...»

La multitud respiró honda, triste y alegremente. Fue un suspiro general. El mismo suspiro que profiere el niño cuando le dan un juguete que desea hace mucho, mucho tiempo... De algunos rincones brotaban apagados sollozos; y a mis costados, dos mujeres lloraban en silencio. La voz de los altoparlantes seguía en tono lento.

«Arbitrará este match, de trascendencia mundial, el caballeroso luchador "Muerdepiernas", que cansado de la vida, y en aras de su augusta profesión, va a sacrificarse en la lucha...».

La multitud gimió, siempre en conjunto. Se oyeron desgarradores gritos y los comentarios se dejaron oír en medio del estruendo. «Muerdepiernitas», «tan bonito como era», «tan lindo como metía los dedos en los ojos».

De pronto cesaron los comentarios y los llantos. De no sé donde había trepado al ring un hombre singular. Singular por su indumentaria y su figura. Tenía una especie de botas rojas que le llegaban a las rodillas, una barba larga, anteojos que le cubrían los rasgados ojos. Apenas subió al ring, dio una vuelta, escupiendo en silencio a las cuerdas y mirando a la multitud burlescamente. El público cayó de rodillas, las mujeres gritaban «Salve Antejitos», «Salve Rasgado», «Salve», «Salve».

En eso subieron dos personas más. «Muerdepiernas» y «La Melena Humana». El primero llevaba casco, fusil y una cachiporra; al segundo no se le veía porque todo él era una masa de pelo ondulado.

El público quedó estático. Tuve la impresión de que iba a ver algo sensacional.

El combate empezó inmediatamente. «Muerdepiernas» llamó al centro del ring a ambos luchadores y les habló en voz baja, como dándoles instrucciones. De pronto, de entre la mancha de pelo humano, surgió un brazo que lo levantó en peso y lo arrojó al suelo. Luego se tiró sobre «Antejitos el Rasgado». Entonces vi que Antejito desaparecía entre la maraña de pelo. Hechos una bola rodaron por el ring. Se oía de rato en rato un jadeo feroz. Gritos.

«Antejitos» mordía con gusto. «Melena Humana» era un experto luchador. Agarraba a Antejitos por las piernas, lo levantaba en el aire y luego lo tiraba con fuerza al suelo, donde lo pisoteaba a su gusto.

Las cuerdas del ring temblaban y ambos luchadores seguían de pie. El público —todos parados sobre las sillas— aplaudía a rabiar. La lucha parecía no definirse nunca. Seguían los golpes unos tras otros. Tacles, mordiscos, apretones; en fin, una serie de llaves «a cual más incomprensible»...

El match terminó en un segundo. «Antejitos» salió volando del ring, mientras que «La Melena Humana» caía desmayado sobre la lona.

El público salió delirando de entusiasmo.

Había sido «algo único». Desde ese día me he hecho fanático del catchascán.

■ Adiós, Mario Vargas Llosa

El propio Vargas Llosa ha contado que su naciente carrera de periodismo terminó cuando su padre fue informado de las verdaderas causas de sus llegadas al amanecer. Informado por los tíos de que Mario pasaba malas noches en lugares de dudosa reputación, decidió averiguarlo personalmente y fue a *La Crónica*.

Encontró a Antonio Olivas, entonces todavía jefe de informaciones, y tuvo con él un breve pero áspero cambio de palabras. Luego esperó al jefe de todos, a Gastón Aguirre Morales, para decirle que su hijo no trabajaría más en el diario.

Pocos días después de salir de la Maison de Santé y reincorporarme al trabajo, una tarde, al entrar a *La Crónica*, el señor Aguirre Morales me comentó con amabilidad: «Qué lástima que nos deje usted, mi buen amigo. Lo vamos a extrañar; ya lo sentíamos de la familia». Así me enteré de que mi padre me acababa de renunciar.⁴

El 28 de marzo de aquel 1952 Vargas Llosa fue agasajado por su cumpleaños —ya eran 16— pero la fiesta tenía sabor amargo porque era realmente la despedida. En un chifa de la calle Capón brindaron por su futuro sus mejores amigos, Carlos Ney Barrionuevo, Norwin Sánchez Genie y Milton von Hesse.

⁴ *El pez en...*, p. 175.

Capítulo Dos

La conversación... en Lima

Pero Mario Vargas Llosa no abandonaría ya jamás el periodismo, en parte porque había aprendido bastante del oficio en la mejor escuela imaginable, esto es, en el fragor de la sala de redacción de un diario, y, sobre todo, porque su precoz talento para escribir, a la par con su creatividad, le aseguraría un recurso laboral que se haría permanente en los años siguientes.

Sus mejores amigos de *La Crónica* y *Última Hora*, decíamos, lo despidieron con el chifa tradicional y emprendió entonces su segunda aventura periodística en el diario *La Industria* de Piura, de Miguel Cerro, a lo largo de 1953.

Tuvo entonces otro encuentro memorable, porque Cerro había decidido contratar a un profesional de Lima para dirigir el diario. Y ello porque no hallaba en la provincia un periodista que le asegurara cierta calidad noticiosa a su modesto cotidiano que debía competir con *El Tiempo*.

Así llegó a Piura Pedro del Pino Fajardo, profesional de la vieja escuela, muy experimentado y que efectivamente aportó novedades y acogió de buen grado al jovencito que mostraba tan buenas cartas de recomendación de Lima.

En *La Industria* redactar artículos, columnas fijas, expresar opinión, se hizo habitual para el joven colaborador que buscaría nuevamente el periodismo como recurso de vida a su retorno a Lima, un año más tarde.

Instalado en la capital consiguió un trabajo de colaborador en la revista *Turismo*, de Jorge Holguín de Lavalle. Redactó de todo un poco por casi dos años, incluyendo críticas de teatro y ganó así algunos soles que invertía en literatura.

Gracias a sus nuevos amigos, los literatos Luis Loayza y Abelardo Oquendo, pasó a redactar para la sección literaria del suplemento dominical de *El Comercio*, en la que hizo numerosas entrevistas, afinando su técnica y haciéndose así un verdadero profesional del periodismo, como puede apreciarse en las notas que hizo para la revista *Cultura Peruana*.¹

En 1957, ya casado con Julia Urquidi, pasó con soltura a trabajar en Radio Panamericana, un medio en el que recién incursionaba y en el que no tuvo problemas de adaptación. Director de Informaciones fue el cargo que recibió y la responsabilidad de los espacios, de mañana y noche, del noticiero El Panamericano. De esta manera retornó al periodismo vital, de noticia y persecución de personajes y primicias que conocía ya de cerca.

En sus memorias contó del espanto que le provocó ver cómo empleados de la perrera municipal mataban a garrotazos a los animales que no eran recogidos a tiempo por sus dueños. Fue testigo estremecido del espectáculo cuando acudió a rescatar al engreído de su esposa, Batuque, capturado en una calle de Miraflores por los agentes municipales:

Medio descompuesto por lo que había visto, fui con el Batuque a sentarme en el primer cafetucho que encontré. Se llamaba La Catedral. Y allí se me vino a la cabeza la idea de empezar con una escena así esa novela que escribiría algún día, inspirada en

¹ Véase, sobre esta etapa de su trabajo de periodista literario, de Miguel Ángel RODRÍGUEZ REA, *Tras las huellas de un crítico: Mario Vargas Llosa, 1954-1959*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1996.

Esparza Zañartu y en esa dictadura de Odría, que, en 1956, daba las últimas boqueadas.²

En 1958 ya era licenciado en literatura, había recibido un importante premio literario que incluyó un viaje a París y decidió marcharse a España al recibir la beca Javier Prado.

Su historia literaria es muy conocida. Lo es menos su trabajo de redactor durante los largos siete años que vivió en Francia haciendo periodismo en Radio Francia Internacional y en la agencia de prensa France Presse.

Incansable, se daba tiempo para la literatura y así surgieron las celebradas *La ciudad y los perros*, sobre los cadetes del Colegio Militar Leoncio Prado; *La casa verde*, con el mundo de los prostíbulos de Piura; y finalmente —la que motiva esta historia— *Conversación en La Catedral*.



Una novela sobre una dictadura en tiempos en que se vivía una dictadura militar no podía ser más oportuna para los sectores que rechazaban al gobierno que lideraba el general Juan Velasco Alvarado desde octubre de 1968, o sea, la llamada Revolución de la Fuerza Armada.

En honor a la verdad, en aquellos años iniciales, la dictadura de los generales no se parecía casi en nada a la del otro general, el dictadorzuelo Manuel A. Odría, astuto, corrupto y arbitrario, porque los primeros tenían un programa, un discurso bien elaborado de exposición de su proyecto y la decisión de cambiar viejas estructuras. Una de sus ambiciones, que pusieron en práctica en 1969, era la remoción del viejo orden oligárquico que reposaba en los terratenientes latifundistas cuyos intereses eran

² *El pez en...*, p. 390.

representados por la Sociedad Nacional Agraria y defendidas por el diario *La Prensa*.

La reforma agraria alteró efectivamente el sistema de propiedad de la tierra y enervó a los sectores afectados, que no vacilaron en acusar de comunistas a los generales revolucionarios.

Los militares velasquistas eran muy sensibles a las opiniones divergentes y no toleraban adjetivos ni crítica que no fuera la que denominaban «constructiva». Caso contrario, la persecución y deportación fueron caminos recorridos por algunos periodistas.

Es probable, entonces, que *La Prensa* decidiera apoyar toda actividad y promoción de cualquier texto en que se pronunciara la frase «dictadura» pero sin referirse al contexto. *Conversación en La Catedral* pareció reunir las condiciones ideales, además, por supuesto, del justo reconocimiento al autor. Una revisión somera del periodismo opositor de la época mostrará que hubo cierto exceso en puntualizar que Vargas Llosa había escrito una nueva y gran novela sobre una dictadura.

Luego del éxito explosivo de ventas y críticas de *La casa verde*, el ambiente literario y sus lectores se preguntaban sobre el siguiente proyecto de Vargas Llosa, aunque ya había datos y algunas certezas. Por ejemplo, el crítico argentino Luis Harss reunió una serie de ensayos sobre literatos latinoamericanos, y uno de sus últimos entrevistados fue Vargas Llosa, en París, en 1965. Volvió a verlo al año siguiente en Londres, y publicó el material con el título *Into the Mainstream*, en 1967, cuya traducción conoceríamos recién en 1971 con el título de *Los nuestros*.

Al final del artículo brindado al peruano, Harss dice:

Los cuatro años dedicados a *La Casa Verde* son una gota de agua en el océano. Vargas Llosa ha estado rumiando ya otra novela que comenzó hace algún tiempo, dificultosamente, y que espera poder terminar ahora, en Londres. «Es la historia de un guardaespaldas», dice, misterioso e intrigante, reteniendo el aliento, «un fuerte que vende su fuerza a políticos diversos. Yo conocí a

un guardaespaldas que había sido protector de un caciquillo político peruano. El personaje me impresionó mucho. Había sido boxeador. Y era un individuo completamente alógico. Sus contactos con la realidad eran puramente instintivos. Yo quería hacer una novela describiendo un poco los medios políticos en el Perú. No una novela política, pero con personajes extraídos del mundo político peruano. Buscaba un instrumento, un introductor para este mundo que es un mundo muy especial. Pienso que el guardaespaldas es justamente lo que necesitaba».

Una plasma informe, una masa de material desenfocado, una chispa que encienda el motor, y empezará la combustión. Allá en la distancia, a la vuelta del horizonte, adonde apunta la brújula, lo espera a Vargas Llosa «la novela imposible, la novela total».³

Ya casado con Patricia Llosa dejó París y se marchó a Londres, donde alquiló una pequeña casa en los suburbios. Un veterano periodista de la agencia Associated Press fue hasta allá, en abril de 1967, y le hizo una extensa y agradable entrevista, intimista, que se publicó en Lima pocos días después en el diario limeño *Correo*.⁴ Durante la larga charla, el inglés le pregunta:

—¿Qué está escribiendo ahora?

—«Es una novela que se refiere a la vida en el Perú durante la dictadura del general Manuel Odría y el tiempo se sitúa entre 1948 y 1956. No es una novela política y no tiene tema político, pero alguno de los caracteres que describo son personajes verdaderos de la vida política», dijo.

[...]

«Debe usted comprender —dijo— que la dictadura de Odría era muy diferente a otras que fueron o son violentas. Esta prefirió

³ HARSS, Luis, con la colaboración de Barbara DOHMANN, *Los nuestros*. Buenos Aires: Sudamericana, 1971, p. 461.

⁴ El periodista Leonard Kirschen había sido recién liberado por el gobierno de Rumania, luego de pasar diez años en la cárcel acusado de espionaje. Fue luego destinado a la corresponsalía de Associated Press en Londres, en la que se dedicó a temas comerciales y eventualmente culturales.

governar mediante la corrupción, la intriga, el compromiso y la duplicidad».

La historia que Vargas Llosa quiere expresar es simple:

«Fue una dictadura que robó a nuestra generación. No hubo héroes ni produjo mártires, pero sí muchos fracasos».

«Quiero contar algo que recordará ese período y todo el sentido moral, psicológico, místico y sensitivo que va con él».

¿Y cómo se llamará el libro?

«Por ahora no lo sé. El nombre vendrá luego», dijo.⁵

En junio de 1969 la importante revista *Amaru*, que dirigía el prestigioso poeta Emilio Adolfo Westphalen y editaba la Universidad Nacional de Ingeniería, logró la primicia mundial del primer capítulo de *Conversación en La Catedral*, la novela anunciada por el escritor.⁶ Seguramente pesó, en la decisión de Vargas Llosa de entregarla, su antigua amistad con los redactores principales, la poeta Blanca Varela y el crítico literario Abelardo Oquendo.

Pudieron así los peruanos enterarse mejor de qué trataba esa nueva obra de Vargas Llosa, que llegó a las librerías en enero de 1970 y que sería leída y comentada con enorme interés por sus crecientes seguidores, los críticos, políticos y, por supuesto, los periodistas, aunque la reacción de estos fue la más tardía pese que el primer capítulo muestra que el periodismo es el escenario de la historia: «Desde la puerta de *La Crónica* Santiago mira la avenida Tacna, sin amor: automóviles, edificios desiguales y descoloridos, esqueletos de avisos luminosos flotando en la neblina, el mediodía gris. ¿En qué momento se había jodido el Perú?».⁷

⁵ KIRSCHEN, Leonard. «Aquí Vargas Llosa en la intimidad». *Suceso*, suplemento dominical del diario *Correo*, Lima, 7 de mayo de 1967, pp. 4-5.

⁶ VARGAS LLOSA, Mario. «Conversación en La Catedral» (con nota al pie de la página: «Primer capítulo de la novela del mismo título, de próxima aparición»). *Amaru. Revista de Artes y Ciencias* 10, Lima, 10 de junio de 1969, pp. 46-53.

⁷ VARGAS LLOSA, Mario. *Conversación en La Catedral*. Madrid: Seix Barral (Nueva Narrativa Hispánica), 2 volúmenes, 1969, vol. I, p. 13. En adelante, *Conversación en...*

Más adelante, siempre en los párrafos iniciales, Zavalita charla con Norwin, otro periodista del diario *Última Hora*, la competencia, y hablan de noticias, editoriales, campañas, en plena plaza San Martín, en el legendario bar Zela. En pocas líneas nos presentará a los otros protagonistas periodísticos —Carlitos, Milton, Berra—, todos tomados del tiempo en que trabajó en *La Crónica*.

En julio de 1969, cuando ya la novela estaba en la imprenta y el tema se conocía gracias a la primicia de *Amaru*, Vargas Llosa se hallaba en campaña de promoción y preparación del terreno para su mejor clientela, los limeños. Por esto seguramente no rehusó una larga entrevista con tres redactores de la revista dominical *7 Días del Perú y del Mundo*, suplemento del diario *La Prensa*.

Félix Nakamura, fotógrafo de la revista por entonces, lo convenció de ir a La Catedral junto con su esposa Patricia. Allí, en una mesita y con varias cervezas enfrente, ambos posaron para *7 Días*...⁸

Los periodistas Elsa Arana Freire, Mario Castro Arenas y Fernando Tola de Habich conversaron largamente con el autor y grabaron la extensa entrevista que ocupó cuatro páginas del periódico semanal. La primera pregunta fue sobre el libro:

7 Días: ¿Qué nos puede decir sobre su nuevo libro «Conversación en La Catedral»?

Vargas Llosa: Bueno, lo más importante para mí es que ya salí de él. Lo he mandado al editor hace un mes aproximadamente.

[...]

7 Días: ¿Qué volumen tiene esta novela?

Vargas Llosa: La versión definitiva es un poquito más larga que «La Casa Verde». Calculo unas 80 o 100 páginas más.

7 Días: ¿Cuál es su contenido?

Vargas Llosa: La columna vertebral de la historia es una conversación en un barcito que está cerca del Puente del Ejército. Ayer pasé

⁸ La histórica foto de Vargas Llosa en La Catedral fue publicada en el semanario *La Calle* el 31 de julio de 1979 y en el diario *Marka* el 26 de enero de 1982.

por allí y vi que todavía existe, que sigue llamándose «La Catedral». La obra se inicia con la conversación entre un muchacho periodista que ha ido a rescatar un perro a la perrera, y un empleado que encuentra allí, un negro que fue 15 años chofer de su padre y al que no había vuelto a ver desde entonces.

Luego de rescatar a su perro, van estos dos personajes a tomarse una cerveza a «La Catedral» y conversan. En realidad, no se toman una sino muchas cervezas. La conversación se prolonga cuatro horas y de esta conversación se van desprendiendo todas las historias que componen la novela.

7 *Días*: ¿Utiliza la misma técnica que en «La Casa Verde»?

Vargas Llosa: El único parecido entre las dos novelas es que hay varias historias que están narradas de manera entrelazada. Historias en las que surge poco a poco toda la familia del muchacho y al mismo tiempo, las relaciones, las amistades, los patronos de Ambrosio Pardo, que es el nombre del negro que trabaja en la perrera. Es una novela cuyo núcleo histórico está situado en los ocho años de la dictadura de Odría.⁹

La recepción de la novela fue desigual; algunos críticos hasta se escandalizaron. Es probable que haya sido la única obra por la que Vargas Llosa recibió críticas por lo realista del lenguaje.

Elsa Arana Freire, periodista boliviana que trabajaba en el suplemento dominical de *La Prensa*, dio la primicia de que el libro ya estaba en Lima publicando fotos de los dos tomos («Los primeros ejemplares llegados al Perú, en primicia para nuestros lectores») y un largo y generoso comentario del que transcribimos algunos párrafos:¹⁰

Cuatro historias entrelazadas: Una novela política. Mario Vargas Llosa llega nuevamente al Perú (no, no ha llegado físicamente,

⁹ ARANA FREIRE, Elsa; MARIO CASTRO ARENAS, y FERNANDO TOLA DE HABICH. «Tres periodistas en busca de: Mario Vargas Llosa». *7 Días del Perú y del Mundo*, suplemento dominical de *La Prensa*, Lima, 27 de julio de 1969, pp. 22-25.

¹⁰ ARANA FREIRE, Elsa: «"Retorno" a la dictadura». *7 Días del Perú y del Mundo*, suplemento dominical de *La Prensa*, Lima, 18 de enero de 1970, pp. 12-13.

sino a través de un anticipo de su obra), con el libro número cinco de sus inspiraciones desarrolladas, casi todas ellas, fuera del país. «Conversación en La Catedral» es el título de su última entrega. De ella nos había adelantado muchas cosas en el reportaje circular que le hiciera «7 Días» el domingo 27 de julio del año pasado. Hoy se tiene ocasión de leerlo.

«¿En qué momento se jodió el Perú? ¡Cuándo me jodí yo, Zavalita?». El lenguaje transcrito literalmente no es, por grosero, menos vívido y elocuente.[...]

Su última novela, ésta que nos llega como pan caliente, antes de que toda la edición salga del horno, tiene sabor especial. Se refiere a la (minidictadura) administración que soportara el país, del General Odría, entre los años 1948-1956.

Miraflores, el barrio bienamado de Mario Vargas Llosa, resurge en esta novela cuando sustrae de él a Santiago Zavala, un joven biennacido, deseoso de ingresar a San Marcos para poner en juego la vaga noción de izquierda que sustenta frente a su padre, don Fermín, un senador odriísta que colabora con el General de la minidictadura con el fin de obtener beneficios en sus negocios personales.

La «Conversación en La Catedral» se inicia cuando el joven Zavalita (ya casado, ya frustrado, ya j...o), busca en la perrera del Puente del Ejército a Batuque, un perrito que su mujer, Ana, reclama entre sollozos «porque dos sambos se lo llevaron, injustamente».

[...]

Santiago Zavala (entonces) abandona su hogar burgués, repudia las ideas acomodaticias de su padre, ingresa a San Marcos, fracasa como pichón de comunista y por último se hace periodista de *La Crónica* (aquí puede recordarse que Mario Vargas Llosa fue reportero de ese diario durante algún tiempo, y eso avala a quienes quieran considerar como la imagen de ese personaje, aunque está lejos de parecersele).

[...]

Mario Vargas Llosa, con su «eterno demonio» adentro, que es Miraflores, reedita el estilo que le caracteriza; su facilidad, fruto de fatigoso estudio, para describir personajes juveniles o venales, políticos vendidos con apariencia de señorones, paisajes sudorosos como son los de la selva peruana (ver la admirable descripción sobre Pucallpa que pinta el autor), sórdidas relaciones en

los «bulines» regentados por meretrices que resultan simpáticas aunque pintarrajeadas, desenlaces imprevistos donde ingresa la cuchilla o el disparo, el crimen, la huida, la cobardía o el derumbamiento...

En este su último libro, Mario Vargas Llosa recuerda a la dictadura de Odría a través de un relato entrecortado donde, por sobre todo, surge la desesperanza en el destino de su país, conforme a la descripción de los personajes de las situaciones que motivaron su inspiración. La crítica especializada dirá, al respecto, otras palabras, otras alabanzas, y tal vez, otras decepciones [...].

Mario Castro Arenas, también periodista de *La Prensa*, comparó su estilo con las obras recientes de Carlos Fuentes, José Donoso y Gabriel García Márquez, puntualizando que horror y erotismo pueden mostrarse con crudeza pero sin avanzar en la severidad vargasllosiana. Escribió, por ejemplo, que:

La fragilidad y gratuidad de la construcción narrativa de «Conversación...» son mayores a medida que se las confronta con la índole folletinesca de la materia narrativa. Porque la novela, ambientada en los años del gobierno de Odría, consiente el desborde de la truculencia y los excesos de ciertos ambientes viciosos, manteniendo constantemente un realismo documental como antes no lo había tolerado el propio autor.

[...]

Novela testimonial, documental, desde una perspectiva, «Conversación...» trenza en otro nivel diversas historias subjetivas, cada una de las cuales, en su turno, expresa, también, distintos modos de pensamiento, distintas retóricas. El abanico va de Santiago Zavala, hijo de familia burguesa, rebelde, romántico, bohemio, que trabaja en *La Crónica* como reportero policial; a Amalia la sirvienta; a Ambrosio, guardaespaldas, asesino de encargo; al increíble Cayo Bermúdez, jefe de la policía secreta del ochenio, fácilmente identificable; a Fermín Zavala, hombre fuerte del gobierno, adinerado, amoral, pusilánime; a Hortensia y Queta, barraganas de los favoritos del régimen, enloquecidas y acosadas al concluir el largo apogeo del amor mercantilizado.¹¹

¹¹ CASTRO ARENAS, Mario. «Vargas Llosa en la encrucijada». *7 Días del Perú y del Mundo*, suplemento dominical de *La Prensa*, Lima, 8 de febrero de 1970.

El mismo día, *La Prensa* publicó un despacho de la agencia France Presse que hacía noticia de la entrevista que el autor peruano había concedido al suplemento literario del famoso vespertino *Le Monde*:

Entrevistado [...] el autor calificó su tercera novela de «Autopsia de la dictadura que sufrió el Perú de 1948 a 1956 bajo el general Odría».

[...]

«Conversación en La Catedral» ha sido editada en dos volúmenes por Seix Barral, Barcelona. Para el autor es el fruto de cuatro años de trabajo. Su propensión a escribir «largo y tendido» la explica así: «Siempre he tenido el secreto deseo de que la novela no se acabe aún, que dure y que aleje hasta el infinito sus límites... De niño tuve un enfado tremendo cuando Dumas decidió matar a D'Artagnan».¹²

Las más duras acusaciones por excesos verbales en una «[...] novela que hace gala del repertorio más completo de obscenidades y de toda la vulgaridad de la que el lenguaje es capaz» partieron de Grazia Sanguinetti de Ferrera, quien firmó con las iniciales G. S. de F. el artículo que se publicó en la sección cultural de *La Prensa*.¹³ Es un texto largo en que reclama al autor, aparte de las palabras duras, el pesimismo que presuntamente transmite la obra sin ofrecer salidas y con una «[...] terrible carga de amargura y corrupción». La autora se excedió en su rechazo y dijo, entre otras cosas:

Aprovechando el ya demasiado abonado terreno de las inclinaciones morbosas, esta novela tiende a aplastar con su terrible carga de amargura y corrupción, cualquier intento de superación, cualquier esperanza. Desde su primera página aparece la

¹² «Vargas Llosa declara en París de "Conversación en La Catedral"». *La Prensa*, Lima, 8 de febrero de 1970.

¹³ G. S. de F. «Notas a "Conversación en La Catedral"». *La Prensa*, Lima, 23 de marzo de 1970, p. 16.

negra visión de un Perú fracasado y sin posibilidades de redención. El protagonista piensa: «no hay solución» (13, I), reforzado más adelante por la opinión de uno de sus amigos: «Este país comenzó mal y acabará mal. Como nosotros, Zavalita» (151, I).

[...]

Abusa también de los datos meticulosos acerca de nombres de calles y locales, que resultan excesivos para el lector que conoce el lugar y que deben ser cansadores para el extraño. Quién sabe si el tono demasiado casero que la presencia de estos datos proporciona, alivie a Vargas Llosa de la inconsciente preocupación de demostrar de qué manera conoce el ambiente a pesar de escribir lejos de él.

Creemos que en los momentos en que el novelista no cede a la tentación del impacto logrado por lo brutal y escabroso, es mucho más valioso pues sabe crear pasajes en los que con delicadeza se sugieren estados de ánimo apenas admitidos por cierto pudor del personaje, que llegan sabiamente esbozados a la intuición del lector.

La comentarista acusó a Vargas Llosa de manejar a sus personajes «[...] con el fin de imponerlos fácilmente por la violencia o el sexo». Al final le hizo algunas recomendaciones: «Esperamos que Vargas Llosa descubra la necesidad de liberarse de estos mitos productores de éxito y de ventas al por mayor, y de la avidez de la crítica por las novedades técnicas; que deje fluir con mayor espontaneidad su estilo».

Curiosamente, el ambiente periodístico tardó en reaccionar pese a que uno de los escenarios principales de la historia era un diario tan popular como *La Crónica*. Uno de aquellos presuntos personajes reales, Milton von Hesse, «Milton», se sintió afectado y escribió un artículo, que suscribió como «Enrique Elías B.», criticando el tratamiento a algunos personajes y exteriorizando su malestar y resentimiento con Vargas Llosa.

Pero «Milton» es citado muy pocas veces en la novela. Casi al comenzar, en la página 15 del primer volumen, Santiago y Norwin recuerdan los buenos tiempos: «Cuyes ardientes y cerveza helada,

el "Rinconcito Cajamarquino" de Bajo el Puente y el espectáculo de las vagas aguas del Rímac escurriéndose entre rocas color moco, el café terroso del Haití, la timba en casa de Milton». En el segundo volumen leemos: «Iban al "Negro Negro" dos o tres veces por semana, mientras el diario estuvo en el viejo local de la calle Pando. Cuando *La Crónica* se mudó al edificio nuevo de la avenida Tacna se reunían en barcitos y cafetines de la Colmena. El Jaialai, piensa, el Hawai, el América. Los primeros días de mes, Norwin, Rojas, Milton aparecían en esas cuevas brumosas y se iban a los bulines [...]».¹⁴

La siguiente referencia, en la página 228, es menor todavía: «Una despedida que haría época: comenzaría al mediodía en "El Rinconcito Cajamarquino", con un almuerzo criollo al que asistirían sólo Carlitos, Norwin, Solórzano, Periquito, Milton y Darío».

Nada más. Sin embargo, Milton escribió para el semanario *Gente* la siguiente nota, en dos páginas, acompañada de fotografías de Carlos Ney Barrionuevo («Carlitos»), Gastón Aguirre Morales («Arispe»), del propio Milton von Hesse («Milton») y de Vargas Llosa muy joven, quizá de la época en que trabajó con ellos en *La Crónica*.

¡Aquí...!

Los personajes de «Conversación en La Catedral»

Por Enrique Elías B.

«Conversación en La Catedral», la última novela de Mario Vargas Llosa, constituye uno de los más apasionados debates sobre los sucesos políticos ocurridos durante el Gobierno del General Odría y las secuencias interesantes y personajes de un grupo de periodistas de «La Crónica».

No obstante ser eso —un relato apasionado— la novísima novela de nuestro más alto exponente literario, que hoy se mantiene en la vanguardia de la narrativa latinoamericana, no tiene la

¹⁴ *Conversación en...*, vol. II, p. 52.

misma profundidad de fondo y forma que «La ciudad y los perros» o que «La Casa Verde», aunque sigue manteniendo la misma crudeza en el lenguaje y la descripción de los hechos, así como la impiedad por determinados personajes vivos y muertos que han sido tomados manteniendo simplemente el nombre de pila o variando el apellido.

El relato de los acontecimientos de «Conversación en La Catedral», lo hace Vargas Llosa desfigurando, hasta distorsionando varios sucesos políticos. Se refiere a un hombre que llegó a ser Director de Gobierno y pinta su figura siniestra rodeada de los más maquiavélicos actos que lo deslucieron.

Lo llama Bermúdez y lo sitúa, en sus comienzos, en la ciudad de Chincha, de donde viene a Lima llamado por un amigo para ocupar tan importante función. Como es novela, hay que aceptar las incidencias como tales, pero aunque se dice que tal personaje fue realmente siniestro, no se describen otros hechos muy pintorescos que muy bien pudieron ser recogidos por Vargas Llosa.

El mismo Vargas Llosa, que en una época fue periodista en «La Crónica», describe el ambiente de la Redacción en forma muy particular y sus personajes centrales —Carlitos, Becerrita, Arispe, etc.— son tratados sin piedad alguna. En otras menciona a Milton, Periquito, Norwin, etc. Y él mismo distorsiona su propia imagen para ofrecernos un Zavalita muy distante a lo que en realidad fue.

Como se trata de una nueva novela, realizada con una técnica muy original, muy moderna —y que por ser novela no deja de ser ficción— absolvemos a Vargas Llosa de las interpretaciones dadas a los personajes de su propia obra porque él mismo, al pretenderse Zavalita, se trata sin consideración alguna.

La novela se sitúa entre los años cincuenta. En esta época, precisamente, cuando surge un nuevo periodismo peruano que comenzó con crónicas amenas y sugerentes para ir a una información más seca y humana. Es este el periodismo que, iniciado por «La Prensa» de Lima, y luego trasladado a otros diarios, revolucionó a la prensa local hasta situarse en la altura en que hoy se encuentra.

El argumento

«Conversación en La Catedral» se inicia cuando Zavalita busca el perro que ha sido secuestrado por unos hombres que resultan ser los «caza-perros» de la perrera municipal. Al ir a buscar al animal, que logra recuperar, descubre a un antiguo chofer de su padre, ahora convertido en «mataperros».

Es aquí que ambos —Zavalita y Ambrosio— se entretienen en una conversación que se prolonga por el resto del día en «La Catedral» un bar situado en el Puente del Ejército y que existe hasta hoy. De aquí parten todas las historias y el nombre de la novela misma.

Más adelante Vargas Llosa hace un relato minucioso de sus propias experiencias de periodista, creando a Zavalita, que conjuntamente con Carlitos, constituyen el binomio central.

La trama se desenvuelve en el ambiente periodístico en la redacción de «La Crónica», el Despacho del Director y Ministro de Gobierno y, por supuesto, en el ambiente nocturno de la Lima de entonces que se circunscribe principalmente a los burdeles de los alrededores. Los nombres de «Norma», «Ivonne», como regentas de prostíbulos, se repiten, aunque la mayor incidencia es hacia Ana (Elsa en realidad) y otras pupilas de tales establecimientos, algunas desaparecidas y otras retiradas a una mejor vida.

El señor Arispe, el jefe de redacción, es largamente recordado por Vargas Llosa, sobre todo con sus consabidas frases de «mi señor» y «acabo de consultar con el Directorio».

El diálogo es abundante y la novela va discurriendo entre los lugares ya mencionados y algunas casas familiares, incidiendo, desde luego, en Miraflores, el barrio predilecto de Vargas Llosa y el que mejor describe tanto en esta novela como en «La ciudad y los perros» o en «Los cachorros».

Paralelamente relata las incidencias políticas de la época del general Manuel Odría y concluye con el advenimiento del nuevo régimen político.

«Conversación en La Catedral» es un relato ameno, pintoresco, con mucha ficción pero sin embargo descriptivo de un pasado turbulento y enigmático. Por allí desfilan personajes senatoriales y oficiales y, sobre todo, con los problemas que se iban creando a través de una etapa importante y decisiva del País.

Quizá, para no dejarla tan en ficción y recurrir más a la realidad, Vargas Llosa, antes de escribir sus novelas, al tiempo que tomó sus apuntes, debió volver donde sus antiguos amigos y recordar el pasado.

Los personajes

Para los que vivimos intensamente, agudamente, aquellos años turbulentos, con peruanos ilegales y con peruanos aduladores; para aquellos que supimos de alguna persecución, para los que en alguna Redacción de Diario practicamos bohemia y periodismo —con sentido humano, de noticia y veracidad, ingredientes básicos—, para quienes en alguna forma estuvimos vinculados al periodismo incipiente que practicó Vargas Llosa, «Conversación en La Catedral» resulta ser algo así como un relato, un tanto personal desde luego, con las exageraciones propias del género y al que nadie, ni la posteridad, podrá desmentir. Salvo el caso, posible por cierto, que se pretenda un análisis histórico de aquel tiempo.

Tal vez Vargas Llosa haya pretendido describir otros personajes; pero, a la luz de quienes vivimos ese tiempo, podemos casi afirmar quiénes fueron ellos.

Particularmente el caso de Zavalita —el mismo Vargas Llosa— que se estudia a sí mismo, con su personal impresión de lo que es el periodismo; a Carlitos —Carlos Ney Barrionuevo—, cuyas andanzas por tabernas y prostíbulos describe minuciosamente Mario. Claro, Barrionuevo jamás vio lucecitas ni tuvo los «delirium tremens» ni murió siquiera, como ocurre en el segundo tomo de la edición que nos presenta «Seix Barral».

No es el mismo caso de Becerrita —Luis Becerra—, que fue un gran amigo, sincero, con su cara de piedra y sus incursiones nocturnas, que murió en su casa, víctima de un infarto cardíaco. Gran cronista policial, tuvo familia propia y no supo medrar el dolor ajeno, como supuestamente, y con nombre propio lo pinta Vargas Llosa.

Barrionuevo (Carlitos) es el mismo que hoy continúa trabajando en un diario local, luego de haber sido anteriormente redactor de «La Crónica» y en la dirección de informaciones de Palacio de Gobierno.

En cuanto a Norwin Sánchez Genie, prominente hombre público nicaragüense, hizo periodismo en el Perú en sus días de estudiante.

Y lo practicó en «Ultima Hora», aunque haciendo una tremenda amistad con las gentes de otras redacciones.

Hay citas a Milton. Se supone que es el mismo que hoy es el jefe de relaciones públicas de la Southern Peru, en Lima, y que trabajó durante muchos años en «La Crónica». No creemos que haya habido otro Milton en ese diario, salvo Milton von Hesse.

También las citas son continuas a «Arispe», que no puede ser otro que Gastón Aguirre Morales, exsubdirector de «La Crónica» de entonces, quien fue posteriormente a trabajar al periódico de Arispe en Arequipa: «Noticias». La alusión no deja de ser directa. Al respecto, recordamos como Aguirre Morales, un caballero sin tacha, era hombre de múltiples respetos tanto a sus subordinados como a sus directores. Y de ahí sus frases «mi señor» cuando se trataba de asignar comisiones a los periodistas para su función diaria.

El tal «periquito», fotógrafo, indudablemente, no es otro que Félix Dávila, hoy reportero gráfico de un diario local, quien precisamente fue designado con Vargas Llosa y Carlos Ney Barrionuevo a cubrir una información del ganador de «La Polla» en Trujillo. Primitivamente, el encargado de hacer la información fue Milton von Hesse. Pero, como era Carnavales, al parecer Milton se quedó dormido y fue reemplazado por Mario (Zavalita) y Barrionuevo (Carlitos). Ocurrió que, en la recta de la pista panamericana norte, cerca de Huacho, la camioneta de «La Crónica», que era la n.º 3, se volteó y Mario y Carlos, con Félix, fueron llevados a la «Maison de Santé», donde luego de breves curas y convalecencias, terminaron con descanso en sus respectivas casas.

Hay en la novela de Vargas Llosa fidelidad en algunos aspectos y ficción en otros. Y esto es natural si se tiene en cuenta que la novela es así.

En consecuencia pues los personajes singulares de la novela de Vargas Llosa son Carlos Ney Barrionuevo, Mario Vargas Llosa, Gastón Aguirre Morales, Alfonso Delboy (citado en algunos pasajes como Maldonado), Milton von Hesse, Félix Dávila, todos los cuales están vivos, y Luis Becerra, ya fallecido.

Alguna impiedad, tal vez exagerada, hay en el relato. Pero no olvidemos: es una novela.

Barrionuevo era redactor policial del diario *Expreso* cuando apareció el artículo de Von Hesse y se sintió estimulado a escribir sobre el tema. Después de todo, era el más presuntamente citado. Y así, poco después, «Carlitos», publicó el siguiente artículo en el suplemento dominical de *Expreso*, la revista *Estampa*:¹⁵

Sobre Vargas Llosa y su última novela

«La Crónica» SEMILLERO DE SITUACIONES PERSONALES

Por Carlos Ney Barrionuevo

«Mientras las parras sigan llorando yo seguiré bebiendo sus lágrimas» cantó el más bohemio de los poetas: Martínez Luján.

Cuántos periodistas excéntricos, poetas, escritores, vagos y hombres sin oficio pasaron por la vieja redacción de «La Crónica» del jirón Carabaya, centrada en la famosa e histórica calle Pando.

Mario Vargas Llosa acaba de sacar del ropero de recuerdos las vivencias en «La Crónica» para reconstruir un periodismo bohemio que se practicaba muchísimos años atrás y del que él fue testigo.

En conversaciones en «La Catedral» con una ingeniería de palabras, levanta el castillo del último reducto del periodismo de la calle Pando.

Los periodistas que pinta Mario Vargas Llosa, viven aún en la realidad (a excepción de algunos que ya son cadáveres) y discurren por las páginas del libro por supuestamente exagerados.

En 1912 don José Gálvez y Clemente Palma, bajo la égida del viejo Del Moral, fundaron «La Crónica». Intelectuales de «nuevo cuño» (viejos para nosotros) trataron de que el periódico fuera lo más moderno de la época.

En la vieja «La Crónica», por donde desfiló Vargas Llosa, escribieron los más raros periodistas. Uno de ellos, Argüelles, escribía crónicas policiales en verso. Cuartetos y alejandrinos tenía que tragarse el público para enterarse del robo de una casa comercial o la puñalada mortal del hampón.

¹⁵ *Estampa*, suplemento dominical de *Expreso*, Lima, domingo 17 de marzo de 1970.

Otro de estos periodistas, Juan Marcoz Sarrín, de escuálida figura, de anteojos de carey, escarpines de la época sobre zapatos de charol, visitaba los callejones de Lima para «crear noticias».

Marcoz Sarrín llevaba al viejo fotógrafo Abel Ego Aguirre y Pereyra (hasta sus nombres son rimbombantes) en sus cacerías de noticias. «Oiga señora, señale esta pared» —decía. La buena vieja posaba, y el fotógrafo disparaba su magnesio explosivo. Al día siguiente se leía en el diario:

«Vecinos aterrorizados. Todas las noches en pared de callejón aparece la imagen de un caballo negro que echa fuego por las narices».

Mariposas y polillas: «Becerrita»

Murió Marcoz Sarrín en su máquina de escribir, y surgió la figura de Luis Becerra Ferreyros, el creador de las «Mariposas Nocturnas» y «Las Polillas».

Cuántas mujeres de la vida non sancta se arrodillaron ante Becerra para que no las calificara de «polillas».

Gastón Aguirre Morales, sub-director del diario llevó a Becerra a la plana de redacción, mientras que el director Santiago Vallejo, hermano del poeta de «Los Heraldos Negros» sólo se enteraba por referencias que en la redacción habían otros periodistas.

Con lo que ha escrito Becerra en «La Crónica» es como para asustar al más avivado de los niños. «La Crónica» había dejado de ser lo que se propusieron Clemente Palma y José Gálvez.

«La Crónica» sólo olía a crimen, «polillas» y a Lolo Fernández.

Los secuaces de Becerra, por aquel entonces, eran Juan Marcoz Martínez, hijo y Paco Denegri.

Por la sección local, todos los periodistas eran de tanta experiencia, que su edad mental debía ser de unos doscientos años. Cuando murió Ballón Angulo, un periodista especializado en «caballo de paso peruano», Gastón Aguirre, en conciliábulo con Alfonso Delboy, dijeron: «Busquemos gente joven para que empiecen a querer la camiseta», y dividiendo el sueldo de Ballón Angulo, ingresaron a la redacción Milton von Hesse y Carlos Ney Barrionuevo en el mes de junio de 1951. Milton ya tenía mucha cancha. Había trabajado en «Ultima Hora» y en «La Prensa», sabía contarle a uno de los cuentos de «las mil y una noches» y dormía muy bien y siempre llegaba tarde.

Vargas Llosa: la vida diferente

A mediados de enero de 1952, ingresó a la plana de redacción Mario Vargas Llosa, «un enfant terrible» con sus 16 años a cuestas, y con la recomendación de haber sido expulsado del cuarto año del Colegio Militar Leoncio Prado.

Luis Becerra lo quiso asimilar a Mario Vargas Llosa a «La Crónica» policial. Lo llevó a unas cacerías nocturnas en las que perdió la virginidad a los 16 años.

Mario Vargas, ciento por ciento burgués, descubrió un mundo que le revolvió las entrañas y por eso se venga pintando a Becerra como el Becerrita canallesco de «Conversación en La Catedral».

Vargas Llosa tuvo como camaradas de correrías a Milton von Hesse, Carlos Ney Barrionuevo y Norwin Sánchez Guilnet, un nicaragüense, estudiante que tenía a su cargo la página roja de «Ultima Hora».

Lo sacan del periodismo

Una tarde Mario Vargas Llosa, Nelson Zambrano y el repórter gráfico Félix Dávila sufrieron un accidente en la carretera norte por buscar en Trujillo a los ganadores de «La Polla» de caballos.

Vargas Llosa y Félix Dávila compartieron el mismo cuarto de la Maison de Santé, y el directorio de «La Crónica» bajo el control del doctor Manuel Cisneros Sánchez tronó porque la cuenta de pasteles que comían ambos sumaban más que las medicinas.

Una tarde se presentó en la redacción el padre de Mario Vargas Llosa, entonces gerente de International News Service (INS) y sostuvo con Antonio Olivas Caldas (Jefe de Locales) una airada disputa que terminó con la carrera periodística de Mario en la vieja «La Crónica». Su padre lo envió a Piura, para evitar que terminara su hijo hecho un bohemio.

De Mario Vargas Llosa quedan en los archivos de «La Crónica» de 1952 artículos firmados, en la segunda página, donde había una columna solo para los periodistas, llamada «De nuestros redactores».

Allí Mario Vargas escribió sus impresiones sobre «Cachascán», que utiliza en su novela «Conversación en la Catedral», con el

personaje que muere sospechosamente en los calabozos de la PIP y a quien dejan abandonado detrás del Hospital San Juan de Dios.

Mario Vargas vivió ese periodismo que comenzaba con el crepúsculo de la tarde y moría cuando el Sol salía después de haber sido anunciado por el canto escandaloso de los gallos.

—¿Carlitos soy yo?

Que yo soy Carlitos, y que Mario Vargas Llosa es «Zavalita», personajes de la «Conversación en La Catedral», lo dice alguien en la revista «Gente», el mes de marzo.

Con el Estatuto de la Libertad de Prensa hubiese conseguido una rectificación notarial a las aseveraciones de «Aquí... Los Personajes de Conversaciones en la Catedral».

Sospecho, y estoy muy seguro de ello, que quien escribió en «Gente», bajo el seudónimo de Enrique Elías B. es nada menos que Milton von Hesse.

Como Milton es un amigo de años y que siempre actúa en forma adecuada, sin mala intención, bien merece mi perdón por su imputación de que Carlitos soy yo.

Hay mucho de verdad y más de exageración en las descripciones de los personajes de carne y hueso que Mario Vargas utiliza para retratar a los periodistas de la antigua «La Crónica» de la calle Pando.

Con Norwin Sánchez de Última Hora, Milton y el que escribe fuimos grandes camaradas de Mario Vargas Llosa quien, a sus 16 años, trabajaba como repórter, por el año de 1952.

En la novela de Mario Vargas Llosa los periodistas son auténticos, y los otros que no son del grupo, también son auténticos, como el Héctor Béjar (Héctor) de la Universidad.

Para demostrar que las reuniones del Rinconcito Cajamarquino que se aluden continuamente en «Conversación en La Catedral» son ciertas, publicamos una fotografía de la época, donde están reunidos Mario Vargas Llosa y los periodistas que pinta en su novela.

El Carlitos de la novela escribía poesía. Ese puede ser un vínculo usual del personaje conmigo. Yo había publicado, por 1951, «La ciudad de Prometeo», «Esquemas a los funerales de una rosa», «Poema metafísico del odio», «Poema del fin» y otros bajo el seudónimo de Yen Carol.

Estos poemarios fueron lo que me unió en amistad con Vargas Llosa.

Ambos artículos fueron enviados al escritor y lo impresionaron tanto que decidió escribirle a Barrionuevo, en reacción que nos parece, nunca se repetiría con otras novelas. El recuerdo grato que tenía de «Carlitos» lo hizo redactar la siguiente carta personal que Carlos Ney no dudó en pasarla a *Estampa*¹⁶ para publicarla como primicia del diario:

Vargas Llosa y sus «Personajes»

Habla el autor de «Conversación en La Catedral»

Nota:

Estampa publicó hace poco un artículo de Carlos Ney Barrionuevo, en el cual, evocando los días en que Mario Vargas Llosa trabajó en «La Crónica» como redactor, establecía las diferencias reales que el novelista toma para crear situaciones y personajes en su última novela «Conversación en La Catedral». La manera cómo Ney Barrionuevo dilucidó los materiales humanos y sociales que Vargas Llosa transfiere a su novela eran un aporte importante para comprender los mecanismos de la creación novelística, las misteriosas relaciones entre la realidad y la ficción, elaborada con sentido crítico e invención poética.

El artículo no sólo ha tenido eco entre los lectores, con lo cual «Estampa» cumple su cometido cultural, sino en el propio novelista. Vargas Llosa ha dirigido a Ney Barrionuevo una carta en la que comenta los aspectos esclarecedores de su nota, y que publicamos aquí para dar a nuestros lectores una idea integral (el punto de vista de un testigo de la realidad novelada y la del novelista) sobre la elaboración de una de las novelas más importantes de la literatura latinoamericana, «Conversación en La Catedral». El tono coloquial de la carta revela, además, un aspecto muy humano y poco conocido de nuestro primer novelista.

¹⁶ *Estampa*, suplemento dominical de *Expreso*, Lima, 5 de julio de 1970.

Puntos de partida

University of London King's College

Strant W. C. 2

8 de Junio de 1970

Carlos Ney Barrionuevo

Diario «Expreso»

Jirón Ica 646 - (Casilla 4826)

Lima, Perú

Querido Carlos:

Me ha conmovido mucho leer tu nota en «Estampa Cultural» que acaba de llegarme, y que me ha devuelto de un golpe a ese memorable verano del 52, cuando fuimos compinches y colegas en «La Crónica». Me alegra enormemente, además, comprobar por el tono de tu artículo, que, a diferencia del que escribió la nota en «Gente» (¿fue realmente Milton?)¹⁷ tú no caíste en el error de leer la novela como un reportaje, una biografía o una memoria personal, pues obviamente no es ni pretendió jamás ser semejante cosa. Los personajes «reales», como en toda novela, son sólo puntos de partida, que han sido desfigurados, combinados unos con otros, manipulados al revés y al derecho, de acuerdo a las necesidades de la propia ficción, utilizados como una materia prima que tiene muy poco que ver, finalmente, con el producto elaborado.

■ Nuestras charlas, nuestras correrías

Me apena que Milton viera un tratamiento «impiadoso» en Becerrita, quien, estoy convencido, es uno de los personajes más humanos e incluso tiernos de la novela. Pero, en fin, es cierto que la impresión de un lector no tiene que coincidir con la del autor. Y, en cuanto a «Carlitos», ¿no es acaso, por donde se le mire, el tipo más noble que aparece en el libro? Claro que al escribir sobre él me acordé mucho de nuestras charlas, nuestras correrías y nuestra amistad de aquellos años, pero identificar totalmente al personaje contigo es un disparate tan absurdo como

¹⁷ Milton Von Hesse, redactor entonces en *La Crónica*. [Nota textual de la redacción de *Estampa*.]

haberme identificado a mí con «Zavalita» (a mi padre, si leyó el artículo de «Gente», el asunto debe haberle caído como un directo al estómago).

Pero, en fin, olvidémonos de la entomología literaria y volvamos a tu artículo, que además de conmoverme, me produjo una vertiginosa nostalgia (supongo que comienzo a volverme viejo).

■ Los héroes fatigados

El año pasado, cuando estaba en Puerto Rico, tuve noticias de Morwin,¹⁸ y hasta nos escribimos unas líneas: es ahora, parece, un austero funcionario en el Ministerio de Finanzas. De él recuerdo muy bien que se sabía de memoria los primeros párrafos del Quijote; pero sus verdaderas proezas eran otras.

En cuanto a Milton, ¿cómo olvidar esa noche épica en que Becerrita lo perseguía por la redacción, pistola en mano?

También recuerdo tu entusiasmo por Martín Adán, mi viejo. Donde te equivocaste fue en mi expulsión del Leoncio Prado: no hubo tal cosa, eso lo inventó el Director del Colegio cuando apareció «La ciudad y los perros», supongo que en represalia contra el libro. La verdad es que al terminar el cuarto de media me retiré voluntariamente, por el espanto que me producía el internado.

■ Regresa al Perú

En fin, alguna vez tenemos que sentarnos en algún sitio tranquilo y conversar largo y tendido de esos tiempos prehistóricos y de esas cosas que se llevó el viento.

Es bastante estúpido, ¿no?, que después de haber sido tan excelentes compañeros durante esos meses, dejáramos de escribirnos y de vernos. Yo regresaré al Perú, esta vez para quedarme allá por un buen tiempo, a fin de año. En estos días me voy a Barcelona, donde viviré hasta entonces. Me darías un gustazo grande si me pones cuatro líneas alguna vez. No tengo todavía dirección personal, pero puedes escribirme a esta dirección:

¹⁸ Morwin Sánchez, redactor entonces de «Ultima Hora», inspiración para uno de los personajes más importantes de «La Conversación en la Catedral». [Nota textual de la redacción de *Estampa*. «Morwin», como se ha visto, era realmente Norwin.]

Agencia Literaria Carmen Balcells - Urgel 241 - Barcelona 11 - España.

Recibe un fuerte abrazo,

Mario

* *

El periodista César Lévano entrevistó a Alejandro Esparza Zañartu en su casa, en agosto de 1970, cuando la novela circulaba ampliamente y se afianzaba la fama de su autor. Parece ser que nadie dudaba ya de que «Cayo Bermúdez», quizá el personaje más siniestro de la novela, estaba inspirado en el antiguo director de Seguridad Interior del dictador Manuel A. Odría.

Habían pasado quince años desde su actuación política y estaba dedicado al sembrío de frutas en una pequeña finca en Chaclacayo, a unos treinta kilómetros al este de Lima, y en un fundo en Cañete, al sur.

Para ambos era una reunión difícil. Lévano había estado en la cárcel por persecución de los esbirros de Esparza bajo acusación de subversión y fue liberado solo en diciembre de 1955 gracias a la amnistía que logró arrancar la opinión pública al dictador.

El diálogo fue áspero y breve. Lévano, que se había identificado por su nombre y como periodista de la revista *Caretas* lo increpó duramente a lo largo de la charla de la que citamos algunos párrafos:

Esparza: (aún más nervioso, mira en torno como si quisiera escapar) ¿Yo?

C. L.: Sí, señor Esparza, usted mismo. Usted gritaba a las madres: «Su preso se va a podrir en esta cárcel». Usted gozaba con el sufrimiento de los seres más débiles.

Esparza: Se exagera mucho. Si usted me hubiese hablado, yo hubiese intervenido...

Al final, Lévano le preguntó:

C. L.: ¿Qué opina de lo que Mario Vargas Llosa ha escrito sobre usted en su novela «Conversación en La Catedral»?

Esparza: No he comprado todavía el libro. El ha debido conversar conmigo antes de escribir, para cerciorarse. Yo le habría dado datos. Algunos amigos me han dicho que habla muy mal de mí. ¿Porqué no viene dentro de tres meses? Yo le puedo enseñar mis memorias. Ahí digo muchas cosas interesantes...¹⁹

En los años siguientes a la difusión y éxito de la novela (se afirma que en pocos meses se vendieron cinco mil ejemplares en Lima, algo histórico para las letras peruanas) el escritor fue entrevistado muchas veces sobre el nacimiento o inspiración de sus obras. Sin embargo, *Conversación en...* fue un tema que estuvo poco tiempo en la agenda de los críticos porque llegaron otros éxitos que lo opacaron, por lo menos en el gran mercado internacional.

Vargas Llosa se convirtió en un autor asediado y difícil de entrevistar, salvo cuando lanzaba otro título y la casa editora lo comprometía a abrir su gabinete de trabajo al periodismo.

Ricardo Setti, un prestigioso periodista brasileño, logró tener con él una larga charla hacia 1985, que publicó en portugués en 1986 y en castellano en 1989.²⁰ Fue una rara ocasión en que Vargas Llosa habló de sus viejos tiempos de periodista juvenil y su iniciación sexual. El redactor le pregunta:

—¿Y cómo fue la primera vez con una no prostituta?

—En el verano de 1952, yo estaba entre cuarto y quinto año de educación media y fui a trabajar en las vacaciones en un periódico de Lima, «La Crónica». Yo estaba para cumplir 16 años e hice una vida bohemia, que era la vida de los periodistas de entonces:

¹⁹ LÉVANO, César. «¡Es Esparza Zañartu!». *Caretas* 420, Lima, 14 de agosto de 1970.

²⁰ SETTI, Ricardo. *Diálogo con Vargas Llosa*. Buenos Aires: InterMundo, 1989.

se trabajaba de noche, se iba mucho a prostíbulos o a bares. Y también conocía a mucha gente del medio artístico, bohemio, donde había chicas que tenían una moral bastante más laxa, más abierta. Y recuerdo haberme enamorado mucho de una chica que se llamaba Magda, que era por supuesto mayor que yo, y que es la primera persona con la que me acosté sin pagar (risas). Fue una experiencia muy conmovedora, y además fue la primera vez que me acosté con una persona que era para mí una «persona», no un objeto. Una persona a la que yo conocía, con la que yo hablaba y de la que además yo estaba enamorado.

—¿Fue en esa época de «La Crónica» que usted experimentó con drogas?

—En esa época, usted sabe, la cocaína era algo muy distinto. Circulaba en las boites, en los cabarets, era algo que utilizaban los borrachos para quitarse la borrachera, sobre la que no existía mucha conciencia [...] el medio periodístico era un medio muy bohemio, donde se bebía mucho y en el que circulaba mucho lo que llamábamos la «pichicata», que era la cocaína. Entonces, alguna vez, de una manera totalmente inconsciente, sin saber lo que era, recuerdo haber probado la cocaína, qué, bueno, provocaba un estado de lucidez artificial, de gran excitación. Efectivamente, sí le quitaba a uno todos los efectos del alcohol, y le permitía seguir bebiendo el resto de la noche. Pero yo no llegué a hacerlo de manera sistemática.²¹

²¹ *Ibidem*, pp. 118-119.

Capítulo Tres

Los reales protagonistas

■ Conversación con Carlos Ney Barrionuevo

Pasaron veinticinco años desde la última vez que Vargas Llosa y Carlos Ney Barrionuevo se sentaron en una cantina a ultimar una cerveza. No se vieron más. Y cuando publicó *Conversación en La Catedral* sus personajes —realmente de novela— se parecían mucho a los viejos amigos de *La Crónica* y en particular a Carlos Ney.

Todos se preguntaban: «Carlos Ney Barrionuevo ¿es el "Carlitos" que Mario Vargas Llosa retrató en su famosa novela *Conversación en La Catedral* a fines de los años sesenta?». «Carlitos» es uno de los compañeros del protagonista, «Santiago Zavala», que se decide por el periodismo y se une en el diario *La Crónica* a un grupo de jóvenes bohemios, alegres, borrachines y prostibularios.

Carlitos movió el dorso de la mano, levantó apenas el pulgar y aspiró; ahí su cabeza echada atrás, media cara iluminada por el reflector, media cara sumida en algo secreto y profundo.

—La China está acostándose con un músico del "Embassy" —ahí sus vidriosos ojos errantes—. También tengo derecho a tener mi problema, Zavalita.

—Está bien, ya estoy viendo que nos amaneceremos aquí —dijo Santiago—. Que tendré que acostarte.

—Eres bueno y fracasado como yo, tienes lo que hay que tener —silabeó Carlitos—. Pero te falta algo. ¿No dices que quieres vivir? Enamórate de una puta y vas a ver.¹

Carlos Ney ríe cuando se le hace recordar la novela.

—Ese muchacho es un exagerado... pero retrató el ambiente del periódico y sobre todo al jefe de policiales, a Becerrita, que era terrible... —comenta con voz juvenil, casi aflautada, atropellando un poco las palabras en frases cortas.

Nos hemos instalado en un café de la plaza San Martín que no existía en los tiempos que relata el escritor. Un poco entre el café San Martín y su vitalicia plancha de turrón de doña Pepa y el Círculo Militar. Los otros locales, el bar Zela, el Negro-Negro, Foto Goyzueta, cerraron hace muchos años y ahora son pequeños restaurantes para turistas.

No fue fácil encontrar a Carlos Ney porque ya está jubilado y pasa el tiempo en la casa de su hija, lejos, en el distrito de Los Olivos. Pero se entusiasmó cuando lo llamé por teléfono para proponerle visitarlo y conversar sobre el periodismo de los años cincuenta. —No, yo prefiero encontrarme contigo. Cuando le sugerí el Haití de Miraflores me propuso: —¿Y por qué no la plaza San Martín? Y de paso te enseño los sitios donde parábamos con Milton y Vargas Llosa. Mañana, a las doce.

Y aquí estamos, en pleno centro de Lima, contándonos de nuestras vidas. Yo encontré a Carlos Ney en *La Crónica*, a principios de 1954, cuando recién merodeaba la redacción tratando de lograr una vacante. Me hice muy rápido buen amigo de Milton, que trabajaba en la sección locales; en cambio Carlos Ney era de policiales, casi otro mundo. Pocas veces compartimos reuniones fuera del diario, pero siempre me llamó la atención su amabilidad y generosidad con los jóvenes recién llegados, además de la

¹ *Conversación en...*, vol. II, p. 50

franqueza lindante con la ingenuidad —virtudes que no lo han abandonado—. En esa época iniciamos nuestras carreras en *La Crónica* Juan Marcone, Héctor Arellano, Luis Lissón y Luis Fonseca, entre otros que nos hicimos profesionales. Pese a su juventud, Milton y Carlos Ney eran ya veteranos.

Todavía alcancé a conocer algunos de los «viejos», como el elegante y cortés Aguirre Morales (¿el «Arispe» de la novela?); Alfonso Delboy; Antenor Escudero Villar; el director Vallejo, que era casi invisible; Corzo, el jefe de redacción, que no hacía ya nada; Antonio Olivas, que me enseñó los rudimentos del diagramado y me llevó al taller; y Víctor Dorner, un protegido de los dueños. No me di cuenta entonces pero los Prado estaban haciendo un esfuerzo por renovarlo todo, desde el local hasta los periodistas, y fue el sobrino de la esposa de Manuel Cisneros el encargado de barrer a la vieja generación.

—¿Mi papá? ¿Qué hacía? Un poco de todo, tramitador, comerciante... Nada con el periodismo. En cambio mi abuelo materno, ese era periodista, don Eulogio Córdova Marchena, de Olmos. Su padre lo envió a Lima para que estudiara en la universidad y se metió al periodismo. Trabajó en *La Ilustración* y firmaba como «Yo De Córdova». Una vez fui al cementerio a buscar su lápida y allí decía: «Sus amigos a Yo De Córdova».

Carlos Ney acompaña su historia con gestos y sonrisas. Cuando no se acuerda de algún dato parece distraerse fijando la mirada lejos, hacia la estatua de San Martín que nos vigila enfrente, en medio del tráfico ruidoso y maloliente de la gran Plaza.

—Ya me acordé, sacó un periódico manuscrito que se llamaba *La Voz de Olmos*. A mano, imagínate. Antes había sacado otro, también manuscrito, *La Voz de Samanco*... Todos esos periódicos, sus archivos, estaban en la casa; pero un día mis tías dijeron «¿para qué sirve todo esto?» ¡y los botaron a la basura!

»Cuando salí del colegio conseguí un empleo en la Cámara Frigorífica del Callao y por eso en mi barrio me decían «el senador».

Un día un amigo del barrio me propuso irnos a Buenos Aires a buscar trabajo. La idea era llegar a Arequipa y de ahí en tren hasta Bolivia, y después a la Argentina.

»Pero nos quedamos en Mollendo, conseguimos unos cachuelos en Matarani —yo de «apuntador» de carga en el muelle—, nos peleamos por el amor de una mollendina y por último a mi amigo lo levaron por indocumentado. Lo vi cuando se lo llevaban a la Marina de Guerra, en un grupo, todos cantando el Himno Nacional.

»Mollendo me gustaba mucho y hasta le dediqué un poema, escucha (Carlos Ney engola la voz y recita, solemne) «Puerto sureño/ de energía brava/ en tus muelles detengo/ mi emoción marinera/ Puerto de lomas dromedarias...» y ya no me acuerdo más...

»Regresé a Lima en el *Perené*, un barco de carga de la Corporación Peruana de Vapores, viaje que me sirvió de inspiración para un artículo que publiqué en *La Crónica* en 1952 y que se llamó «Torero por tres días», donde conté la aventura».

Era un 26 de julio, me decidí a hacerme cuidador de bestias cuernudas. Un gran lote de ganado sería embarcado al día siguiente. Aquella tarde me puse al habla con el contratista de ganado quien después de examinarme de pies a cabeza, me aceptó en su cuadrilla.

Desde temprano aquel día transportamos el ganado a Matarani, el puerto que según se dice quitará prestancia a Mollendo. Nunca he maldecido mi suerte como entonces. Las benditas bestias, caóticas y fieras, me sacaban canas verdes. Yo armado con un foete les raspaba los lomos a mis queridos enemigos que se peleaban a cada instante y se escapaban por las lomas.

Los quince kilómetros que separan Mollendo de Matarani fueron una pesadilla. Casi me agarra un trailer al espantar un toro que había cruzado la carretera.

Carlos llegó finalmente al Callao y comenzó de nuevo a buscar empleo; o mejor dicho su padre, porque ya lo había hecho

desde que Carlos tenía vacaciones en el colegio Guadalupe. En uno de esos veranos logró una plaza en los Laboratorios ABF, en el que estaba encargado del Frutolax.

—Era muy sencillo, bolsas de bicarbonato, ácido tartárico y algo más, todo bien mezclado y unas chicas lo embolsaban.

Cuando ya estaba en Lima, un amigo de barrio le avisó de una vacante en la agencia de publicidad Mc Cann Erickson, que manejaban un grupo de ejecutivos norteamericanos y un cubano, míster Muñoz. «Ahí, en ese edificio del jirón Apurímac conocí a los hermanos Peláez Rioja, por ejemplo, y a otros publicistas. Tenían grandes cuentas, como la Coca Cola, la International Petroleum, Kolynos... Pero sobre todo me hice amigo del gran dibujante Paco Cisneros, que recién había llegado de Buenos Aires. Allá se había hecho famoso y hasta lo habían contratado para ilustrar el *Martín Fierro*, imagínate, a un peruano.

»El trabajo era pesado porque mi cargo era de «copy boy» y hacía de todo. Ahí estuve hasta que me pasaron otro dato, un empleo estable en la Compañía Telefónica, donde ingresé a las oficinas del jirón Washington en el último escalón. Pero así era, había que escalar posiciones, nadie podía saltarse el escalafón. Terminé de soldador en la nueva central de la plaza San Martín y en otra del Callao. Creo que tenía un futuro asegurado como trabajador telefónico, pero...».

Paco Cisneros, con quien había compartido charlas y cervezas y lecturas mutuas de poemas, lo invitó a que los publicara en el suplemento dominical de *La Crónica* de la mañana. Y así fue como aparecieron versos de un «Yen Carol» en el viejo diario de la calle Pando.

—Fue Paco, con su amigo Alfonso *Pochó* Delboy, el que me animó a dedicarme al periodismo. Y no lo pensé más. Renuncié a la Telefónica al día siguiente en la mañana.

El primero de julio de 1951, Carlos ingresó a trabajar a *La Crónica*, en esa vieja casona de grandes balcones oscuros y pasadizos

tenebrosos. En el segundo piso conoció a Gastón Aguirre Morales, el jefe real, y le presentaron al otro nuevo, a Milton.

—A ver, amigo Carlos —le dijo Antonio Olivas, el jefe de información local—. Consiga algo sobre los comedores populares, que han llegado algunas quejas...

Era su primera comisión, y Barrionuevo se esmeró en conseguir datos; fue a un comedor popular, habló con el administrador, le mostraron un menú —saludable a todas luces—, le invitaron algo y regresó a la redacción a construir su primera nota. Cuando la terminó le pidió a un veterano, Román *Chalaco* Hernández, que la leyera.

—Oye, esto es una mierda. ¿Tú eres pariente del administrador? No pues, hijito, tienes que buscar noticia, algo diferente... Por ejemplo haz la cola, paga por tu menú y pruébalo, a ver si puedes tragártelo; habla con los otros comensales... Esto es basura. —Y arrugando la hoja que Carlos había escrito con tanto esmero, hizo una bola y la lanzó a la papelera más cercana—. Escribe otra —agregó. Fue su primera gran lección de periodismo, igual a la que dieron «Zavalita».

—Todos los datos importantes resumidos en las tres primeras líneas, en el lead —dijo amorosamente el señor Vallejo—. O sea: dos muertos y cinco millones de pérdidas es el saldo provisional del incendio que destruyó anoche gran parte de la casa Wiese, uno de los principales edificios del centro de Lima: los bomberos dominaron el fuego luego de ocho horas de arriesgada labor. ¿Ve usted?...

—Trata de escribir poemas después de meterte en la cabeza esas formulitas —dijo Carlitos—. Hay que ser loco para entrar en un diario si uno tiene algún cariño por la literatura, Zavalita.²

Una noche de sábado, ya bastante tarde, cuando los muchachos redactaban a toda prisa las últimas notas, ya para el cierre

² *Ibidem*, vol. II, p. 229.

de la edición, Carlos sintió que una garra lo atrapaba por el fondillo, lo levantaba del asiento y lo zamaqueaba sin compasión. Era el temido Becerra, el jefe de la sección policial, más conocido como *Becerrita*, y era evidente que su entusiasmo era alentado por una seguramente generosa ración de «capitanes», su trago favorito.

—¡Vamos carajo, a desahuearse! ¡Tú también, Milton! ¡Vamos, no queremos maricones aquí, el periodismo es de machos!

Casi a empujones los llevó a la calle, llamó un taxi y ordenó: —¡A la sétima cuadra!

El chofer no necesitó más detalles. No solo porque don Becerrita era conocido para los taxistas lechuceros del centro de Lima, sino porque en la sétima cuadra del jirón Huatica estaba El Portón Verde, el burdel de Luz Gómez («las mejores tetas de Sudamérica», asegura Carlitos) y uno de los lugares favoritos de los periodistas limeños. Allí recalaban redactores de todos los diarios, incluso alguno de *El Comercio*, y se charlaba de todo y entre trago y trago alguno se zambullía con su favorita en los cuartitos interiores.

Para Carlos y Milton fue como un deslumbramiento la introducción a ese mundo.

—Estos jóvenes no pagan. Vienen conmigo —vociferó Becerra al entrar en el burdel y pedir cervezas. Las anfitrionas se acercaron, le dieron besitos y lo dejaron con la dueña, la «mami».

—Creo que Becerra trabajaba con la policía —susurra Carlos—. Era amigo de los jefes y las putas lo engreían para que no les publicara nada. Si alguna dueña se portaba mal con él, ¡zas!, una campaña y hasta podían cerrar el negocio... Y nosotros aprendimos rápido. El *Chalaco* Hernández nos dio una primera clase ese día cuando estábamos recostados en el mostrador mirando cómo bailaban las fulanas: «Miren, aquí hay tres clases de clientes, el punto, que paga todo; el camote, el favorito de alguna

chiquilla; y el marido, que la quiere sacar del burdel... A ustedes no les conviene ninguna, no se enamoren de las putas...».

Barrionuevo y Milton eran casi veteranos al terminar el año; tanto, que los jefes eligieron a Carlos para un viaje de perfeccionamiento en periodismo a España, un par de meses y luego quizá a otros países. El viaje estaba listo pero, qué mala suerte, todo comenzó con una fiebre que fue subiendo hasta que el 28 de diciembre lo llevaron a la Maison de Santé. El diagnóstico fue rápido, apendicitis, urgente al quirófano. Luego, dos semanas de descanso médico. Para el viaje a Europa designaron al redactor de locales Víctor Dorner, recomendado de los Prado.

—Cuando regresé había uno nuevo, un flaquito con dientes de conejo, sentadito en el escritorio que estaba al lado del mío. Milton me lo presentó. «Mucho gusto, Vargas Llosa», me dijo. «Vamos a tomar lonche», dijo Milton, y ahí nomás comenzó nuestra amistad, cuando cruzamos la calle para ir al Imperial, el restaurante bar del chino donde, además, comíamos todas las noches con los vales que nos firmaba Aguirre Morales.

—Déjame pedir a mí —dijo Carlitos; y al mozo—: Dos cervezas alemanas, ésas de lata.

Se había recostado contra la pared tapizada de carátulas de *The New Yorker*. El reflector iluminaba su cabeza crespa, sus ojos desorbitados, su cara oscurecida por una barba de dos días, su nariz rojiza, de borrachín piensa, de griposo.

—¿Cuesta cara esa cerveza? —dijo Santiago—. Ando un poco ajustado de plata.

—Yo te invito, acabo de sacarles un vale a esos cabrones —dijo Carlitos—. Por venir aquí conmigo, esta noche murió tu fama de niño formal, Zavalita.

[...]

—Ya sabía que también eres escritor —dijo Santiago—. Que has publicado poemas.

—Iba a ser escritor, iba a publicar poemas —dijo Carlitos—. Entré a *La Crónica* y cambié de vocación.

—¿Prefieres el periodismo a la literatura? —dijo Santiago.

—Prefiero el trago —se rió Carlitos—. El periodismo no es una vocación sino una frustración, ya te darás cuenta.³

—Si su papá no lo saca... se queda para siempre en el periódico —cuenta Carlos, elevando la voz para hacerse escuchar por sobre el ruido del comedor del hotel Bolívar. Le propuse almorzar allí, en el viejo y otrora aristocrático hotel que era el mejor de aquellos años cincuenta, donde los periodistas solo iban cuando los invitaban o para entrevistar a alguna estrella de cine de las que pasaban por Lima para ir al Festival de Punta del Este. Pero hoy es «otro» hotel Bolívar. El antiguo quebró hace años y ahora lo administran sus trabajadores, que han habilitado los locales comerciales del primer piso y dos pisos más para pasajeros.

Donde estaba el bar, con sus famosos pisco *souer*, se ha instalado el Kentucky Fried Chicken; el local de la compañía de aviación Panagra (para viajar en el Interamericano había que ponerse corbata) es ahora el comedor, donde unos apurados mozos poco menos que te arrojan delante un modesto menú de diez soles y te urgen a terminar; y el legendario Grill Bolívar fue cerrado, luego convertido en bingo y ahora luce simplemente clausurado.

En la puerta con bronces del hotel, un señor disfrazado de portero del Plaza, con un abrigo mal cortado de solapas rojas y doradas, nos mira de arriba a abajo y nos larga al pequeño comedor. —Pero yo quiero almorzar arriba —alego—. No señor, hay un almuerzo empresarial... puede ir aquí al lado al pollo frito o al menú...

—No, no— rehúsa Carlos Ney—. El colesterol me subió a cuatrocientos, todo me subió, casi me muero hace un par de años, hice tal dieta hipocalórica que bajé como veinte kilos.

³ *Ibidem*, vol. II, p. 254.

—Caracho, qué difícil encontrar un buen lugar para almorzar que no sea de menú para oficinistas. La calle Capón está muy lejos... ¿no eres socio del Club Nacional?

—Te lo dije —rezonga Carlos Ney—. El centro de Lima ya no es lo de antes, ya no existe, por ejemplo, el Montecarlo en el jirón de La Unión; ya no se puede tomar cordial en la Fuente de Soda Castillo; tumbaron el cine Biarritz, el Excélsior es cine porno; ya no hay conchitas en el Maury, no hay raviolos del Raimondi... Y ten cuidado con la cartera, que ahorita nos asaltan... Mejor regresemos al Dominó, donde estábamos... Y te sigo contando.

Sorteamos un mitin del Partido Israelita Universal que daba la vuelta a la plaza y volvimos al café.

—Vargas Llosa se acomodó rápido al grupo y le fuimos presentando a nuestros amigos, al jefe de policiales, Becerra; a su ayudante Juan *Gato* Marcoz, unos cuantos porque ahí eran cachueleros, es decir, trabajaban en otro sitio y venían al periódico en la tarde. La redacción recién se animaba a eso de las seis. Pocos éramos los que trabajábamos a tiempo completo, desde la mañana. Claro, también llegaban los de *La Crónica de la Tarde* que manejaba Pedro *Guayaba* Morales... Ahí ya estaba *Pocho* Rospigliosi.

—Vargas Llosa ha comentado en sus memorias que compararía la bohemia con ustedes, con Milton.

—Sí, sí, íbamos a todas partes, sobre todo cuando pasó a policiales.

—Y dice que tú fuiste su mentor literario de esa época.

Carlos Ney no disimula su orgullo por la mención y hace una lista de lo que leían:

—Faulkner, yo le recomendé a Faulkner, Sartre, Malraux. A Martín Adán lo conocí porque fue a buscarme al periódico un lunes en la mañana. Olivas me había publicado un poema titulado «Esquema a los funerales de una rosa» y le había gustado. Preguntó por el autor, me llamaron y me invitó a tomar un trago. Mi poema, de 1951, dice así:

Los reales protagonistas

»Metamorfosis del tiempo y de la rosa,
río en boca de la risa, río sin espumas;
metamorfosis de la sombra en las paredes.
Hora de rosa, hora de existencias derruidas.
Rosa, —vas, sin verdad de encendedores.
Camino, pensamiento, fuego, Rosa muerta
Ya en ti la abeja no detiene su péndulo,
Solamente eres recuerdo de un viejo escarabajo...

»Me llevó a tomar pisco y cuando le dije que a veces sus versos eran difíciles se rió mucho y me contestó que su secreto era que pensaba como Catita Recavarren y escribía como Mallarmé... Apoyándonos en las paredes de lo borrachos que estábamos llegamos a su casa no sé dónde... Después me regaló su libro *Travesía de extramares* con una dedicatoria muy bonita, que he perdido por ahí».

Carlos calla, hace memoria:

—Creo que la mejor etapa de Vargas Llosa en *La Crónica* fue cuando hizo apostillas policiales, porque ahí era libre de escribir lo que quisiera.

—La Musa no queda muy bien, hay que bautizarla de nuevo —dijo Becerrita—. ¡Tras las Huellas de la Mariposa Nocturna!

Redactabas extensas crónicas, sueltos, recuadros, leyendas para las fotografías con una creciente excitación, Zavalita. Becerrita releía las carillas con ojos agrios, tachando, añadiendo frases de temblorosa letra roja, y ponía las cabezas: Nuevas revelaciones sobre la vida disipada de la Mariposa Nocturna asesinada en Jesús María. ¿Era la musa una mujer con un terrible pasado?, reporteros de *La Crónica* despejan nueva incógnita del crimen que conmueve a Lima, desde los comienzos artísticos hasta el sangriento fin de la otrora reina de la farándula, La Mariposa Nocturna chaveteada había caído en la más baja inmoralidad declarada dueña del cabaret donde la musa interpretó sus últimas canciones. ¿Había perdido la voz la Mariposa Nocturna por el uso de estupefacientes?

—Hemos dejado botados a los de *Última Hora* —dijo Arispe—. Sigue metiendo candela, Becerrita.

—Más bazofia para los perros, Zavalita —decía Carlitos—. Son las órdenes del mandamás.

—Se está portando bien, Zavalita —decía Becerrita—. Dentro de veinte años será un redactor policial pasable.⁴

—Un día llegó el papá de Vargas Llosa y habló con Olivas, el jefe de locales. «Oiga, yo también soy periodista, pero ¿qué clase de periodismo es este que trabajan hasta las cinco, seis de la mañana?». Y Olivas le dijo que no, que su hijo terminaba de trabajar a las nueve de la noche y que él ya no respondía de lo que hacía después de esa hora. Discutieron fuerte y el flaquito ya no regresó a trabajar. Creo que le dimos una despedida... No lo volví a ver hasta que vino a Lima a presentar su novela y unos periodistas nos juntaron, con el *Pollo* Dávila, que en su libro le puso «Periquito», el fotógrafo.

—¿Te gustó la novela?

—Sí, la leí al toque y mis amigos me decían «Carlitos Carlitos» cuando antes me decían «Carlos Ney», como soy. Y me preguntaban si era verdad que había visto cucarachas en mis borracheras... pero era una novela, no había que molestarse. En cambio a Milton von Hesse no le gustó y escribió un artículo en la revista *Gente* diciendo que Vargas Llosa había escrito impiedades... No estuvo de acuerdo con el trato a Becerra, el «Becerrita». Entonces yo escribí otro en *Estampa*, el suplemento de *Expreso*, explicando un poco las cosas, y fijate que Vargas Llosa me escribió y hasta me agradeció. Pero Milton estaba resentido, no quiso reunirse con nosotros.

—¿Viste morir a Becerra?

⁴ *Ibidem*, vol. II, p. 23.

—Le habían hecho un homenaje y, claro, los brindis había durado bastante. No, no lo vi, pero me contaron que le dio un infarto en la redacción y murió igualito que el padre de Juan Marcoz, que también era jefe de policiales. Eso fue, me acuerdo muy bien, el 29 de mayo de 1952, cuando ya Vargas Llosa no estaba, pero me imagino que leía *La Crónica*.

Cuando Carlitos y Santiago volvían a la redacción después de comer en la cantina de *La Crónica*, vieron a Becerrita desplomarse sobre su escritorio articulando un desesperado carajo. Ahí estaba su cuadrado cuerpecillo carnoso desmoronándose, ahí los redactores corriendo. Lo levantaron: tenía la cara arrugada en una mueca de infinito disgusto y la piel amoratada. Le echaron alcohol, le aflojaban la corbata, le echaban aire. Él yacía congestionado e inánime y exhalaba un ronquido intermitente. Arispe y dos redactores de la página policial lo llevaron en una camioneta al hospital; un par de horas después llamaron para avisar que había muerto de un ataque cerebral. Arispe escribió su nota necrológica, que apareció en un recuadro de luto: «Con las botas puestas», piensa. Los redactores policiales habían hecho semblanzas y apologías: su espíritu inquieto, su contribución al desarrollo del diarismo nacional, pionero de *La Crónica* y el reportaje policial, un cuarto de siglo en las trincheras del periodismo.⁵

—¿Era realmente temible cuando se emborrachaba, como cuenta Vargas Llosa?

—Sacaba la pistola por cualquier cosa y Milton era su punto. Es verdad que lo persiguió, aunque no llegó a disparar. Una noche nos puso a todos en fila, amenazándonos, hasta que llegó un viejito del taller que era su amigo y le quitó la cacerina, resondrándolo; sin embargo, Becerra levantó la pistola y disparó, porque había quedado una bala. Realmente nos asustamos. En el burdel también metía bala y una noche hizo agujeros en la

⁵ *Ibidem*, vol. II, p. 228.

puerta porque no le abrían rápido. Le hicieron pagar la puerta... no se la perdonaron.

—Decían que era policía...

—No, creo que no, aunque es cierto que se decía que estaba asimilado. En esa época el que menos tenía su placa, era corriente. Pero Becerra, francamente, no sé, era muy amigo de los jefes. Lo reemplazó el jefe de policiales de la tarde, don Roberto el Capitán Nieves, buena gente, amable y sencillo, la otra cara de la moneda de Becerra. Creo que ahí terminó la época de los periodistas policías.

—Al año siguiente se mudaron.

—Sí, los dueños de *La Crónica*, los Prado, hicieron construir un edificio moderno en la avenida Tacna, y nos mudamos en abril de 1953. Y los cambios no solamente fueron de local, sino también de fondo, de personal, de estilo. Los Prado querían renovar el periódico para el segundo período presidencial de Manuel Prado, que había sido Presidente de 1939 a 1945. Cambiaron el Directorio, llegaron nuevos ejecutivos; en fin, pasamos a un diario nuevo en todos los sentidos; hasta cambiamos de barrio, de cantina, ya no era lo mismo. El nuevo jefe de redacción, *Guayaba* Morales, trajo a nuevos redactores de Trujillo y en poco tiempo la mayor parte del viejo personal se fue a su casa. Aunque la verdad es que el director Santiago Vallejo y el jefe de redacción César Guillermo Corzo ya hacía años que estaban pintados en la pared, no decidían nada, los tenían ahí de favor.

—Dejaste *La Crónica*...

—Sí así se puede llamar a la despedida intempestiva. Me botaron el año 58 pero estuve poco tiempo sin empleo porque pasé a trabajar a la Dirección de Informaciones de Palacio de Gobierno, con Alberto Ferreyros, César Arriarán y otros. Hacíamos notas para los periódicos y el noticiero oficial de Radio Nacional. Era un trabajo aburrido, rutinario. La verdad es que extrañaba el oficio de reportero policial.

—¿Abandonaste la poesía?

—No, nunca. Aunque ya no escribí tan seguido por ahí fueron saliendo versos, como este, que escribí en setiembre, creo, del 92:

»La ciudad está atada a tinieblas y llovizna
Solo se observa en la penumbra de las calles
Las sombras de los autos y los buses que con
Sus faros encendidos glosan el frío de la noche.
Como las luciérnagas que viajan a tus ojos.
En plena calle y en bancas mutiladas
Nos sentamos para comer nuestra hambre
Contigo hasta la muerte, confirmo para mis adentros
Porque así, errabundos, por los barrios marginales
Me siento pleno y auténtico. Porque soy feliz
Y porque te quiero.

»Los años siguientes ya no fueron lo mismo. Trabajé en la fundación de *Expreso* en 1962, volví a *La Crónica* en 1974 con Guillermo Thorndike y, finalmente, volví a *Expreso* y *Extra*, en los que he terminado mi carrera de periodista en 1998. Se dieron cuenta de que había cumplido 71 años y ahí nomás me cancelaron, y me pasé al verdadero trabajo que es obtener una pensión de jubilación. Pero ¿te he contado que me casé?

—No, no, estaba por preguntarte porque la verdad es que yo siempre veía que estabas en la redacción hasta tarde y pensaba que no tenías familia propia. Me acuerdo que una vez fuimos a tu casa, en Miraflores, y tenías una entrada rarísima porque vivías en un segundo piso y la puerta se abría para afuera así que subiste, abriste con la llave y luego bajaste tres escalones para después entrar... me pareció divertido.

—Una casa antigua, en el jirón Piura. Sí, me casé en 1956, tuve tres hijas que ahora están casadas y yo vivo con la mayor. Fui muy feliz con mi esposa, murió hace unos años, del corazón.

Qué paciencia me tenía, cuando la familia hablaba mal de mí, ella decía: «Así es él», y punto.

Mario Vargas Llosa recordó a Carlos Ney con afecto en sus memorias:

Hablar de libros, de autores, de poesía, con Carlitos Ney, en los cuchitriles inmundos del centro de Lima, o en los bulliciosos y promiscuos burdeles, era exaltante. Porque Carlos era sensible e inteligente y tenía un amor desmesurado a la literatura, la que, por cierto, debía representar para él algo más profundo y central que ese periodismo al que le consagraría toda su vida.

Siempre creí que en algún momento Carlitos Ney publicaría un libro de poemas que revelaría al mundo ese talento enorme que parecía ocultar y del que, en lo más avanzado de la noche, cuando el alcohol y el desvelo habían evaporado en él toda timidez y sentido autocrítico, nos dejaba entrever unas briznas.

Que no lo haya hecho, y su vida haya transcurrido, más bien, sospecho, entre las frustrantes oficinas de redacción de los periódicos limeños y las noches de «inquerida bohemia», no es algo que me sorprenda, ahora. Pues la verdad es que, como a Carlitos Ney, he visto a otros amigos de juventud que parecían ser llamados a ser los príncipes de nuestra república de las letras, irse inhibiendo y marchitando por esa falta de convicción, ese pesimismo prematuro y esencial que es la enfermedad por excelencia, en el Perú, de los mejores, una curiosa manera se diría, que tienen los que más valen de defenderse de la mediocridad, las imposturas y las frustraciones que ofrece la vida intelectual y artística en un medio tan pobre.⁶

Carlos Ney ríe de buena gana cuando termino de leer el texto en voz alta y le pregunto:

—¿Eres un poeta, un literato frustrado? ¿Te resultó autodestructivo elegir el periodismo?

—En 1993 varios amigos, Javier García Márquez, Ismael Pinto, me convencieron de publicar mis poesías más recientes y

⁶ *El pez en...*, p. 169.

fue así como salieron los poemarios *Las siete caras de la muerte* y *El fracaso de Pigmalión* en un solo volumen. Fue poco comentado porque no lo distribuí por mala suerte.

—¿ ?

—Si te fijas, *El pez en el agua* se publicó el 93, cuando yo tenía el libro en la imprenta, listo para salir. Si lo difundía, la gente iba a decir que lo había publicado por el libro de Mario. Fue Javier quien un día me llamó y me dijo que leyera, urgente, el nuevo libro de Mario, fui al centro, lo compré y lo leí en el micro... Qué mala suerte. Ahí tengo un montón de ejemplares que nunca los regalé ni puse a la venta. Eso fue lo que pasó.

Carlos Ney recuerda y relata un poco atropelladamente, en desorden, historias de casos policiales, amores y desamores, frustraciones como aquella que sufrió con Rosita, una redactora a la que amaba profundamente hasta que ella le reveló que prefería a las mujeres.

—¿Ya no haces poesía?

—Sí, por supuesto, y ahora más porque estoy enamorado. Estoy escribiendo un poema para ella. Tengo el título: «Una mujer en una catedral desconocida». ¿Que si me casaré? No, no, pero debo reconocer que es mi segundo amor. Y fíjate, la vengo a conocer a los 82 años...

■ Memoria de Norwin Sánchez Genie

«A Vargas Llosa lo he leído y en Nicaragua es muy conocido. Se habla mucho de él como un gran escritor. Lo que lamento son los párrafos nada edificantes (aunque son ciertos) que me dedica en "Conversaciones en La Catedral"; si lo vieras dáleme un fuerte abrazo y dile que me escriba, que cuentan se ha tornado orgulloso con sus triunfos, pero que conmigo eso no cuenta. Que se acuerde cuando yo le enseñé a ir donde las putas y a tomar cerveza al Bar Zela...».

La carta de la que extraemos este párrafo está fechada en Managua el 25 de marzo de 1972 y dirigida a Carlos *Coco* Meneses, periodista, dramaturgo, novelista, intelectual al fin, del antiguo grupo de fundadores del vespertino *Última Hora*, quien abandonó Lima para instalarse en Palma de Mallorca, en España.⁷ Pese a la lejanía, Meneses hizo un esfuerzo por no desligarse de sus viejos amigos. Mantuvo correspondencia —y la conserva todavía— con todos aquellos que recordaba de los tiempos en que él mismo fue reportero. En sus exploraciones infatigables logró ubicar las señas de Norwin Sánchez Genie, el reportero policial del diario, y le escribió tanto por el grato recuerdo de veladas juveniles como por las menciones que le dedicaba Vargas Llosa en su novela.

El reencuentro fue posible gracias a la intermediación del poeta nicaragüense Pablo Antonio Cuadra, que dirigía el suplemento literario dominical del diario *La Prensa* de Managua, en el que Sánchez publicó varias colaboraciones.

«Norwin» es un importante personaje en la novela y aparece cada vez que «Zavalita» se traslada al escenario del periodismo. Este «Norwin», que Vargas Llosa describe como «reportero policial de *Última Hora*», fue por supuesto rápidamente reconocido como inspirado en Norwin Sánchez Genie, el joven nicaragüense que ingresó al diario en 1951 y laboró allí hasta 1954, para luego marcharse del Perú.

Todavía se quejó más Norwin unos meses más tarde, el 7 de agosto de aquel 1972, en otra carta:

Mario no escribe para los amigos ni una letra. Ni siquiera para una de sus víctimas de CONVERSACIÓN EN LA CATEDRAL, que soy yo, pues su novela si ahorita no me engaña la memoria comienza diciendo que todavía no estoy borracho. Honra después de todo

⁷ Carlos Meneses, comunicación personal, 2004.

salir en su novela pero mal ambiente para mí en estos medios pequeño burgueses en que uno tiene que vivir ¿comprendes?

¿Tenía razón en quejarse el buen Norwin de su antiguo amigo? Efectivamente, en la primera página de la novela aparece cuando Santiago Zavala, *Zavalita*, luego de preguntarse cuándo se había jodido el Perú «[...] ve una larga cola en el paradero de los colectivos a Miraflores, cruza la plaza y ahí está Norwin, hola hermano, en una mesa del bar Zela, siéntate Zavalita, mano-seando un chilcano y haciéndose lustrar los zapatos, le invitaba un trago. No parece borracho todavía y Santiago se sienta, indica al lustrabotas que también le lustre los zapatos a él [...]».⁸

Confirmando el perfil de los personajes, pues «Carlitos» también es un bebedor desmedido, agrega: «El día menos pensado yo también me voy a encontrar con los bichitos —Norwin contempla su chilcano con curiosidad, sonrío a medias—. Pero no hay periodista abstemio, Zavalita. El trago inspira, convéncete».⁹

La presencia de Norwin a lo largo del libro no es inútil. Es necesaria para describir mejor el ambiente en que se movían los periodistas y le da al novelista argumentos para desarrollar a cabalidad a los redactores policiales de *La Crónica* encabezados por otro gran personaje del libro, el famoso «Becerrita».

Norwin es la competencia cuando los colegas de Zavalita acuden a los lugares donde se ha perpetrado un crimen. El diario *Última Hora* es el dolor de cabeza de Becerrita, que había reinado solo por muchos años hasta la malhadada aparición de ese vespertino en que jóvenes audaces como Norwin Sánchez llegaban a disputarle cobertura de crímenes y persecuciones de asesinos, y sobre todo influencia en la policía.

⁸ *Conversación en...*, vol. I, p. 13.

⁹ *Ibidem*, vol. I, p. 14

Es también, repetimos, necesario para representar el ambiente. En los primeros días de trabajo de Zavalita en *La Crónica*, el ya veterano Carlitos y Zavalita beben en el bar Zela. Al salir, el primero dice:

—Qué raro que no haya caído por aquí Norwin —recitaba Carlitos en una especie de quieta ternura—. Uno de los mejores náufragos, una magnífica escoria. Ya te lo presentaré, Zavalita.

Se tambaleaba, apoyado contra uno de los pilares del Portal, la cara sucia de barba, la nariz ígnea, los ojos trágicamente dichosos. Mañana sin falta, Carlitos.¹⁰

Vargas Llosa, sin embargo, nunca describe al colega «Norwin» en la novela; no dice que es nicaragüense, que se apellida Sánchez. Es en suma otro Norwin, aunque se parece mucho al original.

Norwin Sánchez Genie, periodista, redactor de la sección policial del diario de la tarde *Última Hora* desde 1951, llegó al Perú en 1948 invitado por su hermana María Elena, casada con el embajador de Haití, Julio Pierre-Audian.

Había nacido en Jinotepe, Nicaragua, el 4 de marzo de 1929. Tenía, pues, solo 20 años cuando inició su aventura peruana, que terminaría unos pocos años más tarde al marcharse para siempre.

Pero parece que a Norwin le gustaba contar otra versión, exagerada y fantástica, que recogieron sus amigos de entonces y en especial Juan Marcoz, que incluso la redactó en el texto inédito «Norwin, el amigo nicaragüense», una mezcla de biografía incompleta, memorias y descripción del ambiente que reinaba en ese periodismo de los años cincuenta, previo a los grandes cambios de la década que acabarían para siempre con la bohemia exagerada que lideraba Becerra en *La Crónica*.

¹⁰ *Ibíd.*, vol. I, p. 266.

En el relato de Marcoz, igualmente imaginativo y con muchos deslices, el joven Norwin llega a Lima de pavo, oculto en las bodegas de un barco que transportaba ganado desde su país al Callao, desembarca y se lanza a caminar, buscando y preguntando por la embajada de Santo Domingo. En la madrugada, luego de dormir en una banca, toma un café en el bar Yenobi de Lince y conoce a un reportero gráfico de *Última Hora* que se jacta en voz alta de haber trabajado toda la noche persiguiendo a narcotraficantes:

Norwin le manifestó sus intenciones de estudiar periodismo, y después de recitar a toda voz un fragmento de «Los Heraldos Negros» de César Vallejo, siguió hablando.

Una salva de aplausos de parte de los comensales que a esa hora —seis de la mañana— calmaban su apetito, después de juerga, o faena, premiaba el pequeño recital de Norwin, quien agradeció con las manos en alto y humildemente los aplausos.

Enterándose de las inquietudes de Norwin, «Papá» Cruz como cariñosamente sus colegas llamaban al reportero gráfico, le recomendó que estudiara en La Católica, que era la única universidad que contaba, por entonces, con una facultad de periodismo. «Búscame a las cinco de la tarde en «Última Hora». Después de dar los datos sobre la ubicación del vespertino «Papá» se despidió con un «hasta luego coleguita, a lo mejor trabajamos juntos». Predicción que días más tarde se cumpliría.¹¹

La verdadera historia es más formal. Sánchez Genie llegó a Lima con la idea de estudiar periodismo, su vocación temprana. Otra opción de su tiempo era llegar a La Habana, donde funcionaba la famosa escuela Márquez Sterling, pero la capital peruana le representaba la enorme ventaja de la presencia de su hermana y su cuñado diplomático, que podían resolverle problemas iniciales de instalación y formalización de su estadía como estudiante o residente.

¹¹ Juan Marcoz, comunicación personal, 2005.

El contacto de Sánchez con el mundo periodístico se produjo entonces por intermedio de la Escuela de Periodismo fundada en 1945 por la decidida dama limeña Matilde Pérez Palacio, una entusiasta promotora del oficio que luego se ligaría a la política (llegó a ser senadora de la República).

El examen de ingreso era sencillo porque no seguía el trámite de la universidad sino que disfrutaba de un estatuto particular. La escuela funcionaba en una de las casonas del jirón Camaná, de aquellas recibidas en herencia de José de la Riva Agüero.

Al terminar 1949, el alumno Norwin Sánchez tenía las siguientes calificaciones:

CURSOS	NOTAS
Principios de periodismo y redacción de originales	Doce (12)
Psicología aplicada al periodismo	Diecinueve (19)
Ética periodística	Trece (13)
Artes tipográficas aplicadas al periodismo	Catorce (14)
Práctica de periodismo	Trece (13)

Era pues el joven nicaragüense un alumno regular y hasta aplicado en algunos cursos, y siguió estudiando pese a su ingreso a *Última Hora* como redactor. Es obvio que su vida bohemia no podía ser tan tumultuosa como la del otro Norwin, el personaje de la novela.

En diciembre de 1950, Sánchez rindió nuevamente exámenes regulares y obtuvo las notas siguientes:

CURSOS	NOTAS
Psicología publicitaria	Quince (15)
Historia del periodismo	Quince (15)
Organización y administración de una empresa periodística	Trece (13)
Opinión pública	Quince (15)
Práctica, composición, diagramado y armadura del periódico	Doce (12)
Reportaje y redacción de noticias	Catorce (14)

Los reales protagonistas

Persistió Norwin en su empeño de titularse como periodista, pese a que la densidad del currículo había aumentado y requería de más tiempo para cumplir. Aquí sus notas de 1951:

CURSOS	NOTAS
Redacción especializada	Catorce (14)
Práctica de redacción especializada	Trece (13)
Crítica periodística	Trece (13)
Derecho Internacional Público	Quince (15)
Literatura castellana	Doce (12)
Religión	Catorce (14)
Sociología	Catorce (14)
Dibujo publicitario	Once (11)
Archivo del periódico	Diecisiete (17)
Práctica general	Trece (13)

Le quedaron varios cursos pendientes. Los subsanó en 1954, culminando así sus estudios exitosamente:

CURSOS	NOTAS
Derecho Público de prensa	Trece (13)
Periodismo radial	Trece (13)
Historia de la imprenta	Catorce (14).

En 1954, Sánchez se preparaba para regresar a Nicaragua y envió a la directora de la escuela una carta en la que pedía jurado y fecha para sustentar su tesis, «La sección policial», que constaba de las siguientes partes: dedicatorias; introducción; capítulo primero: Organización de una sección policial en Lima; capítulo segundo: El reportero; capítulo tercero: el redactor, redacción de noticias; capítulo cuarto: El repórter policial y la fotografía; capítulo quinto: El archivo; conclusiones; e índice bibliográfico.

Pedía al final que se acelerara el trámite «[...] debido a que dentro de muy corto tiempo tengo que viajar fuera del país [...]».¹²

¹² Archivo Central. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1954.

En la tesis, que no es una investigación sino una buena monografía de 81 páginas mecanografiadas, Sánchez hace una interesante introducción que titula «Una palabra», para defender el uso activo y ya rutinario de la jerga por el diario *Última Hora*, en el que había laborado recién.

Entrego este trabajo a la consideración de mis colegas como una muestra de mi indeclinable fe en los destinos del periodismo y como un eslabón de enlace entre mi espíritu y los suyos cuando, apremiado por el destino, ya no sean mas que recuerdos estos días en que compartimos —triste y alegremente— el pan nuestro de las noticias en la ancha mesa de las redacciones criollas.

Asimismo, quiero dejar constancia de que siendo hijo de Nicaragua me siento tan peruano como cualquiera de ellos, y me seguiré sintiendo, porque fue en esta tierra donde recibí el bautismo de hombre y se templó mi corazón para el combate.

El trabajo es una descripción detallada de cómo son las secciones policiales de los diarios de Lima, las fuentes policiales y la ética que debe presidir el trabajo periodístico; pero acaso sea importante resaltar la justificación que hizo del uso de la «jerga y *slang*»:

Nuevas tendencias en el periodismo acentúan el uso de ciertos modismos en la redacción de las informaciones y demás material periodístico. Ya el redactor y el periodista en general no sólo debe poseer un amplio conocimiento idiomático, tradicional, sino que también debe iniciarse en la ciencia esotérica de la jerga y del lenguaje del hampa.

En los Estados Unidos esta costumbre ya está acentuadamente en boga y son bastantes los diarios, que como el «Daily Mirror» y «Daily News», ambos de gran circulación, utilizan en sus columnas el llamado *SLANG* o el equivalente de nuestra *JERGA* criolla. Asimismo, esta costumbre ha llegado a nuestro país y se extiende rápidamente de unos años a esta parte. La jerga, dichos o modismos, es utilizada por ciertos órganos de prensa y algunos compositores musicales del ambiente, cuyas grabaciones son muy populares.

Mucho se ha alegado respecto a la pureza que deben conservar los diarios y demás vehículos de prensa, frente a las reglas académicas del idioma. Pero a pesar de esto se va imponiendo el uso, si no de la jerga, por lo menos de neologismos y giros costumbristas, pese a que los detractores de esta conducta se encuentran tanto en las calles como en el mismo Parlamento, varios de cuyos miembros han clamado no hace mucho, por lo que ellos califican de atropello al idioma.

Sin embargo, el río sigue su marcha, apoyado en que la lengua no es nada muerto sino un organismo vivo que cambia y adopta nuevos giros, porque si no cambiase todavía estaríamos hablando al estilo del Marqués de Santillana. Lo que hoy está proscrito mañana puede ser incorporado a las rígidas y señoriales páginas del diccionario académico.

En cuanto al reportero policial —ajeno por completo a las discusiones de conventillo, y práctico por la fuerza de las circunstancias— aplica la jerga cuando le conviene o cuando los directores de su órgano se lo piden.

El hace voluntario acopio de los siempre cambiantes jerguísticos del bajo fondo y los conoce, aunque sea superficialmente.

No hay que olvidar que su trabajo lo puede poner a veces en trance de escuchar una de esas conversaciones entre delincuentes que traducida de la jerga al idioma puede arrojar la palabra CRIMEN. Asimismo, sirva en apoyo de esto el sistema seguido por la Escuela de Detectives y en la cual un profesor experto enseña a los futuros policías un curso completo de Jerga.¹⁵

Los informantes de la tesis fueron los conocidos periodistas Alfredo Vignolo y Antenor Escudero Villar, este último de *La Crónica*. Ambos elogiaron el trabajo e hicieron puntualizaciones. Vignolo señaló que no coincidía respecto de la tesis del uso libre del idioma en el periodismo, apuntando que el periodismo debía ser educativo, etcétera. Escudero también esbozó reserva sobre el tema aunque pidió que los periodistas extiendan sus conocimientos a

¹⁵ Biblioteca Central, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1954.

la terminología de otras disciplinas para «ilustrar con propiedad al lector».

Imaginamos que, en ese mismo diciembre de 1954, Norwin Sánchez defendió su tesis ante el jurado respectivo, y que luego de conseguir su aprobación marchó a celebrarlo como él sabía: con un largo brindis que quizá comenzó en el bar Zela, en la plaza San Martín, y terminó al amanecer en El Rinconcito Cajamarquino, en el Rímac.

La otra historia de Norwin Sánchez, la del periodista policial, se inicia en 1951 cuando ingresa al diario *Última Hora* y es destinado a la sección policial, que era donde enviaban a los aprendices. Allí estaba como jefe Emilio Bobbio, un buen profesional al que secundaba Manuel Robles Alarcón, ambos muy experimentados. Ellos lo enviaron a rondar las comisarías, a ver qué conseguía de interesante.

Ya de regreso en Managua, Sánchez logró publicar en 1971 un par de relatos autobiográficos en *La Prensa*, a los que llamó «cuentos» pero que en realidad contaban su propia historia. Leamos algunas partes del primero, titulado «La Noticia»:

«Hoy es sábado. Váyase a la Comisaría de la Victoria temprano de la noche y espere ahí. Tiene que suceder algo en Huatica: hoy es día de chavetazos, putas y licores», me dijo Bobbio con la absoluta seguridad que le daba su experiencia como Jefe de la Página Roja de aquel diario sensacionalista.

Para un novato como yo las palabras de aquel pontífice del crimen me infundieron nuevo ánimo después de haber pasado por mucho tiempo inútilmente recorriendo en apretujados tranvías y omnibuses las comisarías que tenía regularmente a mi cargo: Magdalena del Mar, Pueblo Libre, Jesús María, San Isidro y San Miguel... Con mi viejo abrigo calado y libreta y lápiz en ristre partí hacia La Victoria, campo propicio para el desarrollo de tragedias en las que normalmente eran protagonistas un «Caniche» y una «Polilla».

La historia es sencilla y verosímil. Norwin desespera por una buena noticia y logra que el alférez de turno le revele que una mujer, Maribel Shimabuko, ha tratado de suicidarse. Sin dudar-lo, el reportero convierte el hecho en una triste historia de amor:

Ni corto ni perezoso volé a la redacción y con toda la fuerza de mi hambre y de mi imaginación conté lo sucedido y llené cuatro carillas donde describía un suicidio. Sí; un suicidio romántico con Julieta y todo pero sin Romeo. Coroné mi triunfo consiguiéndome en el cajón del escritorio de Alcayaga, que estaba sin llave, una foto de «la muerta» y fabricando una sensiblonada carta junto con una carta con lo que Maribel se despedía de este mundo.

«La Crónica de la Tarde» vino a dar al traste con mi noticia, pues publicó la foto de la «suicida» convaleciendo en el Loayza, con un breve comentario.

El reportero cree que lo despedirán en el acto por el grave error que ha cometido, pero Bobbio lo perdona y le revela que él hizo lo mismo algunas veces. Entonces va al hospital Loayza, se hace pasar por médico y logra llegar donde «yacía Maribel convaleciendo y le conté, casi con lágrimas en los ojos, todo. Ella me dijo que me tuviera sin cuidado. Meses después fue mi mujer, allá en Plaza Méjico 173, Lima, hace de estos unos 15 años».

Cuando se preparaba para volver a Nicaragua cayó enfermo. Sus amigos lo llevaron al hospital Carrión, en Bellavista, y allí, donde algunos lo visitaron, estuvo internado varias semanas. La soledad de las largas noches hospitalarias probablemente hizo que se enamorara como nunca de una joven monja española que hacía práctica hospitalaria de enfermería. Ella correspondió al asedio amoroso del joven enfermo nicaragüense, pero el romance duró poco tiempo pues fueron descubiertos. Norwin fue poco menos que expulsado del nosocomio y la monja desapareció. El reportero contaría luego a Meneses, su amigo y confidente, que hizo grandes esfuerzos por localizarla; pero todo fue inútil, pues la orden religiosa se negó a dar los datos necesarios.

Desanimado y triste, Norwin Sánchez regresó a Managua. Allí, en el medio estrecho y políticamente asfixiante que manejaban los Somoza, no pudo reproducir su vida de reportero exitoso.

Imaginamos que al volver, en 1955, trató de integrarse al periodismo pero no tuvo éxito y entonces ingresó a una universidad nacional. «Me dediqué a estudiar una profesión más práctica de la cual vivir... Me gradué hace varios años en Administración de Empresas», le contó a Carlos Meneses.

Luego ingresó a trabajar a como funcionario de segunda línea en el Instituto de Fomento Nacional (FONAC), que bajo su membrete proclamaba el lema «Aumentar, diversificar y racionalizar la producción nacional en todos sus aspectos».

Tenía sin duda nostalgia del país y del ambiente que había abandonado, y no perdía ocasión de recordarlo. Así, por ejemplo, aprovechó el espacio dominical que le brindaba el poeta Cuadra y recordó el restaurante rimense en que disfrutó tanto de la bohemia de su tiempo, El Rinconcito Cajamarquino, aunque le puso simplemente El Rincón Cajamarquino. Hizo una descripción detallada del local, aprovechando para citar la novela de Vargas Llosa:

Se entraba luego a él por un pequeño portal y se daba de frente a un ancho corredor donde se acomodaban hileras de sencillas mesas, una barra y el infaltable «sapo», el juego común en todo centro de diversión de su género en aquella tierra peruviiana [...] Un cholo serio y gordo atendía el bar y meseros de rostros incaicos se encargaban del servicio.

Sin embargo el «Rincón Cajamarquino» hizo historia y ha merecido, inclusive, pasar a las páginas de la discutida novela de Mario Vargas Llosa «Conversación en La Catedral» y a relatos variados, como éste, publicados en revistas y periódicos.

El artículo estaba ilustrado con una hoy rara fotografía que muestra a casi todos los redactores de *La Crónica* mencionados

tanto en la novela como en las memorias de Vargas Llosa. Citamos literalmente el pie de foto:

Esta reunión es uno de los puntos claves en la última novela de Vargas Llosa, en 1952, en el «Rincón Cajamarquino». Aparecen destacados periodistas, que pasarán a poblar las páginas lacerantes de «Conversación en La Catedral»: Lucho Loli (al centro), Víctor Echegaray, Coco Meneses, Mario Vargas Llosa (mirando hacia el fondo), Raúl Grande, Norwin Sánchez (uno de los personajes claves de la novela), Mario Escudero, Mario Loo Regalado y Luis Cossio. Carlos Ney Barrionuevo («Carlitos»), Milton von Hesse, Oscar Díaz Bravo, Nelson Zambrano, Carlos Sánchez Fernández, Juan Marcoz y Enrique López.

Managua fue casi destruida por un terrible terremoto en diciembre de 1972. Sánchez y su familia sobrevivieron pero Meneses ya no volvió a recibir más cartas. Quizá viajó el interior con su esposa —nieta de peruanos— y sus dos hijas, y luego se reintegró al antiguo empleo o consiguió otro, no sabemos.

¿Cómo terminó su vida? Conocemos tres relatos distintos que coinciden en un final violento. Milton von Hesse contaba a sus hijos una historia cinematográfica: Norwin sufría de dolores de cabeza, los médicos le tomaban placas al cerebro y diagnosticaban un tumor incurable, él decidía acabar con su vida y dispararse un tiro. La familia se enteraría después —decía la versión de Milton— de que le habían dado un dictamen equivocado, de otro paciente. Norwin se había suicidado, entonces, por un error trágico.

Vargas Llosa recogió otra historia, acorde con el recuerdo que tenía del nicaragüense: «[...] tuvo un final de éstos que explotaba "Última Hora": murió asesinado, en una cantina de Managua, en el curso de un riña».¹⁴

¹⁴ El pez en..., p. 167.

Pero Carlos Meneses recogió la versión más creíble, porque se la transmitió el citado poeta Pablo Antonio Cuadra:

Norwin tuvo invitados a cenar en su casa y luego los llevó de regreso a sus hogares. Cuando volvía se detuvo en un bar donde un grupo de antiguos amigos lo incitaron a beber nuevamente porque había dejado la bebida. En el calor de una discusión fue retado a jugar a la «ruleta rusa» y no vaciló en colocarse la pistola en la sien y probar suerte. Murió instantáneamente.

¿Cómo era Norwin? Vargas Llosa lo describió así: «Era joven, flaquito, bohemio empedernido, generoso, incansable putañero y bebedor de cerveza. A la tercera o cuarta copa empezaba a recitar el primer capítulo del Quijote, que se sabía de memoria. Los ojos se le llenaban de lágrimas: "¡Qué prosa grande, coño!"».¹⁵

■ Conversación con Juan Marcoz

«Yo era el más joven del periódico, el único muchacho entre el grupo de veteranos y fui el benjamín hasta que llegaron los nuevos, Milton von Hesse, Carlos Ney Barrionuevo y después Mario Vargas Llosa, que solo tenía quince años pero como era grandazo no se le notaba lo niño...».

Alguien le puso como apodo *Gato* y así conocí a Juan Marcoz Martínez hacia 1955, cuando comencé a frecuentar la redacción hasta mi ingreso formal al cuadro de comisiones de la sección locales, el mejor indicador de que un redactor existía.

El mote le caía bien. Silencioso, discreto, nunca elevaba la voz, parecía deslizarse entre los escritorios; incluso hasta tecleaba con sordina mientras los demás aporreábamos las viejas Underwood o las flamantes recién llegadas Olimpia.

Marcoz es bajito, blanco casi coloradito, delgado. Y en esa época era más leve todavía. Llegaba a la redacción al caer la tarde,

¹⁵ *Ibidem*, p. 166.

colocaba su saco en la silla, aflojaba la corbata de forma y color irreconocibles con que simulaba formalidad y se soltaba uno de los tirantes que dejaba caer casi hasta la rodilla derecha. Así trabajaba hasta el final, hasta el cierre de la sección. Un poco encorvado, levantando el hombro izquierdo, con el cigarrillo colgando de los labios como todo un actor de cine, el Gato Marcoz escribía con rapidez y sin titubeos para contar el crimen del día.

Más tarde recorría el taller vigilando sus páginas, los grabados, los titulares, para que todo saliese bien. No era el jefe pero como si lo fuera porque Roberto *Capitán* Nieves se marchaba apenas podía. Era este, después de todo, un recién llegado porque había saltado, nadie sabía cómo, de la sección corrección a la jefatura de policiales.

Vargas Llosa lo recordó solo casi de paso porque prefirió a su jefe, a Becerra: «La llegada del jefe de la página policial, Becerrita, era el acontecimiento de cada noche. Si venía sobrio, cruzaba mudo y hosco la redacción hasta su escritorio, seguido por su adjunto, el pálido y rectilíneo Marcoz».¹⁶

Más adelante mencionaría que en la sección policial había tres o cuatro redactores «[...] aunque tal vez habría que llamarlos dateros, pues algunos se limitaban a traernos los datos que Marcoz y yo nos encargábamos de redactar».¹⁷

He vuelto a verlo muchos años después. Se desplaza en silla de ruedas porque perdió la pierna derecha a consecuencia de un accidente, que promete contarnos «más adelante».

Ya no vive en el jirón Lucanas, en los Barrios Altos. Comparte una casita con sus sobrinos en la urbanización Valdivieso, a pocas cuadras del parque Cahuide, una dirección que no es fácil de encontrar. Cuando llegué finalmente gracias a un taxista empeñoso y amable, había olvidado el número de la casa; pero no

¹⁶ *Ibidem*, p. 163.

¹⁷ *Ibidem*, p. 165.

hubo problema porque cuando los vecinos se percataron de mi desconcierto me preguntaron a quién buscaba y varios señalaron:

—¿El periodista? Allá, en el 128, la casita celeste...

El *Gato* Marcoz ha perdido también la visión del ojo derecho. Lo curioso es que no actúa como un inválido sino, más bien, con una agilidad que no le conocía antes, cuando lo veía trajinar despaciosamente en la redacción. Vivaz, locuaz, bien dispuesto a conversar, el *Gato* Marcoz se alegra de que lo visiten: «Qué pena que no viniste con Carlos Ney... tráelo la próxima vez», me reclama. Claro, fueron compañeros de trabajo por casi cuarenta años.

Por supuesto tiene mil historias de casos policiales para contar, pero yo le pido que también me cuente de la bohemia, los restaurantes y bares, los burdeles y sus putas... cómo era todo ese ambiente en que se movían los periodistas de la vieja generación y al que incorporaban a los nuevos casi de manera obligatoria.

Pero él quiere relatarme de su vida de periodista; la bohemia, quizá más tarde...

Marcoz se entusiasma con la charla y extiende los relatos porque reproduce los diálogos, como un guión teatral («Yo le dije..., él me dijo..., y entonces yo le dije...»).

El padre del *Gato* se llamaba Juan Marcoz Sarrín. Era como él, delgado y blanco, y manejaba la sección policial de *La Crónica* desde los tiempos en que Moisés Vargas Marzal era el jefe de redacción, allá por los años treinta. Formó después parte del grupo que se conjuró para expulsar de la propiedad a Rafael Larco Herrera y se quedó con los Prado, los nuevos dueños.

Su ayudante era Luis Becerra y es de presumir que eran una pareja de miedo por bebedores fuertes y prostibularios, sin competencia en *La Crónica Roja*. Aunque había otros diarios, ninguno como *La Crónica* para un buen crimen.

Un día de 1943, Juan Marcoz padre cayó encima de la máquina de escribir, muerto de un infarto fulminante. Becerra ocupó

el cargo e invitó al retoño de su amigo a integrar el equipo de la sección policial de la edición de la mañana.

—¿De qué murió mi papá? Un disgusto, una discusión. Había recibido informes fidedignos de que la pelea entre dos populares boxeadores, el chileno Godoy y el peruano Lovell, había sido un engaño, un «tongo», y no dudó en denunciarlo. El púgil nacional fue a buscarlo a la redacción para exigirle que no dijera más, que no escribiera, quizá para amenazarlo. Incluso se llegó a pensar que lo habían asesinado pero fue finalmente la emoción, el mal rato, el que le hizo explotar el corazón.

Juanito acababa de cumplir 15 años cuando llegó a la redacción, aquel año de 1944, y allí comenzó su leyenda, la que apasiona a los jóvenes cronistas como Carlos Páucar, que escribió sobre Juan Marcoz:

Gato por las pesquisas, por la mirada alerta, porque además se mueve como para dar un salto al recuerdo, un arañazo a su experiencia. Gato le dicen sus amigos porque pertenece a la raza enorme de los periodistas bañados en aventuras, en bohemia, en horas interminables de redacción.

—¡Maestro Marcoz, hay un coche bomba...

El Gato voltea, mira al novísimo redactor al que se le escapan los ojos por el apuro y le ordena con calma. Consíguate un fotógrafo pues. Juan Marcoz Martínez, cuarenta años de reportero policial, se alista para la conversa, jala una silla, sonríe, ¡estoy listo muchacho!, pero antes le da un lugar de privilegio a sus muletas, las fieles, las inevitables.

—Recuerdo que en mis inicios —dice el Gato, amable, calmo, resplandeciente, renovado, siempre felino— cuando «La Crónica» quedaba en la calle Pando, cerca de Galerías Boza, y tenía como jefe a Luis Becerra, hubo el caso de un muchachito bajo que mató a un homosexual alto, de 26 puñaladas. Era la versión de David y Goliat. Ese asesino fugó a Cajamarca. Entonces logré viajar con... ¿recuerdas a Eduardo Ipince Rebatta, el que fue director general de la PIP? Pues en ese tiempo era alférez y con él viajamos a la captura.

El teléfono le roba un rato las palabras y luego continúa: —Cuando entramos cogimos al tipo por sorpresa pero en un descuido sacó el revólver y apuntó.

Click, click, click. Marcoz recuerda que no funcionó el arma. Entre maldiciones, el delincuente le contó que era la primera vez que le fallaba. Siete vidas tiene el Gato, eso dicen.

En los pliegues de su rostro, trazados a mansalva, se esconden otras detenciones a delincuentes: la del delincuente que mató a una mujer en su casa de Jesús María. Muchos desastres: el de Ranrahirca y Yungay, por ejemplo. Caídas de aviones: cuerpos destrozados, quemados, regados para el asombro y la indignación.

Juan Marcoz es una reliquia del periodismo policial, en actividad. Su antiquísima máquina de escribir soporta aún sus dedos que han escrito tanto, tanto que han borrado las letras de sus teclas. Recuerda a sus amigos de antaño, devotos de darle duro a las suelas, de jugárselas todo por el dato, ignorantes del horario, de los días feriados, de los descansos, del turno por cumplir. Marcoz recuerda a Emilio Bobbio, Carlos Ney Barrionuevo, Carlos Patiño, Miguel Yi Carrillo.¹⁸

Marcoz es de los que insisten en que el periodismo era mejor antes y prefiere a los colegas a la antigua, y así lo enfatiza al joven cronista Páucar:

Eramos bohemios —éramos dice, y ya veo una botella imaginaria rondando la esquina, su esquina, nuestras esquinas—. Todavía se es bohemio, sí pues. Bastante. Antes los periódicos cerraban en la madrugada, nos quedábamos hasta las seis de la mañana o seguíamos de largo... Pero también creo que había más vocación. No creíamos en el reloj: ahora los jóvenes esperan el turno y zuuf, se van. En la época del 70 al 80 se perdió la vocación, todo se hacía con los comunicados. Felizmente están surgiendo promociones más capaces.

¹⁸ PÁUCAR GÓMEZ, Carlos. «Los pura sangre. Decanos de la prensa policial y sus anécdotas de medianoche». *La República*, Lima, 25 de noviembre de 1990, p. 28.

[...]

Mirada gatuna para la despedida. Marcoz dice que el periodismo le dio muchas satisfacciones. Con un no me quejo se mete en un silencio de años. Marcoz tiene la jefatura aún, no tiene hijos, no es casado, la prensa pudo más, lo pudo todo, piensa acariciando sus muletas que lo acompañan desde el atropello que sufrió hace dos años. ¡Maestro Marcoz!, le grita otra vez el joven redactor y él voltea tranquilo, desde su cetro de noticias frescas.¹⁹

—Dicen que estuviste de novio unas veinte veces...

—No tanto, qué exagerados —ríe, divertido el Gato Marcoz—. Pero es verdad que dejé a una novia vestida de blanco... no me animé a casarme. —Piensa un instante, suspira y agrega—: Recuerdo a Adriana, fue el amor de mi vida. También tuve una novia en Surquillo...

—¿Y el periodismo? Era diferente, todo un estilo de vida, me consta, una mezcla de vocación con círculos de amigos, de compadres... —le acoto, forzando el tema.

—Sí, claro, el eje era el periódico pero también eran los restaurantes, los bares, los amigos de las comisarías y de la Prefectura...

—La vida cotidiana... ¿cómo era tu rutina?

—*La Crónica*, como todos los diarios de su tiempo, tenía prácticamente dos redacciones... una para la edición de la mañana, otra para la tarde. Yo trabajé siempre para la mañana, así que llegaba a la redacción a eso de las once. A esa hora llegaban también Becerra, mi jefe, y otros redactores como Manuel Rospigliosi, Luis Roca... pero la mayoría eran de cachueleros, de medio tiempo les dicen ahora, trabajaban o estudiaban. Los fijos, en planilla, éramos pocos. En la tarde llegaban Claudio Reyes, Augusto Chávez Costa, ellos formaban otro grupo.

¹⁹ *Ibidem*, p. 29.

»¿Dónde comíamos, bebíamos? El jefe nos daba vales para comer en El Imperial, el restaurante del japonés de enfrente y cuando teníamos algo más de plata nos juntábamos en el Montecarlo, en la calle Boza. Para tomar lonche, café con leche con pan con chicharrón, el favorito era El Hueco de la Pared en la calle Jesús María... Para tomarnos unos tragos podíamos arrancar en La Llegada, en plena calle Cueva, a pocos pasos del diario.

»Para una cerveza al mediodía las mesitas del bar Zela, en la plaza San Martín. Si estábamos caídos lo mejor era el chino de La Gruta, cerca del cine Alfa, en el jirón Arica. Otras veces Taormina, en la avenida Manco Cápac, en La Victoria, y cuando había algo que festejar nos íbamos en mancha al Rinconcito Cajamarquino, en el Rímac. En la noche algunos preferían el Negro Negro pero eso era para poetas... como Ney, muy caro.

»Y cuando ya no teníamos ni un cobre, nuestro recurso final era el comedor de *La Prensa*, que administraba un alemán que vendía hasta cerveza. Parece mentira. Ahí firmaban vales los colegas, especialmente Norwin».

—Y los prostíbulos para los fines de semana. ¿Cuáles recuerdas?

—Los burdeles, de esos que ya no existen, adonde íbamos cuando cobrábamos. La noche de la quincena era costumbre, primero unos tragos en la misma redacción hasta que arrancara la rotativa y luego a buscar un taxi que nos lleve al burdel que habíamos escogido para esa noche. Había de todo precio, de lujo como los que manejaba el Ñato Jiménez y los otros, los del jirón Huatica. Pero los independientes eran los mejores, los que estaban en barrios alejados y que tenían hasta su lucecita roja para anunciar que eran casas de tolerancia... Así les decían...

Marcoz cuenta con los dedos de las manos y ríe, sacando cuentas:

—Luz Gómez en La Victoria, Lidia en la avenida Colonial, Ivonne en el jirón Abtao, Maruja Balbuena en la calle Maravillas, Juana Polanco en la cuadra 17 de la avenida Venezuela. Cuando

entrábamos alguien gritaba «llegaron los periodistas», porque éramos gastadores y divertidos. Algunos hasta se enamoraban y querían sacar a las mujeres del burdel... ¿Yo? No, nunca me enamoré por ahí.

—Tantos años de crónica policial... ¿qué recuerdas en especial?

—Mira, hace años escribí un artículo por el aniversario de *La Crónica*, mira, lee aquí...

Ocurrió hace muchos años, que un avión se precipitó en la Cordillera de Yauyos. El lugar está ubicado cerca a la localidad o pueblo de Huangascar, departamento de Lima, hasta donde llegué con Tolentino Alegre y Carlos Ney Barrionuevo, mi gran amigo y colega.

Eran las dos de la madrugada cuando decidimos descansar. Ney ingresó al puesto de la Guardia Civil y después me llamó diciéndome «Primo, ven a descansar, acá hay buenos colchones». Accedí gustoso e ingresé a la oficina policial. Ney estaba acostado sobre unos bultos, fumando y tomando una copa de cognac para el frío, y me invitó. Al poco rato ya vencidos por el cansancio y el sueño, me quedé dormido en aquel lugar.

Al amanecer tuvimos la desagradable sorpresa, cuando uno de los guardias nos despertó y dijo, «por favor, se pueden levantar, que ya vamos a sacar los cadáveres». Recién nos dimos cuenta que habíamos pernoctado sobre los restos de las víctimas de la tragedia aérea.²⁰

—Qué tal trago ese... no se dieron cuenta de que dormían encima de los muertos.

—Sigue, sigue leyendo:

Otro de los tantos casos que recuerdo fue el de un alemán, que se hallaba perdidamente enamorado de una linda limeña «piel canela» llamada Iris. Como la muchacha de unos 18 años de edad, de curvilíneas formas, no le daba «bola» pese a los continuos

²⁰ MARCOZ, Juan. «Aventuras de un "Gato" en el mundo de los "pericotes"». *La Crónica*, Lima, 7 de abril de 1987, p. 35.

requerimientos del hermano, este decidió, cansado de tantos desplantes, cortarse los dedos y enviárselos en cajas de fósforos a la tal Iris.

La muchacha asustada denunció el hecho a la policía, quien luego de las investigaciones, detuvo al europeo. Sin embargo esta singular historia no fue creída por los colegas de los demás diarios.

Al regreso de unas vacaciones me enteré del caso y como en aquella época *La Tercera* de «*La Crónica*» salía a partir de las cuatro de la tarde, decidí darla en primicia, lo que fue todo un acontecimiento. Era un caso verídico.

El *Gato* Marcoz recuerda casi con cariño a los antiguos delincuentes con los que los periodistas llegaban a hacer amistad, como el caso de Luis Dunián Dulanto (a) *Tatán*, que le contaba sus fechorías sin problemas. O la popular *la Rayo*, que conoció en una comisaría.

—Era una zambita, delgadita, estaba arrinconada en una banca y le pregunté si era la famosa Angélica Pedraza, *la Rayo*, que robaba a todo el mundo y tan rápido que nadie la alcanzaba. Y me dijo que no, que ella era «tendera», es decir, que solo robaba ropa tendida. «Entre la policía y los periodistas me clavan tantos asaltos y robos que si fueran ciertos ya sería millonaria», me dijo.

—Y era verdad, seguramente. La policía inventaba o exageraba para publicitar éxitos que no existían. Recordarás el caso de Joya, el pobre moreno al que hicieron confesar a golpes que había matado al cadete Poggi y era absolutamente inocente.

—Claro. La policía de antes estaba muy dividida. Una cosa era la Guardia Civil y otra los investigadores, los PIP, los «rayas», que tenían su central en la Prefectura en la avenida España. No se podían ver unos con otros y como nuestra fuente de información principal estaba en la Prefectura, *La Crónica* prefería a la PIP. Por eso verás que en las informaciones siempre citábamos los nombres de todos, sin olvidar nunca a los jefes máximos, los directores. Eso era indispensable... así nos enseñaron los viejos.

—¿Y es verdad que Becerra trabajaba secretamente para la PIP, que era, como dicen, un asimilado?

Juan Marcoz piensa un poco antes de contestar:

—Yo era muy amigo de él, de la familia, y he escuchado varias veces la versión de que trabajaba para la policía pero no puedo decir que es verdad, no me consta; insisto, no me consta —afirma con energía.

—Cuando murió, la policía de investigaciones le hizo un homenaje. Aquí tengo una copia de la nota que publicó *La Crónica* sobre su entierro. Creo que de aquí salió la versión o el malentendido. Un colega, Octavio Cabada Dancourt, habló en nombre de la policía. Escucha lo que dijo:

Por encargo de la superioridad, en mi condición de miembro de la Revista de la Policía Técnica, traigo a esta casa del eterno silencio que es el final de toda jornada, la palabra oficial del dolor que ha causado en el seno del Cuerpo de Investigación y Vigilancia del Perú, el súbito fallecimiento del destacado periodista Luis Becerra Ferreira.

La ausencia en este acto de nuestro Director General, el Inspector General don Clodomiro Marín del Aguila, se debe a razones de servicio impostergables, así como la de otros altos jefes de la institución. Pero no ha querido el Cuerpo quedar en silencio en este acto de postrera despedida a quien fue un colaborador tenaz, hábil y digno de la policía de investigaciones del Perú.

Porque, efectivamente, Luis Becerra, como cronista policial primero y luego como jefe de la página policial del importante diario popular «La Crónica», cooperó en todo instante con la institución, permitiendo muchas veces que las pesquisas se orientaran hacia el fin primordial de la policía: la detención de los delincuentes y el descubrimiento de los delitos.

Luis Becerra supo, desde que se iniciara en la vida periodística, en la redacción de «El Sol» y «La Noche», allá en la vieja casa de Plumereros, advertir, con la rapidez de su ingenio y con su inteligencia clara, que el buen cronista policial debe ser un cooperador desinteresado y sagaz de la policía. Por eso nunca, al escribir sus crónicas, puso trabas de ninguna especie y antes bien, muchas

veces con su labor personal hizo de su parte más de lo que un periodista puede hacer, demostrando cual era su interés, servir a la sociedad, respondiendo así al lema del buen periodista.²¹

—Bueno, ahí no se dice que Becerrita era de la policía —acota Marcoz.

—Es verdad, pero de una mala lectura (o una interpretación malintencionada, no sé), circuló la versión que he escuchado varias veces.

—No me consta, no me consta...

—Dime Marcoz, tú estuviste entonces en el grupo histórico que fundó la Federación de Periodistas del Perú, con Genaro Carnero Checa.

—¡Por supuesto! Y te voy a contar que una vez tuvimos un malentendido justamente en ese año de 1952 que te interesa. Con Norwin, Milton, Carlos Ney y otros nos reuníamos a tomar y decidimos fundar en broma nuestra asociación propia, Los chicos de la prensa. Y ese año, te repito, cuando se acercaba el día del periodista, el primero de octubre, dijimos «vamos a hacer nuestro festejo propio, aparte de la Federación y de la Asociación». Norwin, que era entusiasta para todo, se encargó de la organización de los festejos. Mira, hasta he escrito sobre la fiesta.

El Gato Marcoz hace rodar su silla hasta un mueble con cajones y extrae un fajo de papeles. Para mi sorpresa, es un texto titulado «Norwin, el amigo nicaragüense».

—No sabía que habías escrito sobre Norwin.

—Lo estoy trabajando, me ayuda Carlitos pero te lo doy, mira la parte de la fiesta.

Leímos entonces juntos algunos fragmentos del trabajo que todavía reclama una buena corrección:

Llegó el día de la celebración de los festejos anunciados, cuya fecha era el primero de octubre y que en ese año caía día sábado.

²¹ *La Crónica*, Lima, 31 de julio de 1952, p. 5.

Los reales protagonistas

La serenata había sido preparada en el Centro Musical Carlos A. Saco, 30 de setiembre. Un viernes criollo y de la tradicional frijolada con su buen churrasco, asentado con vino, cachina y pisco que el buen Víctor Echegaray había mandado traer de Ica donde él tenía sus dominios.

Como era viernes y fin de mes habían acudido al local criollo gran cantidad de personas, aparte de los periodistas. Los números musicales alegraban el ambiente, las estrellas del criollismo como el dúo la Limeñita-Ascoy, los Embajadores Criollos, el «pato» Alejandro Villalobos, afamado pianista de los Barrios Altos cuyo padre y hermanos también eran eximios pianistas, don Julio San Martín, autor de la famosa polca La Pitita, Jesús Vásquez conocida Reina de la Canción Criolla, y Las Limeñitas.

Esa noche buena preparada por los Chicos de la Prensa para festejar el aniversario de los hombres de prensa acudieron Carlos Sánchez Fernández, Félix Dávila aún convaleciente del accidente, el dibujante Raúl Grande Castillo, Milton von Hesse Bonilla y otros tantos aparte de los conocidos como Ney, el Gato Marcoz, Enrique López Luza conocido como «Kiko Balín». Todos presentados ante la directiva del centro musical por el caricaturista don Víctor Echegaray, quien oficiaba de anfitrión.

[...]

La reunión de esa noche en el Centro Musical que llevaba el nombre de un afamado pianista y compositor limeño, Carlos A. Saco, con residencia en los Barrios Altos al igual que Felipe Pinglo, sirvió para estrechar aún más los vínculos de los socios con los periodistas.

El concesionario de esa institución comenzó a preparar las tradicionales frijoladas, comenzó a servir los platos para los asistentes, pudiendo éstos saborear la buena sazón, antes de la serenata. La serenata, decían, debía recibirse con el estómago lleno y el corazón contento para que no fuera a causar ningún efecto dañino al huaco de tragos que se servía con calurosa salud... La jarana comenzó con la clásica serenata limeña en honor de los periodistas. La vocalización estaba a cargo de los hermanos Rosa y Alejandro Ascoy, quienes vivían en el jirón Lucanas. Eran acompañados en la guitarra por Manuel «el chino» Garrido, al cajón por Moisés «el ñato» Jiménez, criollazo de los Barrios Altos y que le agradaba contar con amigos de la bohemia de aquellos años.

«El Ñato» como era conocido en la Lima criolla, era un proxeneta, dueño de la casa de cita del jirón Giribaldi 999, en el barrio El Porvenir, distrito de La Victoria.

Pasadas las tres de la mañana, los periodistas comenzaron a retirarse. Tenían que descansar un poco, para horas más tarde seguir los festejos por su día, a realizarse en la picantería «El Rinconcito Cajamarquino» en la calle Madera, distrito bajopontino.

A partir de las 12 comenzaron a llegar en grupo los periodistas a la picantería y en el interior ya se encontraban el «Chino» René Mackay, Lucho Loli y Norwin Sánchez.

Conforme iban llegando los Chicos de la Prensa se formaban grupos y comenzaban a «levantar muertos» y sentándose en un aparte donde se habían instalado mesas formando un gran cuadrilátero comenzó a servirse la comida de potajes serranos. La mesa fue presidida por Lucho Loli. Habían concurrido unas cincuenta personas del oficio. El propietario del local estaba complacido por la presencia de los hombres de prensa. Una «roncadora» y un conjunto de guitarristas conocidos como «La Sonora de Contumazá» comenzó a bordonear sus guitarras, entonando las voces de sus integrantes el huayno «Paloma de verdad» y «El Chofercito» que recibieron muy bien merecidos aplausos.

A la hora de los postres, Lucho Loli, el más representativo del grupo fue designado para el discurso de estilo. El, dijo, que aparte de celebrarse el día, se estaba también celebrando el estudio de doctorado de periodismo del colega Norwin en la Universidad Católica, que sellaron este anuncio una salva de aplausos para el joven colega nicaragüense así como se produjeron muchos brindis para éste quien, puesto de pie, y con lágrimas en los ojos solo atinó a decir «Gracias, muchas gracias colegas».

«Viva Nica», «una sábana para Norwin» decían otros con el fin de bromear y quitarle los momentos de sentimiento que embargaban al joven centroamericano.

—¿A qué hora terminó el festejo?

El Gato Marcoz se entusiasma y cuenta con alegría, riendo, la aventura de aquel día.

—Don Víctor Echegaray nos propuso seguirla en la casa de una amiga que tenía trago y piano, en una callecita por la Alameda de

los Descalzos. Y *Kiko Balín*, que era corpulento, cargó sobre sus hombros a Lucho Loli y todos coreábamos «Somos los chicos, los chicos de la prensa».

Llegamos a la casa de la señora Susana, y unos tomábamos cerveza, otros cantaban acompañados al piano por la doña y Loli se durmió en el sofá. Al rato nos despedimos y fuimos a visitar a la señora Lucía, que tenía un restaurante en la tercera cuadra del jirón Luna Pizarro en La Victoria y ahí estuvimos hasta las nueve de la noche... Qué tal Día del Periodista...

—¿Qué pasó con el malentendido gremial?

—Esa historia del almuerzo, la marcha por las calles del Rímac, hizo creer que estábamos organizando una institución paralela a la nueva federación, pero se aclaró que el problema había sido económico básicamente. La cuota del Montecarlo era muy alta y, en el Rinconcito, el trago lo puso Echegaray y nosotros solo pagamos los frijoles. De todos modos hubo resentimientos y ya no se organizó nunca más una reunión de famosos Chicos de la Prensa.

—Cuéntame, cuando *La Crónica* dejó la vieja casa de la calle Pando y se mudó a la avenida Tacna... ¿cambiaron mucho las cosas?

—Ya no fue lo mismo. El corazón del diario se quedó en esos rincones.

—Dime Marcoz, no sé si recuerdas las primeras líneas de la novela de Vargas Llosa, cuando el periodista Santiago se pregunta sobre cuándo se había jodido el Perú. ¿Tú dirías que *La Crónica* se jodió cuando se mudaron a la avenida Tacna?

—Todo cambió, los espacios eran más grandes, nuevos periodistas, hubo algunos que no pasaron a Tacna, como Román *Chalaco* Hernández, que desapareció, nunca supe más de él. Poco a poco Pedro Morales Blondet, que era sobrino de la esposa de Manuel Cisneros, el presidente del Directorio, fue tomando fuerza.

La edición de la tarde la partió en dos para hacer *La Segunda*, que iba a provincias, y *La Tercera*, que salía a las cinco de la tarde.

Llegaron muchos nuevos, Manuel Jesús Orbegozo, Ramiro Berríos, Antonio Fernández Arce, Hernán Velarde, Juan Marccone, Carlos Cardona, Héctor Arellano, Luis Lissón, César Noya, Antonio Miranda, Carlos Concha, Emilio Quiñe, que recordarás que le decíamos *Niño Lobo*... por ahí llegaste tú...

—Sí, cuando yo ingresé el poder estaba dividido, no se sabía a quién obedecer, era una situación incómoda.

—El más afectado era Augusto Aguirre Morales, que arregló con los Prado y se fue a Arequipa para dirigir el diario *Noticias*. Le hicimos una despedida en el Montecarlo, y mira ¡aquí tengo la foto!

Marcoz rebusca en su cajón y saca algunas fotos, entre ellas la que efectivamente nuestra a un gran grupo de periodistas, jóvenes y viejos, que rodean a Aguirre Morales, el «Arispe» de *Conversación en La Catedral*. En una gran mesa de restaurante todos levantan el vaso de vino y sonríen mirando a la cámara.

—¿Cuándo dejaron el edificio de la avenida Tacna?

—En 1968, cuando Velasco dio el golpe, ya el edificio estaba medio desmantelado. Los Prado se habían ido, estaban en quiebra, solo quedaba la redacción. El taller había sido desarmado, los linotipos los vendieron a un tal Orellana y estaban instalando una máquina nueva en el local del jirón Andahuaylas, cerca de la avenida Grau. En 1960 nos mudamos todos y el edificio lo cerraron. Después lo vendieron a la empresa del hotel Crillón, me parece; hicieron el centro de convenciones.

—¿Cómo te fue con los militares y los nuevos periodistas?

—Primero se hizo cargo del periódico Augusto Rázuri, después llegó Guillermo Thorndike. En 1971 renuncié, porque me resentí con la Administración; no quisieron darme un adelanto para comprarme esta casita, y renuncié. Pasé algunos años

viviendo a puro cachuelo, en oficinas de prensa, en revistas, hasta que un día me llamaron de *La Crónica*. Era Pablo Truel, que quería rehacer el diario porque en la época de Velasco lo habían cambiado tanto que ni siquiera había sección policial. Volví a buscar mis antiguas fuentes, mis amigos investigadores, los «tiras». Era la época de Morales Bermúdez.

—Leo por ahí que perdiste la pierna en el 87...

—Sí, una noche salí tarde del diario y como no conseguía taxi para ir a mi casa, corrí para tomar la línea 92 que iba a la urbanización Valdivieso. El chofer era una mala persona. No le importó que yo estaba a punto de trepar y arrancó, y me atrapó la pierna derecha, me la deshizo, quedé ahí tirado en el piso, sangrando.

Pero el *Gato Marcoz* no exagera la dramática y larga historia que lo alejó de la redacción por casi el año que pasó en el hospital, primero en el Rebagliati y luego en Chorrillos. Cuando regresó fue estafado sucesivamente por los dirigentes de la Federación de Periodistas del Perú, Humberto Rodríguez, y del Colegio de Periodistas, Justo Chávez. Le prometieron incluso una pierna postiza que nunca llegó.

—No cumplieron; nunca recibí nada —se ríe el Gato Marcoz.

—Unos sinvergüenzas —interrumpo y concluyo.

■ Memoria de Milton von Hesse

Milton tenía un cierto aspecto infantil, acentuado por su baja estatura y evidente tendencia a engordar. Sonreía con facilidad y entonces achinaba los ojos hasta convertirlos en líneas; pero, sobre todo, era diferente en aspecto de los bohemios del grupo —como Carlos Ney, Norwin, Marcoz...—, que mostraban desaliño con sus ternos arrugados, zapatos poco lustrados y corbatas mal anudadas. Milton, en cambio, estaba siempre impecablemente vestido, casi elegante en comparación.

«Claro, no vale, su mamá y su hermana solo se dedican a él», me susurró con malevolencia Antonio Olivas cuando lo conocí, allá por 1954, junto con otro reportero novel, Héctor Tito Arellano.

Veinteañero, sonrosado, tenía el pelo claro y ensortijado, y era el único reportero ordenado de esa redacción de *La Crónica*-Edición de la Mañana, ya severamente dividida entre Viejos y Jóvenes.

Tenía asignado un escritorio, una máquina Olivetti nueva y un armario de metal. Allí guardaba todas las libretas que usaba para tomar apuntes en las comisiones periodísticas, en cuidadoso orden de fechas. Al llegar a la redacción abría el armario, sacaba una percha y colgaba su saco; luego armaba su máquina, pues era costumbre que los redactores retiraban los rodillos y hasta las cintas para que nadie las usara. Tenía además una buena cantidad de hojas («carillas», las llamábamos), tomaba varias, las colocaba al lado izquierdo de la Olivetti para luego elegir dos, insertar el papel copia e iniciar un rápido tecleo. Redactaba limpiamente, sin equivocarse y rara vez corregía. Milton era, en general, correcto.

Yo había comenzado a frecuentar *La Crónica* para colaborar con una columna que organizaban César Acosta y Henry Escardó, que se llamaba «Club Juvenil». Se publicaba una vez por semana gracias al interés del citado Olivas y me permitió merodear por la redacción y hacer amigos. Luego escribí algo para el suplemento dominical y entonces conocí a Milton, vecino de escritorio de Olivas.

Pronto nos hicimos amigos porque compartíamos intereses por la lectura, la vocación por el periodismo y, algo significativo, nos acercaba la renuencia a participar en el peregrinaje semanal a los prostíbulos y, en general, a persistir en la nocturnidad bohemia de aquellos tiempos.

Creo que Milton se sintió aliviado cuando pudo integrar un grupo diferente que ya no lo presionaba para insistir en la bebida

y el burdel, aun cuando sabíamos que en una época él había participado con entusiasmo en los ambientes clásicos.

Milton fue quien habló con Pedro *Guayaba* Morales para proponerme como nuevo redactor y fui entonces contratado para redactar el Noticiero Gillete que cada hora leía en Radio La Crónica el conocido locutor Fidel Ramírez Lazo. El trabajo era sencillo: debía vigilar los teletipos y elegir unas cinco o seis noticias por hora y algo local si me enteraba; pero sobre todo tenía que correr si la máquina de la agencia United Press International tintineaba anunciando un *flash*, una noticia de último minuto.

Para entonces ya no existía la agencia International News Service y quizá ya Ernesto Vargas había perdido el empleo de representante en el Perú, pues todo pasó a la responsabilidad de la flamante UPI.

Milton nos llevaba a los nuevos (luego se sumó Luis Lissón) mucha ventaja de práctica y experiencia, pues ya había estado algunos meses en la recién fundada *Última Hora* en 1950 y después en el viejo local de la calle Pando, desde 1951.

Vargas Llosa ha contado que los tres —Carlos Ney, Milton y él— se volvieron inseparables en aquel verano de 1952 y debemos suponer que con quien se entendió mejor fue con el pequeño Milton, porque compartían la corrección en general, la buena educación, la cortesía y buenos modales que se adquieren en el seno de las familias conservadoras y no en la redacción periodística.

Al describir a Becerra, «Becerrita», su personaje favorito de la redacción, Vargas Llosa escribió:

Si venía borracho, en cambio, lo precedía su risa mineral y feroz, unas carcajadas que retumbaban desde la escalera y estremecían los vidrios legañosos y las paredes desportilladas de la redacción. Milton se ponía a temblar, pues era su víctima preferida. Iba a su escritorio a burlarse de él, con chistes que la redacción celebraba a carcajadas, y, a veces empuñando su arma —pues

Becerrita siempre iba armado para parecerse más a su imagen caricatural—, lo perseguía entre los escritorios, pistola en alto. Una de aquellas veces, ante el espanto general, se le escapó un tiro que fue a incrustarse en las telarañas del techo de la redacción.²²

Milton se sumó a los que renovaron la página editorial en la memorable sección De Nuestros Redactores y escribió varios artículos, como esta buena crónica que transcribimos parcialmente, publicada el 3 de marzo de 1952 en la acostumbrada página 2:

De Cómo Nace la Música Criolla

Por Milton von Hesse Bonilla

Nuestra auténtica música criolla —el vals, marinera, tondero— se está imponiendo y progresando, aunque de manera lenta, en estos últimos tiempos. Pese a la invasión de ritmos con sabor a negro, ya se está logrando alcanzar el sitio que le corresponde. Cada día aparecen nuevas composiciones y nuevos compositores.

[...] Últimamente están apareciendo numerosos vales criollos y los compositores —como desde que la música existe— se quejan de sus ganancias y de los que las plagian. Con respecto a esto último podemos decir que es cierto. Ya se ha visto que la polca «A la Huacachina» de ese popular bohemio que se llamó Carlos A. Saco, ha sido modificada en la letra y cambiado, ligeramente, en la parte musical. Así se le viene divulgando en el extranjero, sin que nadie haya protestado. Sin embargo, cuando estamos detrás de las fronteras, lo oímos tocar en grabación o por un conjunto orquestal, sentimos un no sé qué de indignación porque reconocemos que por la falta de derecho de autor que no existe en el Perú, que nos han robado algo que está íntimamente ligado a nosotros. Como una madre a su hijo.

Componer no es nada fácil, tampoco el inspirarse...

[...] Una joven señora se acercó una mañana al Hospital «2 de Mayo» porque se sentía poseída de un mal que no sabía cuál era. Entonces, tropezó con uno de los internos, quien viendo su aspecto la atendió solícitamente de inmediato. El interno era nada

²² El pez en..., p. 163.

menos que Elsiario Rueda Pinto, «el compositor-estudiante» como lo llaman sus amigos.

Naturalmente, él se ofreció a atender a la dama y luego de hacerle una revisión completa, diagnosticó: «El mal corporal no existe. No lo encuentro por ningún lado. En cambio he establecido que su enfermedad es únicamente espiritual». Con esta respuesta y unos consejos, Elsiario Rueda Pinto se despidió de la muchacha. Dos días más tarde, cuando salía del Hospital, casualmente se encontró con la misma chica. Luego de algunas palabras y haberla acompañado más de quince minutos, ella lo invitó a su casa. Elsiario aceptó y cuando ingresó a una de las habitaciones se encontró con un retrato de matrimonio, en el cual aparecían su nueva amiga y paciente, y su esposo. El retrocedió, no porque desconociera que estaba casada sino porque el que ahí estaba era su amigo. Disimuladamente se despidió y no volvió más.

Pasó algún tiempo y él clamaba por verla. Dos meses más tarde, nuevamente se encontraron. Hablaron de muchas cosas, menos de amor. Finalmente, a la hora de despedirse, se abrazaron. El, que se hallaba prendado de ella, fue despertado de su letargo con un «hasta mañana». No se volvieron a ver. Esa misma noche, Rueda Pinto, de regreso a su departamento, se puso a escribir un verso a la vez que nacía una música informe, «Anoche te tuve en mis brazos... un solo momento... momento de amor... eterna juramos la dicha... con ansia infinita... bendito amor».

Días después —hace dos meses— «Clamor» se convertía en el vals más en boga. Conocidas intérpretes de nuestra canción, la divulgaban en radios, boites, reuniones sociales. Pero, Rueda Pinto, no volvió a ver a su «clamor».

Milton, Norwin y Carlos Ney invitaron a Vargas Llosa a comer al chifa la noche anterior a su partida hacia el norte, a Piura, donde el flaquito emprendería una nueva etapa de su vida aunque persistiendo en el periodismo y en las letras en general: «Fue una despedida lúgubre, porque eran amigos que llegué a apreciar y porque tal vez intuía que no volverían a compartir con ellos esas afiebradas experiencias con las que puse final a mi infancia».

Volvieron a encontrarse en 1990 cuando Vargas Llosa hacía campaña para la Presidencia de la República. Se cuenta que el ya famoso escritor interrumpió una charla social para acudir al encuentro de Milton y abrazarlo con cariño. Luego se vieron varias veces más y el otrora flaquito con dientes de conejo le dejó varios libros autografiados como constancia de su antiguo aprecio.

En *La Crónica*, la sección De Nuestros Redactores fue languideciendo, en parte porque quien incentivaba a los muchachos a redactar eran Aguirre Morales y Delboy, que ya en 1953 se enfrentaron abiertamente a las arbitrariedades de *Guayaba* Morales. Milton se dedicó por completo a la sección locales y no escribió más en la página editorial.

Precisamente por su corrección y simpatía fue asignado para la difícil comisión de la cobertura del certamen para elegir a la Miss Perú, en 1955. Milton tuvo la satisfacción de ver elegida Miss Universo a Gladys Zender, una de las bellas jóvenes que había entrevistado acompañando al organizador, el fotógrafo y cronista social Francisco Alava Estrada.

En los años siguientes siguió trabajando en el certamen y en uno de estos trajines de ir y venir a los ensayos, sesiones de fotos, entrevistas, se hizo amigo de la simpática candidata Susy La Serna. Se enamoraron, se casaron y tuvieron cinco hijos.

Milton dejó *La Crónica* en 1961, harto de Pedro *Guayaba* Morales, y se marchó a trabajar a la Junta de Vivienda; luego de unos años se trasladó a la empresa norteamericana Southern Perú Copper Corporation, en la que les hizo prensa y relaciones públicas durante veinticinco años. Se jubiló y tuvo entonces trabajos eventuales porque estaba todavía fuerte y animoso pese a un violento infarto que obligó a una operación de *by-passes*.

Había sido invitado a integrar un grupo que trataba de renovar las autoridades de la Universidad San Martín de Porres y

estaba trabajando en el diseño de una nueva Facultad de Periodismo cuando la muerte lo sorprendió mientras dormía. Solo tenía 62 años.

«Milton los quería mucho a ustedes, a ti, a Lucho Fonseca, a Tito Arellano, a Pepe Rodríguez, que se despidió de él al morir en el Norte... una madrugada oímos que alguien tocaba la ventana, miramos la hora, y al día siguiente supimos que Pepito había muerto justo a esa hora...», me dice Susy al recordar los diez años de la desaparición de Milton, un día de octubre de 1995.

Qué correcto era Milton. Un poco exagerado en sus historias pero lo apreciábamos mucho porque siempre estaba con la sonrisa dispuesta y el saludo amable a flor de labios.

Epílogo

NOS QUEDAN CIEN HISTORIAS por contar de aquellos años cincuenta en que el periodismo peruano cambió de manera radical gracias a la llegada a las redacciones de una nueva generación de periodistas que no comulgaban completamente con las viejas maneras. El periodismo que acunó al joven Vargas Llosa fue el último de un estilo que combinaba cierta irresponsabilidad personal pero que exigía vocación y dedicación a la profesión, el amor al oficio. De otra manera, esos bajos sueldos, las condiciones sin horario, los desvelos, hubieran sido insoportables.

Augusto Aguirre Morales, el mejor periodista de todos, se vio obligado a renunciar y marchó a Arequipa a dirigir un diario y allá murió. Alfonso *Pocho* Delboy se incorporó a la nueva redacción que formó Pedro Beltrán en *La Prensa*, que tenía como característica principal un severo profesionalismo. Antonio Olivas fue arrinconado sin considerar su talento. Antenor Escudero Villar fue olvidado en alguna oficina.

Así, poco a poco, la nueva administración se fue deshaciendo de la vieja guardia y conformó un equipo de jóvenes que contemplaban con desdén a esos casi ancianos que fueron desapareciendo de ese novísimo local, lleno de luz y grandes espacios en los que ya no había el rincón umbrío en el que tomarse un pisco antes de redactar un buen caso policial.

Cuando *La Crónica* cerró la vieja puerta de la calle Pando y la reabrió en el grande y claro edificio de la avenida Tacna, quedó atrás el fantasma de Becerrita, el jefe de policiales que perseguía a Milton pistola en mano y llevaba a los jóvenes a los prostíbulos al filo de la madrugada.

Pocos quedamos para contarlo. Mario Vargas Llosa entre ellos.

Bibliografía

- ARANA FREIRE, Elsa: «"Retorno" a la dictadura». *7 Días del Perú y del Mundo*, suplemento dominical de *La Prensa*, Lima, 18 de enero de 1970, pp. 12-13.
- ARANA FREIRE, Elsa; Mario CASTRO ARENAS, y Fernando TOLA DE HABICH. «Tres periodistas en busca de: Mario Vargas Llosa». *7 Días del Perú y del Mundo*, suplemento dominical de *La Prensa*, Lima, 27 de julio de 1969.
- BARRIONUEVO, Carlos Ney. «*La Crónica*: semillero de situaciones personales». *Estampa*, suplemento del diario *Expreso*, Lima, 17 de mayo de 1970.
- CASTRO ARENAS, Mario. «Una conversación que no convence». *7 Días*, suplemento del diario *La Prensa*, Lima, 18 de mayo de 1969.
- . «Vargas Llosa en la encrucijada». *7 Días del Perú y del Mundo*, suplemento dominical de *La Prensa*, Lima, 8 de febrero de 1970.
- DONAYRE, Jorge. «Alfonso Delboy, un gran señor y amigo». *Oiga*, Lima, 7 de marzo de 1988.
- Estampa*, suplemento dominical de *Expreso*, Lima, 5 de julio de 1970.
- ELÍAS B., Enrique. «¡Aquí! Los personajes de "Conversación en La Catedral"». *Gente 132*, Lima, marzo de 1970.
- G. S. de F. [Grazia Sanguinetti de Ferrera]. «Notas a *Conversación en La Catedral*». *La Prensa*, Lima, 23 de marzo de 1970.

Mario Vargas Llosa. Reportero a los quince años

- HARSS, Luis y Bárbara DOHMANN. *Los nuestros*. Buenos Aires: Sudamericana, 1971.
- KIRSCHEN, Leonard. «Aquí Vargas Llosa en la intimidad». *Suceso*, suplemento del diario *Correo*, Lima, 7 de mayo de 1967.
- LA CRÓNICA. «Merecido homenaje recibe Juan Maroz». *La Crónica*, Lima, 8 de noviembre de 1987.
- LA PRENSA. «Tres periodistas en busca de Mario Vargas Llosa». *7 Días*, suplemento del diario *La Prensa*, Lima, 17 de julio de 1970.
- LÉVANO, César. «¡Es Esparza Zañartu!». *Caretas* 420, Lima, 14 de agosto de 1970.
- MARCOZ, Juan. «Aventuras de un "Gato" en el mundo de los "pericotes"». Testimonio. *La Crónica*, Lima, 7 de abril de 1987.
- ORBEGOSO, Manuel Jesús. «33 minutos con Vargas Llosa». *La Semana*, suplemento del diario *Expreso*, Lima, 31 de marzo de 2003.
- PÁUCAR, Carlos. «Los pura sangre. Decanos de la prensa policial y sus anécdotas de medianoche (Juan Maroz)». *La República*, Lima, 25 de noviembre de 1990.
- PERALTA MÉNDEZ, Leonidas. «Santiago Vallejo periodista autodidacta». *Correo*, Lima, 18 de abril de 1985.
- RODRÍGUEZ REA, Miguel Ángel. *Tras las huellas de un crítico: Mario Vargas Llosa, 1954-1959*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1996.
- SETTI, Ricardo. *Diálogo con Vargas Llosa*. Buenos Aires: InterMundo, 1989.
- VARGAS LLOSA, Mario. «Vargas Llosa y sus personajes: habla el autor de *Conversación en La Catedral*». *Estampa*, suplemento del diario *Expreso*, Lima, 5 de julio de 1970.
- . *El pez en el agua. Memorias*. Lima: Peisa, 2002.
- . *Entrevistas escogidas*. Selección, prólogo y notas de Jorge Coaguila. Lima: Cultura Peruana, 2004.

MARIO VARGAS LLOSA. REPORTERO A LOS QUINCE AÑOS
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
Ediciones Atenea EIRL.
Con un tiraje de 1000 ejemplares
Av. Carlos Gonzales 252, San Miguel
Teléfonos: 452-4239 / 452-4123
edicionesatenea@yahoo.com
Noviembre de 2005

Publicaciones recientes

Narrativa completa

José Diez-Canseco

OBRAS ESENCIALES

*La fiesta de moros y cristianos
en el Perú*

Milena Cáceres

Vidas extrañas La mirada ausente

Pasos Paz

SERIE FICCIONES

Fondo Editorial

Pontificia Universidad Católica del Perú

Plaza Francia 1164, Lima 1 - Perú

Teléfonos: (51-1) 330-7410, 330-7411

Fax: (51-1) 330-7405

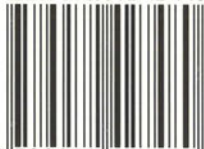
Correo electrónico: feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones/fondo_ed/

Un fascinante mundo de alegre bohemia, pasiones y vocación empecinada por el periodismo recibió al adolescente Mario Vargas Llosa en el viejo diario *La Crónica* de la calle Pando, a la vuelta de la Plaza San Martín, en el verano de 1952. Viejos y experimentados reporteros le dieron sus primeras lecciones en un oficio que no abandonaría nunca, pues el gran escritor sigue confrontando la noticia y redactando crónicas, tal como aprendió a hacerlo entonces, compartiendo aquel raro espíritu que es mezcla de curiosidad y afán de justicia que anima a los buenos periodistas. De sus recuerdos surgirían la historia y personajes de su novela *Conversación en La Catedral*.

El autor de esta crónica es un periodista de su generación que también trabajó en *La Crónica* en aquellos años cincuenta.

ISBN 9789972-42-748



9 789972 427480